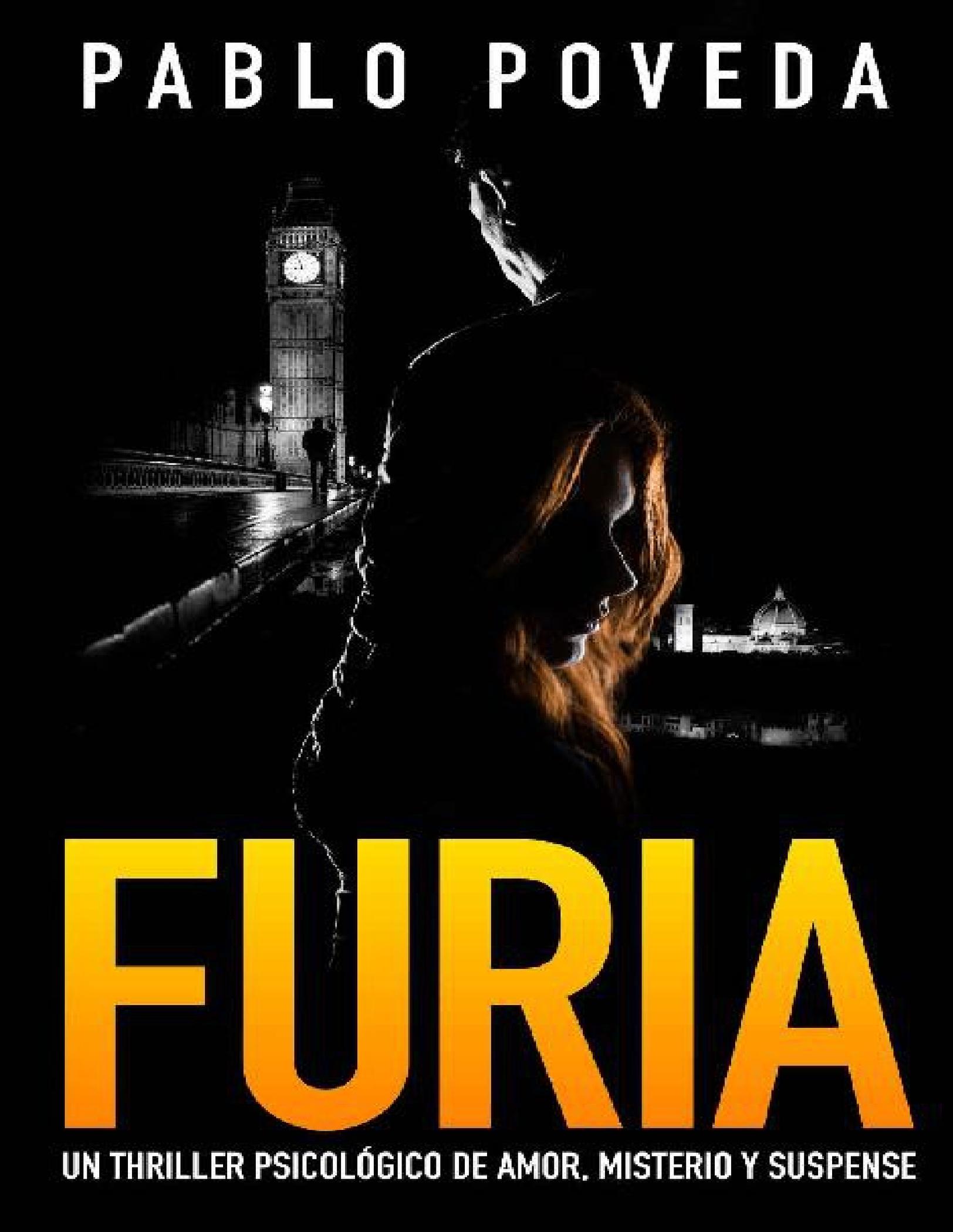


PABLO POVEDA



**FURIA**

UN THRILLER PSICOLÓGICO DE AMOR, MISTERIO Y SUSPENSE

**Furia**

**Por Pablo Poveda**

2018 ©

# Índice de contenido

[Cover](#)

[Title Page](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Sobre el autor](#)

*La razón trata de decidir lo que es justo.  
La cólera trata de que sea justo todo lo que ella ha decidido.  
—Séneca.*

# **CAPÍTULO UNO**

*Barrio de Salamanca (Madrid)*  
*22 de mayo de 2016*

Sintió un sudor frío en el pecho bajo la camisa. Allí, en la entrada del edificio de su domicilio, se detuvo por un instante. El cielo se había encapotado, como en una película de terror, y una fina lluvia mojaba los cristales de los vehículos aparcados. Todo había sucedido demasiado rápido, tanto que aún podía sentir el aliento de Baumann, siempre único y diferente como el de cada víctima, clamando piedad por su vida. Un error, pensó, eso era lo que había cometido, un grave error, pero... ¿Cuál? Las fotografías de sus víctimas, encontradas bajo el sofá como un regalo, mostraban que le habían seguido, siempre un paso por detrás, o quizá por delante; siempre moviéndose como una sombra, disfrutando del espectáculo y sin intenciones de pararle los pies.

Barcelona, Riga, Berlín, Ginebra.

No se explicaba cómo había sido incapaz de darse cuenta de que le observaban. Era casi imposible. Había cumplido con el protocolo durante todos esos años. Tal vez, el exceso de confianza le había hecho un flaco favor. Quienquiera que fuese el hombre que le había hablado por el teléfono, estaba seguro de que no se había tirado un farol. Ahora, la voz estaba allí, a escasos metros de él, en el interior de un coche negro alemán que giraba la calle. Para variar, el arquitecto no pudo obviar pensar en ella, en Marlena. Después de todo, era lo único que le importaba a esas alturas. Aunque todavía guardaba el regusto amargo de la desastrosa cena, apostaba por ella y por el amor de la ingeniera. Por una santa vez, tras una larga y tediosa espera, había hecho públicos sus sentimientos frente a esa mujer y ella le había correspondido. Sin embargo, de conocer la verdad sobre su pasado, todo se iría al infierno y la perdería para siempre. Puede que el azar no estuviera ya de su lado, que la hora de pagar sus pecados hubiera llegado ese día. Pero, en ese instante, todo le importaba un carajo, excepto ella.

Los segundos se estiraron como goma de mascar en su mente. Por la ventanilla del conductor atisbó a un hombre grueso con papada y gafas con las lentes tintadas de amarillo. Los cristales traseros eran opacos como la tenebrosa voz que se ocultaba tras ellos. Las gotas de lluvia tomaban fuerza y tamaño cayendo sobre los hombros de su abrigo.

El coche se detuvo en medio de la calle sin intenciones de esperar demasiado. Don inhaló con fuerza el aire húmedo que le envolvía y dio el

primer paso. Debía ser cauto y no forzar la situación. En ocasiones, la alternativa no existe y no hay otro remedio que el de enfrentarse a los propios demonios de la vida, arriesgándose a desaparecer con ellos en las tinieblas. Para Don, ese momento estaba allí, frente a su puerta.

Con paso firme y decidido, echó a andar hacia el vehículo. Hablar, pensó, eso sería todo. Una conversación, rostros a los que perseguir. Si estaban allí para chantajearle, se habían equivocado de persona. Puede que conocieran lo que hacía, al menos, lo que podían ver con sus ojos, pero desconocían por completo al monstruo interior que habitaba en él. Su mayor temor, despertar a la bestia que tantos años había logrado mantener dormida.

A escasos centímetros del vehículo, se oyó cómo el cierre de seguridad se liberaba. Don miró a su alrededor, pero no encontró más que a vecinos anónimos que acudían a sus puestos de trabajo odiosos mientras el resto dormía, sumidos en auriculares o pantallas móviles. Era domingo. La calle solía estar tranquila a esas horas. Nadie se daría cuenta de aquello y, por tanto, el encuentro jamás habría existido.

Puso los dedos en la manilla y tiró hacia él. Un agradable olor a tapicería de cuero recién estrenada llegó a sus sentidos. En efecto, lo primero que vio fue el color vainilla del interior del vehículo y sus acabados de madera. Desde el exterior, sólo contempló las piernas de un hombre vestido de traje que había al otro extremo. Será él, pensó, el desconocido de la llamada.

Volvió a mirar a su alrededor sin éxito y se introdujo en el sedán.

Junto a él, en la parte trasera, un hombre de cabello canoso y peinado hacia atrás le observaba. Tenía el rostro alargado y estrecho, recién afeitado. Los ojos claros, ocultos bajo unas gafas de pasta negra cuadradas, le hacían parecer más cercano, pero ese era su juego. Ávido, le dio un vistazo de arriba a bajo y esbozó una mueca interior. Era el típico hombre de negocios del que nadie jamás sospecharía, ni siquiera él. Vestido de traje azul oscuro para la ocasión, se desabotonó la americana para mostrar el chaleco que llevaba debajo. El arquitecto supuso que era delgado, aunque sus brazos parecían fuertes.

En un forcejeo, tendría problemas para deshacerse de él.

—Póngase cómodo, Donoso —dijo el hombre estudiando atentamente los movimientos de su invitado—. Le agradezco que no haya puesto las cosas más difíciles.

De pronto, un tercer individuo se introdujo en el vehículo por la parte delantera. El ligero olor a cigarrillos se mezcló con el ambientador del coche. Posiblemente, ese tipo le habría estado observando incluso antes de que llegara el automóvil. Se preguntó cuántos más como él habría siguiendo sus pasos.

—¿A dónde me llevan? —Preguntó Don cuando notó que el coche se ponía

en movimiento.

—Relájese y escuche con atención —contestó con voz grave y confiada—. Es hora de cerrar un capítulo de su vida... para comenzar otro nuevo.

La capital despertaba perezosa bajo una lluvia que parecía no ser más que el llanto de una nube pasajera. Viajaron en silencio durante unos segundos mientras Don se preguntaba, sin cese, cómo había llegado hasta allí. Con aquellos tres hombres en el interior, poco tenía que hacer. En el mejor de los casos, sólo el chófer iría desarmado, suponiendo que no era uno más del grupo. Tenía todas las apuestas contra él y las caras de esos tipos eran totalmente desconocidas. El vehículo se incorporó a la calle Príncipe de Vergara y callejeó por el interior del burgués barrio de Salamanca para alcanzar el paseo de la Castellana. Los rayos primerizos de la mañana brillaban en las fachadas impolutas de no más de cuatro plantas, luciendo el señorío de los balcones de la calle de Ayala.

Fuera lo que fuere que le deparaba el destino, echaría de menos todo ese entorno.

Para el arquitecto, existían tantos espectros de Madrid como uno deseara imaginar. Desde su ventanilla, observó a los que vivían en el barrio, el talante que mostraban a la hora de vestir, de moverse, algo que le había llevado años de aprendizaje y modelaje, haciéndole sentir un completo intruso durante mucho tiempo entre sus vecinos. Sus orígenes eran otros, bastante más humildes. En todo momento fue consciente de que la gracia era algo divino de casta y que, aunque se podía imitar, necesitaba años para ser creíble. Quizá esa era la respuesta a su pregunta, la razón por la que estaba dentro de ese coche.

Sin olvidar por qué habían arruinado su mañana de domingo, se frotó las manos y escuchó el chasquido de la lengua de su acompañante.

—Imagino que se estará preguntando muchas cosas —inició con calma—, quiénes somos, qué hace aquí, cómo conocemos su historia, su nombre, el origen de las fotografías... Preguntas que, llegado el momento, tendrán su respuesta... o tal vez no. Eso lo decidiremos nosotros. También supongo que se estará rasgando las vestiduras en este momento al escuchar mi voz, después de creer toda una vida que su destino era otro. Como ya le he dicho por teléfono, el mundo es muy pequeño, señor Donoso.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—A usted, Donoso —dijo el hombre—. Le queremos a usted. Queremos que trabaje para nosotros.

—Yo no trabajo para nadie. Si cree que puede asustarme con sus...

—Todavía no es consciente de la magnitud del problema que tiene, ¿verdad?

—Respondió el hombre y el coche se incorporó al paseo de la Castellana.

Conducir a esas horas por la gran avenida era todo un placer, sin coches ni tráfico. Madrid despertaba más tranquila de lo normal—. Si yo fuera usted, mediría el lenguaje. Estamos dispuestos a destruirle la vida en cualquier momento, sin dilación alguna... Recuerde que usted tiene mucho que perder y nosotros... nada.

Las palabras se colaban por sus oídos como cal viva. La cabeza le ardía y hacía esfuerzos por evitar mostrar el temblor de su pierna derecha. Estaba nervioso, desquiciado, pero sucumbir a la presión del momento no haría más que agravar su situación.

—Crean que saben algo, pero no saben nada de mí.

—Créame, Donoso... —comentó el hombre harto de la insolencia del arquitecto—. Lo sabemos todo, incluso lo de su padre. Si todo este tiempo cree que ha salido impune por un golpe de suerte, temo decirle que hemos sido nosotros su azar.

Ese hombre le estaba sacando de sus casillas. Desconocía a dónde se dirigían, pero estaba seguro de que no le iban a hacer daño. Podía sentirlo. Don sopló y volvió a frotarse las manos.

—¿Qué clase de trabajo es ese?

—Veo que empieza a entrar en razón. Necesitamos que neutralice a un hombre.

—¿Me toma el pelo? —Preguntó sorprendido—. No soy ningún asesino a sueldo. No mato a la gente.

—Una verdad a medias —intervino el tipo—. Es un asesino en serie, eso es lo que es usted, aunque nunca le hayan pagado por ello. Lo suyo es matar, completar su obra de arte. Imagine que ahora sí le pagaran, y con la garantía de que nadie se enteraría de ello.

—¿Para quién trabajan?

—¿Para quién no? —Respondió desafiante—. Ya le he dicho que las preguntas las hacemos nosotros.

El desconocido utilizaba el plural para dar énfasis a la organización a la que representaba, a pesar de que quedara claro que él era el cabecilla del grupo.

—Se equivocan de persona, yo no actúo sin criterio. Sólo hago pagar a quien se lo merece.

—Actuar, matar, llámelo como quiera. Nadie se venga de ese modo, no, tantas veces. Su problema es otro: su enfermedad. Y nosotros tenemos la cura para usted.

—Está perdiendo el tiempo.

—No, lo está perdiendo usted, Donoso —respondió con cierta crispación en su tono de voz—, y su tiempo se acaba. Si no accede a colaborar, me temo que no me dejará alternativa.

—¿Y qué va a hacer? —Preguntó el arquitecto desafiante. Por la ventana observaba un gran parque de árboles—. ¿Matarme?

—Sigue siendo un vulgar necio sin modales —replicó el otro—. Escuche con atención, no se lo volveré a repetir, estamos dispuestos a hundirle la vida en la mierda más profunda si no accede. Nos encargaremos de que su cara quede tatuada a fuego en la memoria de todos los españoles y, en especial, de esa mujer... Esté seguro de que se lo quitarán todo... la casa, el estudio, la fortuna... Todo. Se convertirá en el paria que siempre ha sido, de por vida. Pasará el resto de sus días entre rejas y, si logra sobrevivir y continúa con ganas de respirar, nos aseguraremos de que su calvario se prolongue hasta que termine colgado de un roble en la Casa de Campo.

Por un momento, pensó que el corazón se le había parado.

Las palabras llegaban como misiles a su plexo solar. Tenía el estómago apretado y no podía albergar más ansiedad en su cuerpo. Necesitaba un trago, una raya, un respiro para no abalanzarse sobre ese hombre y estrangularlo allí mismo, con sus propias manos. Si no hubiera sido por las fotos, jamás habría creído lo que le estaban diciendo, pero no había vuelta atrás. Esos hombres trabajaban para alguien que hablaba desde los hechos, desde la verdad única y universal. Tenían las pruebas suficientes para echar por tierra su proyecto de vida. Toda una maldita vida. Un paso en falso y lo alejarían de Marlina para siempre. Al pensar en ella, sintió una punzada en el pecho y se agarró al cinturón de seguridad. Se habían asegurado de tenerlo todo bien atado y, ahora, Don no podía soltarse.

Le faltaba el aire.

La presencia de aquel tipo se hacía más y más grande.

Su corazón bombeaba como si intentara atravesarle los huesos.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —Preguntó empalidecido. El hombre giró el rostro y esbozó una mueca.

—¿Se encuentra bien? Está pálido —contestó con mofa. Se escuchó una ligera risa procedente de la parte delantera—. Cuatro días. Tiene cuatro días para darnos una respuesta.

—¿Cómo contactaré? —Dijo en un último soplo. A pesar de su estado, mantenía la fe. Tres días daban para muchos acontecimientos. Necesitaba asegurarse por dónde empezar su búsqueda.

—Nosotros lo haremos —respondió el tipo arruinándole el pensamiento. Sin darse cuenta, el cóctel de emociones había distorsionado su concepción del tiempo. Para su sorpresa, no tardó en reconocer, de nuevo, las fachadas del barrio en el que vivía y descubrió que estaban regresando a su casa—. Le aconsejo que no haga ninguna tontería, ni intente planes desesperados o artimañas de las suyas con tal de sacarnos ventaja, porque no lo hará. Sólo empeorará las cosas. Así que piénselo, actúe con normalidad y recuerde que la suerte nunca ha estado de su parte... Siempre hemos sido nosotros.

# **CAPÍTULO DOS**

No podía disimular su expresión corporal, por mucho que deseara pasar desapercibido. Los músculos de la cara se le habían encogido. Su rostro blanquecino despertaba la curiosidad de los que caminaban en dirección contraria a él.

El barrio estaba despierto, las mesas de los bares ocupaban las terrazas de la calzada y las parejas de enamorados paseaban de la mano para disfrutar del sol dominical. Había vuelto a despejarse el cielo, a salir el sol y todo pronosticaba que sería un domingo de ensueño. No obstante, lo que parecía una estampa primaveral y castiza, llena de color y energía, no lo era para el arquitecto, que caminaba hacia su domicilio tras haberse apeado del coche. Después de contemplar cómo el vehículo se perdía a lo lejos por el final de la calle, la voz de aquel hombre todavía resonaba en su cabeza. De pronto, levantó su mano a la altura del esternón y sintió los latidos del corazón golpeando la puerta de su pecho. No era miedo lo que arrastraba. Tampoco era el odio lo que le hacía bombear así. Una extraña sensación, poco habitual en él y, afortunadamente, casi desconocida: furia. Mientras la lengua coloquial hablaba de ésta como un mero enojo, para Don significaba algo más que eso. Los romanos habían llamado Furias a las diosas violentas engendradas con la sangre de los testículos de Urano, dos temibles criaturas capaces de enloquecer al propio Zeus. Para el arquitecto, aquella historia mitológica tenía sentido. Enfurecer, en el máximo esplendor de la expresión, era lo que había evitado durante tanto tiempo a través de sus actos, sus cambios de personalidad, de profesión e incluso de apariencia. Un trabajo de artesano al que había dedicado toda una existencia y que estaba a punto de convertirse en pedazos a causa del infortunio. Lo que menos le preocupaba era perder todo lo que había conseguido. Después de todo, lo material carecía de sentido para él. Sin embargo, temía perder a Marlena. Temía que, a causa de un descontrolado y frenético ataque, perdiera la cordura y se convirtiera en alguien totalmente irreconocible para ella.

Tres días. Eso era todo lo que tenía en sus manos para encontrar el modo de salir airoso. Si es que existía.

Frente a la puerta del edificio, encontró su reflejo en el cristal que había tras la reja negra. Tenía el cabello despeinado a causa del temporal matutino, bolsas en los ojos y un semblante cadavérico. A diferencia de la mente, el cuerpo no tardaba en manifestar los excesos que el propio dueño era capaz de darle. Demasiados viajes en pocos días, largas horas de coche, cortas noches de sueño y una fatídica visita inesperada que le ponía en jaque por momentos.

Se meció el pelo, introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un juego de llaves metálicas. Después abrió la puerta.

Antes de subir el escalón de la entrada, un pequeño gorrión se posó sobre el bordillo. Era pequeño, redondo y tenía las plumas de color marrón. Don observó al pajarillo cómo cantaba, libre y sin miedo ante la presencia humana del arquitecto. En un lapso, se imaginó a sí mismo agarrándolo con la mano y apretando el puño con fuerza hasta ahogarlo.

Así se sentía él en esos momentos.

Confundido, meneó la cabeza para olvidar el desagradable pensamiento y comprobó que el ave ya se había marchado.

No era su mejor momento, aunque el peor todavía estaba por llegar.

Cuando cruzó el umbral de su apartamento, nada de lo que había frente a sus ojos volvía a ser como lo había sido antes: el sofá, las cortinas blancas de tela, la televisión de pantalla plana, la cadena de música, su colección de discos de música clásica, la estantería de libros... El único refugio en el que se sentía recogido tras una jornada de trabajo, tras una actuación temeraria o un desencuentro con la vida, ahora, se había convertido en un lugar extraño, aséptico y sospechoso. Habitar entre aquellas cuatro paredes no sería lo mismo.

Cerró de un golpe y pasó el seguro de la puerta. Después caminó con sigilo hasta las habitaciones y se aseguró de que no hubiera nadie, al menos, esperando allí dentro. Mientras muchos madrileños pasaban el mediodía dando una vuelta por el centro de la ciudad o visitando el parque del Retiro, Don estaba dispuesto a encontrar cada uno de los dispositivos de espionaje que habían instalado en su vivienda para controlar sus movimientos. Cada rincón era un buen lugar para escuchar, ver o sentir al arquitecto.

Pasó las cortinas, se acercó al sofá y observó las instantáneas que había encontrado bajo el mueble. Agarró las fotos en las que aparecían los cadáveres de Ferrec y Baumann y puso a un lado la de Marlina. Después se dirigió al fregadero, cogió una caja de cerillas del mueble de la cocina y prendió fuego a las imágenes. Como una cinta de video acelerada, los fotogramas de su último viaje pasaron a toda velocidad por sus ojos mientras las imágenes se doblaban entre llamas hasta reducirse a cenizas. Ambos eran historia y ahora debía centrarse en ese misterioso hombre de pelo canoso y mirada gélida. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, pero ese era un asunto que resolvería más tarde.

Miró el reloj y comprobó que eran las once y media de la mañana, una hora perfecta para poner patas arriba el apartamento. Mientras intentaba idear qué hacer con las horas que tenía por delante, decidió empezar por limpiar su apartamento de una vez por todas.

Desconectó la conexión de red, de teléfono y comprobó las lámparas de las habitaciones. Ni rastro, pero no se iba a dar por vencido tan rápido. Buscó con esmero, en los armarios, en el cuarto de baño y bajo los cojines del sofá hasta que, hastiado, se sentó por un segundo para recuperar el aliento y volvió a comprobar la hora en el reloj que había junto al televisor. Un reloj redondo de sobremesa marcaba las tres de la tarde con sus agujas. Era de color negro, cuadrangular y tenía una esfera dorada en el centro. Un objeto de decoración por el que había pagado más de cuatro mil euros en una subasta y por el cual

no tenía el más mínimo aprecio. De pronto, el arquitecto recordó que sólo había dado cuerda una vez al artefacto, el mismo día que se lo llevaron a su casa. De aquello había pasado más de medio año, por lo que, en caso de funcionar, detalle del que dudaba, el reloj debía seguir sin el cambio de horario de invierno. Tomó un ángulo recto y sacó el teléfono móvil de su bolsillo para comprobar la hora.

El teléfono indicaba las tres de la tarde.

Alguien lo había puesto en hora.

Se acercó al aparato y lo observó de cerca. Podía ver su rostro reflejado en el péndulo dorado que colgaba del viejo reloj. En el centro, bajo las agujas, había un pequeño lunar oscuro que se convirtió en una lente a medida que acercaba la vista.

—Malditos hijos de perra... —dijo hacia sus adentros. Un año era demasiado tiempo para haber convivido en el mismo apartamento. Las escuchas y las imágenes habrían sido suficientes para recabar información sobre el arquitecto y seguir sus pasos, saber cuándo entraba y salía para que nunca les cogiera desprevenidos. Probablemente, aquella era la única cámara en todo el salón, pero con una les bastaba. Estaba colocada en un lugar estratégico desde el que podía capturar todo lo que sucedía en la habitación y en la cocina contigua. Sabían que Don pasaba la mayor parte del tiempo allí, ya fuera por las mañanas, durante sus sesiones de ejercicios, o por las noches frente al ordenador. Lo habían visto todo: su intimidad, sus rutinas, sus ataques insanos de agresividad, las mujeres con las que se acostaba y cómo maquinaba los planes para encontrar a sus víctimas.

Un enorme sentimiento de vergüenza recorrió su cuerpo.

En toda una vida, incluso desde la juventud, nadie le había observado de ese modo y aquello le hacía sentirse desnudo y desvalido como un parásito pisoteado. Pensar en todas las conversaciones que habían escuchado en un mismo lugar, no hacía más que aflorar los sentimientos de rabia e impotencia que guardaba en su interior. Allí, tieso como un árbol, respiró hondo y se frotó el mentón. Si destrozaba el reloj, se darían cuenta de ello y no tardarían en ponerle trabas instalándole una nueva cámara. Si lo dejaba donde estaba, intacto, tendría que aprender a moverse con la naturalidad de quien sabe que está siendo vigilado. Todo un reto para alguien que no estaba en su mejor momento anímico y mucho menos preparado para jugar al despiste. Debía pensar en frío y su cabeza era la primera parte de su cuerpo que alcanzaba altas temperaturas.

Aquel apartamento se había convertido en una prisión preventiva. Comprobó el reflejo de la lente y descubrió que había un pequeño espacio de la cocina que no lograba encuadrar. Se dio la vuelta y fingió darse por vencido durante unos instantes. Se imaginó a esos tipos riéndose de él, al otro lado de la pantalla.

La ansiedad apretaba su pecho con tanta fuerza que se golpeó un puñetazo a sí mismo. Un golpe seco, indoloro aunque vibrante. Después, perdió el equilibrio por un instante y la respuesta no tardó en llegar. Sabía que necesitaba ayuda, de que no podía vencer sin ayuda a esa gente.

Se apoyó en el sofá por unos segundos compungido por lo que había hecho. Jamás pensó que sería víctima de su propio dolor y del mismo miedo que él había inculcado en otros. Poco a poco, tras profundas inhalaciones, recuperó el ritmo de la respiración y un nombre le vino a la cabeza acompañado de un fuerte halo de energía. Mariano era su única opción, el hombre que había sido leal a su causa, a pesar de que no conocía del todo los detalles de ésta. El arquitecto tenía sus dudas, pues era un gran paso el que debía dar y, confesar, no era a lo que estaba acostumbrado. No obstante, la esperanza era capaz de resucitar a cualquiera y más si se trataba de contar con el chófer. Tendría que buscar la manera de afrontar el diálogo. Las dudas le asaltaban, aunque rezaba por que Mariano le entendiera sin juzgarle por lo que había hecho.

Volvió a conectar la línea telefónica y puso orden en la habitación. Empezó a tomar consciencia de que cada paso, cada pestañeo, cada instante, formaban una psicosis continua con la que tendría que convivir si quería salir de aquella.

Caminó hasta la colección de discos, sacó un compacto de Wagner y lo introdujo en el reproductor musical. Entonces, *La cabalgata de las Valkirias* irrumpió con fuerza en el amplio salón. Las secciones de cuerda y viento hacían vibrar el mueble sobre el que se apoyaban los altavoces.

Don levantó los brazos y miró hacia la cámara. Se preguntó si habría alguien observándole al otro lado. Excitado por la revelación, vaciló en saludar, pero lo habría arruinado todo de haberlo hecho.

Debía esperar, ser paciente.

La venganza era un plato que se servía bien frío y él no estaba dispuesto a entregarse como un vencido.

Caminó hasta el mueble bar, agarró una botella de whisky y se preparó un trago.

## **CAPÍTULO TRES**

*Barrio de Salamanca (Madrid)*  
*24 de mayo de 2016*

Un infierno. La sien le ardía como la pared del averno. Había despertado con la cabeza abotargada. Un tranquilizante antes de acostarse fue lo que le ayudó a conciliar el sueño. Eso y la media botella de whisky que había empezado. Mala combinación para una pesadilla que le había durado día y medio. La rutina de ejercicios abdominales y una ducha helada no le ayudaron a despejarse y, mientras preparaba una cafetera y cocinaba huevos revueltos sobre la vitrocerámica, se arrepentía de haber tomado aquella pastilla. Llegaba un día tarde a la oficina, había dormido demasiado y no se sentía descansado. No entendía su comportamiento. Estaba actuando como alguien que no era él, estaba perdiendo el control sobre sí mismo. Respecto a su estado físico, no toleraba demasiado bien los ansiolíticos, aunque siempre guardaba algunas píldoras para los viajes largos. En el mercado negro se podía conseguir cualquier cosa sin receta.

De espaldas al reloj que le observaba, intentó seguir los pasos de cada mañana, fingir que todo estaba en orden y actuar como alguien desesperado con setenta y dos horas para tomar una decisión vital.

Vestido de traje, se puso el abrigo de tres cuartos, tomó el asa de la maleta donde guardaba sus documentos y cerró la puerta de aquel siniestro apartamento por unas horas.

Un mosaico de situaciones se representaban en su mente mientras el ascensor descendía hasta el vestíbulo. Las puertas se abrieron, cruzó el pasillo y saludó con seriedad al nuevo portero que controlaba a quien entraba y salía.

Otro vigilante, pensó.

La mañana del martes despertaba como un tono diferente a la anterior. La primavera se manifestaba con una subida de temperatura que, aunque soplara el fresco del amanecer, hacía de su abrigo una prenda ya innecesaria. Una chica morena con rasgos del sur pasó por delante de él con un vestido de color naranja que dejaba las piernas al aire. Era joven, probablemente, universitaria y su embriagador perfume llevó al arquitecto a un corto, aunque placentero, momento de calma. Tras la estela de la muchacha, Don atisbó la presencia del Audi negro que conducía el chófer. Le había dado cientos de vueltas al asunto, incluso en sueños. Lo que más temía era que Mariano reaccionara de un modo inesperado. Don odiaba las sorpresas, y más todavía, cuando no tenía ningún control sobre las consecuencias. Aunque confiaba plenamente en Mariano, la

vida le había demostrado que las personas cambian, así como lo hace la naturaleza, de rostro, de piel, de manera de pensar. Y el cambio, a pesar de ser inevitable, era lo que convertía a los seres humanos en entes impredecibles, arbitrarios y exentos de lógica, por mucha masa cerebral que tuvieran. Para Don, sólo Dios sabía qué ocurría dentro de aquellas cabezas. Él era el primero que carecía de pautas, a pesar de que toda su vida hubiese luchado por establecer un sistema de normas rígido y sistemático.

Caminó hasta el vehículo y se introdujo en él cuando Mariano accionó las luces de emergencia.

—Buenos días, Mariano —dijo con voz neutral fingida. El chófer entendió que algo le preocupaba a su jefe. Ni una disculpa, nada de formalidades.

—Buenos días, señor —respondió con una sonrisa—. Al no bajar, he estado a punto de llamarle, pensé que hoy tampoco iría a la oficina, pero he decidido tomar un café por aquí cerca...

Su comentario no obtuvo respuesta. Comprobó por el espejo retrovisor lo que sucedía y vio al arquitecto mirando por la ventana como si buscara algo. En un primer momento, el hábito le llevó a ofrecer su ayuda, pero reculó a tiempo y se tragó las palabras. Algo sucedía y, si Don quería, terminaría contándoselo.

El arquitecto sacó el teléfono móvil y comprobó el correo por la simple acción de mantener la tranquilidad de siempre, aunque no fuese más que en vano engaño. La sensación de estar vigilado no había hecho más que empezar. Cualquier detalle era una razón para desconfiar de su entorno.

El vehículo se adentró en la misma ruta que hacía cada día en dirección al estudio de arquitectura. Don siguió con la mirada a un Mercedes antiguo de color azul marino que se perdió por otra calle. Con aparente normalidad, Don se relajó por un instante. Setenta y dos horas, pensó. Quizá menos. El dolor de sien se agudizaba. El tiempo se esfumaba como arena de playa. Tenía que actuar o terminaría enloqueciendo.

—Mariano... —dijo finalmente dubitativo—. ¿Qué hiciste ayer?

El conductor se quedó perplejo ante tal cuestión. Don no era una persona que se interesaba por las banalidades ajenas.

—¿Ayer? —Repitió pensativo mientras giraba el volante—. Domingo... Nada especial, lo usual, vamos.

—¿Qué es lo usual, Mariano?

Su insistencia le desconcertó.

—Pues... ya sabe, señor —contestó a regañadientes—. Ordenar la casa,

limpiar un poco, poner lavadoras y ver la televisión. Eso es lo que suelo hacer los domingos. Y, si tengo algo de tiempo, bajar al bar. Lo que cualquier español, ya me entiende.

—Interesante —dijo Don sopesando las palabras del chófer. Por supuesto, lo último que buscaba era conocer sus actividades fuera del trabajo, aunque sabía que Mariano le mentía. Su falta de empatía le estaba obligando a dar demasiados rodeos, pero necesitaba sentirse cómodo, como lo hacía otras veces. Pronto, vio a lo lejos el aparcamiento y el edificio acristalado de oficinas.

—¿Y usted, señor? —Replicó el conductor a medida que aminoraba la velocidad del coche y se detenía frente a la puerta del bloque—. ¿Qué hizo ayer domingo?

Don sintió una punzada en el estómago. Frente a la puerta del edificio había dos hombres vestidos de traje fumando un cigarrillo y conversando bajo el sol. De pronto, se detuvieron y miraron fijamente al vehículo. Desconocía quiénes eran, si clientes u hombres de esa organización. Tal vez, ambas cosas. El tiempo se le había agotado y necesitaba salir de allí antes de que sospecharan.

—Supongo que también... lo que cualquier español, Mariano.

*Barrio de Palomas (Madrid)*  
*24 de mayo de 2016*

Don cruzó el umbral de la entrada sin mirar a los dos desconocidos que había en la puerta del edificio. Acostumbrado a ser el primero y a que las instalaciones parecieran un edificio abandonado a primera hora de la mañana, le resultaba extraño toparse con gente caminando por allí.

—Buenos días, señor Donoso —dijo el guardia de seguridad que había a la entrada. Don asintió con la cabeza y repitió la misma situación con la recepcionista que había en el vestíbulo principal

Maldita sea, mantén la calma, se dijo al entrar en el ascensor que lo llevó a la primera planta. Allí, el acristalado y minimalista estudio de tonos blancos y grises parecía un hormiguero de personas a toda velocidad. Con el último viaje a Alemania y la sorpresa de la mañana anterior, Don había perdido el contacto con su agenda. El domingo era el día perfecto para organizar la semana, saber con quién se iba a reunir e investigar sobre los puntos débiles de sus futuros clientes. Sin embargo, esa planificación era ya agua pasada. El estudio podía sobrevivir sin él durante unos días.

Confundido, vislumbró su despacho de cristal cerrado, vacío, como si ya no le perteneciera. Sintió que la distancia que separaba el ascensor de su oficina era más larga de lo habitual. Miró a su alrededor, pero nadie se fijaba en él y caminó con paso firme hasta su despacho.

—Buenos días, jefe —dijo Andrés Lomana, el urbanista de gafas de pasta. Estaba sentado en su escritorio, llevaba una camisa de cuadros que a Don le parecía una aberración y era el único que había notado su presencia o, tal vez, pensó, lo estuviera vigilando desde el principio.

—Buenos días —respondió Don de pie, junto a la mesa—. ¿Qué pasa aquí, Lomana? ¿Quiénes son esos hombres que hay abajo?

El arquitecto expresó un gesto desdeñoso, como si trabajo fuera otro y no el de recordarle las reuniones al jefe. Don carecía de secretaria, aunque en ese instante no le hubiese importado tener una.

—Son los catalanes, los hermanos Puig, los del proyecto del edificio de oficinas en Barcelona —respondió irritado—. Teníamos una reunión con ellos la semana pasada.

—No sabía nada —dijo. Era cierto, no recordaba nada de aquello y eso le ponía más nervioso.

—Marlena dijo que nos haríamos cargo nosotros —contestó sorprendido—,

mientras cerrabas el asunto de Berlín...

Al pronunciar el nombre de la ingeniera, algo despertó en su mente. El amor era más fuerte que los antidepresivos, aunque se preguntó por qué ella tomaría esa decisión. Quizá para protegerle. Tal vez trabajara también para esos chantajistas.

Pestañeó y dejó que el pensamiento se esfumara.

Si se concentraba demasiado, era capaz de encontrarle sentido a semejante estupidez.

—¿Dónde está ella? —Preguntó barriendo la oficina como un faro en la costa.

—Estaba aquí hace un minuto... —dijo el empleado señalando a su ordenador—. Habrá bajado a recibir a los clientes.

—Es imposible —replicó Don—. He subido en ascensor.

—Puede que haya bajado por las escaleras... yo qué sé.

Sus últimas palabras molestaron al arquitecto, que no evitó ponerse recto y fruncir el ceño.

—Dile que venga a mi despacho cuando suba —ordenó con voz autoritaria—. No puedo reunirme con esos hombres, así que ponte las pilas. No estoy preparado y tampoco me encuentro bien para hacerlo. Confío en vosotros dos, no tenéis mucho tiempo.

—Nadie lo tiene —respondió Lomana y resopló decepcionado.

Don sintió una ligera tensión en la parte trasera de su cuello.

Se preguntó qué significaría ese comentario.

Antes de cometer un error, entró en su habitáculo de cristal y encendió el ordenador de sobremesa. Se sentó y abrió el programa de correo electrónico. Ahora que sabía que la conexión no era segura, no podía confiar en que fuera el único que leía su bandeja de entrada. Curioso, caviló que desde allí vigilaba a todos, al mismo tiempo que él también era vigilado. Había caído en su propia trampa.

En la bandeja de correo de la oficina no había más que avisos, cartas de recordatorio y noticias de contactos internacionales con los que se había escrito previamente. Desistió de abrir los cincuenta mensajes que había pues, en caso de existir algo relevante, se habrían encargado de eliminarlo antes de que llegara. Por encima de la pantalla podía observar a ese urbanista, desconfiado, que sentía su contacto visual sobre el hombro. De vez en cuando, Lomana le devolvía la mirada inquieto, incómodo por la tensión que emanaba de los ojos de su jefe. Después, bajaba la mirada y regresaba a la pantalla.

De repente, algo llamó su atención.

Marlena cruzaba el pasillo junto a los dos fumadores que había encontrado abajo. Don levantó las cejas, como si hiciera semanas que no la había visto y se olvidó al toparse con sus ojos y después sus labios. La ingeniera vestía un pantalón azul de traje que le llegaba a los tobillos y una blusa de color crema pálido. Estaba hermosa, radiante, y parecía segura de sí misma, aunque nerviosa por lo que esos hombres tenían que discutir y negociar.

En una fracción de segundo, Marlena percibió la presencia de su jefe como la de un ente perdido en un entorno que no es el suyo, allí, al fondo, tras su ordenador y con el rostro pálido, como si algo ajeno a todos, menos a ella, estuviera pasando en un mundo paralelo. Antes de que entraran en la sala de reuniones, Don le indicó con el dedo índice que fuera hasta su despacho. Marlena dijo algo a los invitados y caminó acelerada hacia él.

—¿Va todo bien? —Preguntó con la puerta entreabierta y la mano todavía en la manivela. Don miró por encima del hombro de la ingeniera y descubrió al urbanista atento a su conversación. Apretó las cejas y le ordenó que desapareciera, y así hizo, malhumorado, para reunirse con los otros dos—. ¿Jefe?

—Marlena... —dijo soltando una bocanada de aire. No entendió lo que había sucedido—. Necesito hablar contigo, es importante.

—Ricardo... —contestó y, finalmente, entró en la oficina para cerrar la puerta—. Ya hablamos hace dos días. Ahora, no puedo. Los señores Puig están esperándome ahí dentro y no parecen muy contentos con haber pospuesto la reunión.

Ahora que nadie les observaba, necesitaba saber que podía confiar en ella.

—Verás, hay algo que debes saber, Marlena —explicó con torpeza y un ligero temblor en su voz. Ella no parecía entregada a una conversación. El malestar que los Puig habían traído de Barcelona ya le había generado demasiada tensión—. Acerca de la cena...

—Lo siento, Ricardo, ahora no tengo tiempo para eso —dijo incómoda. Quería salir de allí.

—Escúchame, no soy de los que suplica —respondió sacando su interior más puro—, pero todo esto tiene una explicación.

—Creo que me has dado ya demasiadas.

—La última —insistió Don—. Cena conmigo esta noche. Después, no volveré a molestarte más.

A pesar de su distanciamiento y una aparente frialdad, Marlena sentía un

nudo en el estómago al comprobar que algo le sucedía al arquitecto. Horas antes, se había prometido a sí misma que se olvidaría de ese hombre. Era un caso perdido, un misterio incapaz de abrir el caparazón y, de ese modo, era difícil que una mujer lo amara de la forma más honesta. Ella estaba dispuesta a hacerlo, pero merecía lo mismo. No obstante, ni siquiera habían pasado cuarenta y ocho horas del desafortunado encuentro.

—Otra cena, dos días después —dijo confundida—. Creo que fui bastante clara, Ricardo.

—La última, eso es todo —replicó antes de que continuara—. No estuve muy agudo.

—Pero...

—Cancela tus planes, no te arrepentirás, de verdad... Confía en mí.

Marlena resopló. No entendía nada. Don podía pasar de ser frío como el hielo a insistente hasta conseguir lo que buscaba. Era la razón de su éxito en los negocios.

—La última.

—Gracias, Marlena —respondió. Ella se sorprendió. Don estaba siendo agradecido.

—No la arruines, por favor —dijo la ingeniera y se marchó por donde había llegado.

Precisamente, eso último era lo que menos deseaba: echar por tierra lo que esa mujer había logrado despertar en él. Pero el tiempo se agotaba y, en ocasiones, la razón no dialogaba con el corazón.

Las horas pasaban y ni Marlena ni los hermanos Puig parecían estar dispuestos a salir de aquella sala de reuniones sin un acuerdo. La incomodidad del arquitecto era palpable. Además de que era la primera vez que no encaraba una visita de esa envergadura, su reputación ante el resto de empleados caía por el suelo. No había más que verlo dando vueltas por su despacho, sin decisión, vacilando en sentarse en la silla o quedarse de pie. Don estaba irritado, la ansiedad se apelmazaba en sus órganos y no sabía cómo maquillar el malestar. Vivía en una terrible y crónica conspiración, como si todo lo que había a su alrededor no fuese más que parte del decorado, un espejismo, una mentira. Si ya lo era antes, ahora tenía que digerirlo con espinas.

La llamada a su chófer no se hizo esperar y Mariano apareció minutos después como había prometido. El arquitecto esperaba impaciente, con el abrigo bajo el brazo, pegado a la pared de cristal por la que veía el exterior. Entonces se dio cuenta de que algo no marchaba bien. Un Citroën C5 de color ceniza encendía las luces de posición.

Era extraño, giró el rostro hacia la reunión y comprobó que todos seguían allí discutiendo. Rápido, levantó el teléfono de su escritorio para llamar a la sala de reuniones, cuando sospechó que la línea estaría pinchada.

No recordaba haber visto un vehículo así en el aparcamiento antes, ni siquiera cuando se había encontrado con esos hombres. Por supuesto, pensó que podría ser cualquiera y que estaba llevando sus sospechas al extremo, pero le resultaba complicado deshacerse de la psicosis cuando horas antes había sido amenazado con destruirle la vida.

Sin más dilación, abandonó la oficina sin despedirse de los empleados y salió del edificio. Allí estaba Mariano, atento a los movimientos de su jefe. El sedán francés estaba a metros del coche, suficientes para no reconocer al conductor tras el reflejo del sol.

—¿Una jornada breve, señor? —Dijo el chófer y miró por el espejo izquierdo fijándose en el movimiento del otro vehículo. Tal vez al arquitecto le gustara controlar todo lo que sucedía, pero Mariano siempre ponía atención a los detalles.

—Llévame a casa. No me encuentro muy bien.

—Como usted mande —respondió, puso la primera marcha y pisó con suavidad el acelerador.

Tan pronto como el coche tomó velocidad para salir del aparcamiento, el Citroën se puso en movimiento siguiendo el rastro del arquitecto y su chófer.

## **CAPÍTULO CUATRO**

*Calle de Génova (Madrid)*

*1 de marzo de 2007*

Hasta los veintisiete años, siempre hay muchas primeras veces. Después, a medida que se envejece para entrar en la edad adulta, la frescura de lo primerizo desaparece, creando una bruma aburrida y monótona, haciendo de la vida un nido de desintereses y pasiones frustradas. Al menos, eso pensaba mientras subía los escalones de la boca de metro de Alonso Martínez, una mañana de marzo en la que los tabloides hablaban de lo mismo, la manifestación de la noche anterior que había cortado el paseo de la Castellana. Aquel día, a Ricardo le importaba bien poco lo que sucediera en el país. Tras años de esfuerzo y sudor, había conseguido su primera entrevista de empleo como arquitecto. Un logro común y mundano, si no fuera porque una gran crisis urbanística estaba a punto de hundir la economía del país.

Vestido con un traje que había comprado en rebajas, esa mañana había salido a la calle con la mejor versión de sí mismo o, por lo menos, su apariencia más digna. El estudio al que se dirigía no era el más famoso de la ciudad, pero era consciente de que debía comenzar desde abajo. Era el único modo de ganarse la reputación en el gremio. Un chico de familia humilde, sin experiencia previa ni contactos, poco tenía que hacer en la capital de un país donde todos querían llevarse la medalla de oro. Tanto Madrid como Barcelona eran las dos ciudades que estaban absorbiendo gran parte de los proyectos urbanísticos de una Europa que estaba a punto de descarrilar. Su ideal, subirse al tren antes de que terminara fuera de las vías.

Entre el bullicio de los viandantes, que se movían como insectos en una masa de cuerpos uniforme aunque heterogénea, miró el reloj y se dio cuenta de que le sobraba tiempo. Eso le tranquilizó. No le gustaba llegar tarde, odiaba que le hicieran esperar. Asumir el control de las situaciones era uno de sus talentos. Ricardo se había hecho a sí mismo con los años y, para entonces, había logrado controlar sus instintos sangrientos a través de las mujeres. Una vez hubo roto la barrera que le impedía empatizar con ellas, todo fue sobre ruedas, y las propias experiencias le mostraron cómo canalizar su rabia para transformarla en placer.

Se sentía orgulloso de su progreso y estaba casi convencido de que todo había sido un sádico episodio del pasado. Pero no podía estar más equivocado.

*Barrio de Palomas (Madrid)*  
*24 de mayo de 2016*

Se escuchó un fuerte ruido de motor. El chófer salió del barrio de Palomas para incorporarse a la avenida de América, una vía de tres carriles que cruzaba la A-2 hasta conectar con la M-30, el cinturón de asfalto que bordeaba toda la ciudad. Por la ventanilla se podían ver las oficinas de los grandes grupos editoriales del país, así como nombres de otras empresas internacionales que llevaban años asentadas en la ciudad. Una extensa pinada quedaba al otro lado de la ventanilla dejando un verdoso y colorido lienzo libre de industrialización. El tráfico a esas horas era el habitual y Madrid era una ciudad en la que nunca se podía alardear de no encontrar coches por el camino. Siempre los había, siempre había alguien sobre la carretera. Don estaba recostado en el asiento trasero tratando de apaciguar la desazón que recorría sus entrañas. Tenía que contárselo, debía hablar con Mariano antes de que fuera demasiado tarde. Con tanto revuelo en la oficina, apenas había tenido tiempo para pensar en lo que le diría. Marlena, esos hombres y el extraño comportamiento de Lomana habían derribado sus defensas. Tan sólo debía tener fe y confiar en que Mariano estuviera de su lado, eso era todo, que no lo juzgara por el monstruo que en realidad era.

—Mariano... —dijo el arquitecto—, hay algo de lo que me gustaría hablar contigo, ahora que estamos solos.

El conductor parecía distraído mirando por su espejo izquierdo.

—Aguarde un momento, señor... —dijo levantando la mano derecha y posándola sobre la palanca de cambios. Don se dio cuenta de que su chófer se había percatado de algo en la carretera. Desconcertado, giró la cabeza y miró por el espejo trasero. Ese coche francés llevaba un buen tramo siguiéndoles. Después observó la expresión del chófer y un cruce de miradas fue más que suficiente para entender que él también estaba al tanto de lo que sucedía. En silencio, Don señaló al teléfono móvil del conductor que tenía fijado bajo el conducto de ventilación y después a su oído. El empleado asintió. Era más que probable que el móvil de Mariano también hubiese sido pirateado. Acceder a un teléfono ajeno estaba al alcance de los niños.

—No me lles a casa... —ordenó cuidadoso con sus palabras—, todavía. Antes tengo que visitar un lugar.

Con la intención de ganar tiempo y descubrir si realmente les seguían, Don inició una conversación banal con su empleado, asumiendo que esos hombres les estarían escuchando desde algún lugar. Fingir, tomar distancia. Era algo que había practicado con los años.

—Necesitaba salir de esa oficina —dijo el arquitecto a su chófer—. Debo reconocer que había olvidado por completo la visita de esos hombres.

—Vaya... —dijo Mariano mirando por el espejo. El coche francés seguía atrás, en la distancia, aunque visible—. Suele pasar, señor... Sobre todo a usted, que lleva una vida tan ajetreada.

—Los errores, tarde o temprano, se pagan, Mariano.

El chófer esbozó una mueca.

Desconocía si hablaba de su jornada laboral o de quienes iban detrás. Después miró al arquitecto con lealtad, preguntándose en qué clase de embrollo se habría metido para que les estuvieran dando caza a plena luz del día. Sea como fuere, Mariano estaba dispuesto a ayudarlo. Confiaba plenamente en la moral del arquitecto.

La Puerta de Alcalá parecía más imponente que nunca, rodeada de todos esos vehículos que circulaban a su alrededor y laureada por los árboles que bordeaban el hermoso parque del Retiro. Al salir de la glorieta, el coche tomó la calle Alfonso XII y el arquitecto recordó el almuerzo que, semanas antes, había compartido con Lázaro Martínez, el castizo y canoso arquitecto que le había rogado que se casara con Sandra, su primogénita. Un padre sabio aunque temeroso de que el futuro yerno se aprovechara de su hija y de su fortuna.

Aquella imagen le hizo pensar en Marlena, en dónde se encontraría en esos momentos y si todo seguiría igual, como una aparente mañana más. Le hubiese gustado llamarla, pero no podía. Después imaginó su rostro, los ojos oscuros, el cabello y recreó el tacto de sus labios en la imaginación. Aquel beso en Stuttgart que jamás olvidaría.

Ojalá pudiera regresar en el tiempo, tan sólo unos días, pensó.

Recordarlo, todavía le erizaba el vello.

Respiró profundamente y se dijo a sí mismo que mantuviera la calma, todo iría bien y pronto la volvería a ver. No tardes, Ricardo, le susurraba al oído el recuerdo de la voz de la ingeniera. Debía controlar la ansiedad antes de sufrir un ataque y caer redondo. Le había pasado antes, hacía tanto tiempo de ello que hasta lo había olvidado.

—Mariano, esta noche cenaré con Marlena en el Zalacaín —dijo finalmente con voz decidida—. Esta vez, sólo te pediré que me lleves al restaurante.

Después, puedes tomarte la noche libre.

—Ustedes dos hacen muy buena pareja —contestó condescendiente—. Me alegra saber que la señorita Lafuente ha cambiado de opinión... Será cierto aquello de que la primavera altera el flujo sanguíneo...

—Espero que no me eche en cara haberla dejado sola en la reunión —añadió con voz de hastío—. Es lo último que necesito escuchar.

—¿Se encuentra bien? —Preguntó el chófer siguiendo el hilo del teatro—. Tal vez necesite unas vacaciones, unas de verdad... Desconectar por completo de la oficina, huir de la rutina. Si me lo permite... ¿Cuándo fue la última vez que se relajó, señor?

Don sopesó las palabras del chófer. Giró de nuevo la cabeza y el vehículo francés seguía allí, distante, pero sin cese. Fugarse, no les llevaría muy lejos.

—No lo sé, Mariano —contestó para poner fin al diálogo—. Mi mundo tal y como lo conozco, sin mí, se derrumbaría... Te juro, que no traería nada bueno. Quizá por eso me aterre tanto huir de la rutina... hasta tal límite que soy capaz de realizar lo impensable por regresar a ella.

# **CAPÍTULO CINCO**

*Barrio de Salamanca (Madrid)*  
*24 de mayo de 2016*

Cada minuto que pasaba, se le hacía más difícil estar ahí, dentro de su propia casa, ahora transformada en una prisión de lujo. Unas horas, eso era todo lo que tenía para pedirle a Marlena que no le abandonara. Asumió que también contaría con la presencia de aquellos extraños, disfrazados de hombres de negocios, jóvenes burgueses e incluso de camareros. Estaba perdiendo la cabeza y se fijaba en detalles que había obviado anteriormente. Tal vez no fuera para tanto y estuviera exagerando la situación, se dijo, pero era evidente que les habían seguido toda la mañana en coche. Y, de nuevo, se había resistido a confesarle la verdad a Mariano y eso le hacía sentirse como un despojo.

Acostumbrado a que todo le saliera como había planeado, empezaba a plantearse si aceptar ese trabajo era la mejor opción que tenía.

Los primeros síntomas de debilidad se manifestaban en su cabeza.

El problema era que, después de ese chantaje, estaba seguro de que vendría otro, y así, sucesivamente, hasta que se hartaran de él. La solución a situaciones como aquella siempre había sido cortar de raíz el problema, de forma dolorosa, quizá, pero eficaz. Por desgracia, la posición que ocupaba el arquitecto, era, poco favorable para él. Por primera vez, el cazador jugaba a ser cazado, aunque nadie le hubiera dicho que iba a participar. Aparentemente, esos hombres parecían tan omnipresentes que resultaba difícil de creer. Y, aún así, todavía albergaba un halo de esperanza en su interior. Lamentablemente, el depredador estaba dispuesto a morir sujetando su propia espada. Un fallo, eso era todo lo que necesitaba, encontrar un pequeño agujero en el muro para derrumbarlo con un aluvión de sangre.

Respecto a la ingeniera, sabía que los sentimientos no podían desaparecer tan pronto. Los suyos no lo habían hecho y entendió que lo mismo sería para la otra parte. A pesar de sus carencias emocionales, sabía que Marlena aceptaría una disculpa, una explicación, y que estaría dispuesta a aceptarle y entenderle, tal y como era. La actitud que había tomado, no era más que una manifestación de su disconformidad. Eso creía él, que prefería verlo así antes que asumir que, la mujer a la que amaba, buscaba a un hombre que atendiera también sus necesidades afectivas. Con el torso desnudo frente al espejo, Don terminaba de afeitarse la cara cuando se encontró a sí mismo con la mirada.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo al reflejo que tenía delante—, pero

mátalo.

Después guardó silencio y pensó en el rostro de aquel hombre siniestro de gafas de pasta y americana azul. Hablarse a sí mismo en voz alta, le devolvió un poco la confianza que había perdido. Pronto empezó a ver las cosas más claras. Si tanto sabían de él, aquel tipo se había arriesgado demasiado como para sentarse a escasos metros, pero era parte del juego. Fingir que iban por delante, la psicosis del miedo.

Recordó y grabó a fuego cada facción de su cara para no olvidarla jamás, un rostro que ocultaba un secreto casi tan profundo como el suyo. Identidad, lugar de residencia, nombre de su esposa, lugar de ocio favorito... Todo, pronto lo descubriría todo, tan pronto como supiera por dónde empezar a buscar. Ése era su gran desafío. Una vez diese con su paradero, con su modo de operar, el reloj de arena se invertiría.

Una cuestión de tiempo, pensó, suyo o del otro, pero una mera cuestión de tiempo.

*Gran Vía (Madrid)*

*24 de mayo de 2016*

Puntual, tal y como solía estar, Mariano esperaba a las ocho y media en la entrada del edificio. Había anochecido, pero los días eran más largos y cálidos y no necesitaba ese abrigo propio de una primavera nórdica. El Zalacaín era un restaurante único, de comida española y que alcanzaba la perfección en todos sus aspectos. A Don no le sorprendía que le hubieran dado tres estrellas Michelin, antes que éstas sirvieran de referente para muchos. Pero al arquitecto no le importaba la fama ni el prestigio. Una de las cosas que le gustaba de aquel restaurante, además de su esmero por la cocina española, era su discreción. Allí le conocían, había estado otras veces y los empleados sabían cómo tratar al señor Donoso que, sin ser una estrella mediática, se había ganado la admiración del servicio con generosas propinas y frecuentes visitas. Para un hombre de negocios con una doble vida, los restaurantes significaban mucho más que un lugar donde comer y cerrar contratos. Ganarse a los empleados requería tiempo y pulcritud, pero las recompensas merecían el esfuerzo. Podía estar al tanto de las conversaciones ajenas y lograba tener oídos en todas las mesas. Sabía cuándo la competencia se reuniría para comer, tomando ventaja y apareciendo por allí como fruto del azar. Gracias al ingenio y a los sobresueldos, Don amplió su red de contactos profesionales en cuestión de años, llegando a cerrar proyectos millonarios y, todo, por una calculada y meticulosa casualidad. Ahora que él a quien escuchaban, comprendía lo que se sentía estando al otro lado.

Don abandonó la entrada del edificio y se subió al coche. En su interior, la parte superior de la carrocería había sido rajada con un objeto afilado. El corte bordeaba los laterales del vehículo.

—¿Y esto? —Preguntó el arquitecto sorprendido—. ¿Qué es esto, Mariano?

—Medidas de seguridad, señor. Espero que lo entienda.

—¿Y el teléfono del trabajo?

—No se preocupe, lo he dejado en casa —dijo confiado—. No sé lo que está sucediendo, pero soy consciente de lo que ha pasado esta mañana. Tan sólo me he molestado en tomar ciertas precauciones. ¿Y el suyo?

—Sólo pueden pinchar la llamada —contestó Don—. Siempre está conmigo. ¿Te han seguido a tu casa?

—No, que yo sepa —contestó arrancando el vehículo—, al menos, en coche.

—En ese coche, querrás decir.

—No me vendría mal una explicación, señor —añadió irritado. Al parecer, no sólo al arquitecto le molestaba ser perseguido—, simplemente, para saber a lo que me enfrento. Quizá sea mucho pedir saber a qué se debe todo esto...

—Es complicado, Mariano —dijo dubitativo. No era el momento para contárselo, no ahí. Pronto llegarían a casa de Marlena y tendría que dejar la conversación a medias—, pero prometo darte una explicación.

Aquello no le sirvió como excusa. Su vida siempre era complicada.

—¿Está seguro que no quiere que le recoja? A mí no me cuesta nada.

—Sí —dijo Don—. Hay ciertos asuntos que debo arreglar con Marlena. Un paseo tras la cena nos ayudará a digerirlo todo.

—Como quiera... —respondió y guardó silencio. De fondo se escuchaba una pieza de piano de Chopin mientras Mariano sorteaba los semáforos hasta llegar a la Gran Vía. Los tubos de neón, el paso de los peatones, la aparente tranquilidad en una noche oscura, un instante en el que nada era lo que parecía. Viandantes anónimos, ensimismados y distantes en sus pensamientos, que ignoraban el historial de las personas con quienes compartían espera en un paso de peatones. Cualquiera podía ser uno de ellos, pensó Don, cualquiera podía ser una víctima o un verdugo, o ambas cosas, como en lo que él había terminado convirtiéndose—. Señor, hay algo de lo que me gustaría hablar con usted lo antes posible...

Las alarmas se dispararon para el arquitecto. Creyó que era él quien tenía que dar la noticia.

—¿Qué ocurre, Mariano? Si es por el salario...

—No, no, nada de eso —negó con la cabeza mirando al tráfico—. Tengo algunos avances sobre esos hombres, los del abrigo que estuvieron husmeando en su domicilio.

Sus palabras sonaron como las notas del arpa de un arcángel. Don se había olvidado por completo de aquella conversación. Mariano se había topado con ellos.

—Uno de ellos llevaba gafas de pasta y tenía el cabello canoso.

El conductor levantó las cejas y miró por el espejo.

—¿Cómo lo sabe?

—Usted me lo dijo.

—No, no lo hice —contestó molesto por el embuste de su jefe—. Pero, así era, tal y como lo describe... Entiendo que usted también se ha encontrado con él.

El corazón se le aceleró. Había esperanza, un final alternativo a la peor de sus pesadillas.

—¿Qué sabe de esa gente? Cuéntemelo.

El coche se había parado en doble fila frente al portal de la vivienda de Marlina. La ingeniera, con un vestido de una sola pieza y protegida por un fino abrigo blanco que le llegaba a las caderas, esperaba impaciente la llegada del vehículo.

Estaba radiante como una estrella, pero la conversación con Mariano le había abstraído de su presencia.

—¿De verdad quiere que ella escuche lo que tengo que decir? —Preguntó el hombre girando la cabeza y apoyándola en el asiento—. Soy consciente de que esa gente le sigue por algo serio... No hace falta que finja, no soy un bobo... No se preocupe, sabe que puede confiar en mí, pero... no pierda su oportunidad, señor. Lo mío, puede esperar, lo de esa mujer, no.

Don reflexionó sobre las últimas palabras. Mariano no se hacía la más remota idea de lo que estaba sucediendo.

—Hablaemos más tarde —dijo Don y abrió la puerta para recibir a su cita—. Gracias, Mariano.

*Restaurante Zalacaín, calle Álvarez de Baena (Madrid)*  
*24 de mayo de 2016*

El viaje había sido silencioso, aséptico y algo incómodo. A pesar de su sonrisa, Don se fijó en lo tenso que estaba el cuello de Marlana. Nunca se había sentido relajada ante la presencia de Mariano. El chófer la intimidaba en cierto modo.

—Estás hermosa —comentó el arquitecto.

—Eres muy amable —contestó con una sonrisa la ingeniera y eso fue todo lo que dijo hasta que llegaron a la entrada de la parcela donde se ubicaba el Zalacaín. Una muralla de piedra y verja separaba la calzada del jardín privado y unos peldaños llevaban a su interior.

—Buenas noches, Mariano —dijo el arquitecto tras ser el último en abandonar el vehículo—. Gracias por tu lealtad.

—Que tenga una agradable velada, señor.

Una vez hubo cerrado, el coche continuó su ruta y se perdió por el final de la calle. Hacía una noche estupenda y ahora Marlana parecía más relajada. Don no llegaba a entender por qué actuaba de esa forma tan extraña. Mariano era un buen hombre, pensó. Dispuesto a dar el primer paso, acercó sus dedos a la mano de ella, que observaba sorprendida la belleza del lugar.

El roce de sus dedos provocó un chispazo en sendas direcciones.

Don echaba de menos su tacto, el olor de su piel. La noche del Stuttgart había marcado un principio en su relación y no quería perderla. Por el contrario, pese a sus sentimientos, Marlana no estaba dispuesta a seguir los juegos del millonario sin una explicación.

Demasiadas oportunidades, leía Don en su rostro.

Tan rápido como sintió las intenciones de su acompañante, con estilo, dobló el brazo y se agarró con firmeza al bíceps de éste. Una bonita forma de responder que todavía quedaban muchas cosas por decirse. El arquitecto lo tomó con sutileza y agrado. Le gustaba aquello de Marlana. Era educada hasta en el rechazo. Sin mentar palabra, ambos caminaron por un sendero empedrado y rodeado de árboles que los llevó hasta la entrada. Al final del camino, había una alfombra gris que servía de pasarela para los invitados, protegida por un toldo ovalado e iluminada por varias lámparas antiguas de estilo victoriano. Cuatro tenedores y un gran rótulo grabado sobre una lona.

—Sé que intentas complacerme —dijo ella con una mueca distendida. Los ojos le brillaban, estaban recuperando su color. Si todo marchaba bien, pronto

se olvidaría de lo que había sucedido por la mañana. Estaba en manos del arquitecto que la velada marchara sobre ruedas—, pero no lo vas a conseguir con otra cena.

Por encima de ella, giró el rostro e inclinó la cabeza con una mirada seductora.

—Sólo quiero que disfrutes de la velada —respondió airoso—. Te lo mereces.

En la entrada, uno de los encargados reconoció al arquitecto. Esa noche, alguien iba a llevarse un pellizco de la cuenta.

Cruzaron un primer y bonito vestíbulo que mantenía la esencia de antaño, cargado de botellas de vino y muebles restaurados. Después, el empleado los acompañó hasta un salón de diferentes tonos naranjas. Mesas de mantel, servicio de uniforme y bien vestido; cubertería fina y sillas de madera oscura. Al fondo, un cuadro de una mujer y un hombre. A diferencia de muchos otros lugares, en el Zalacáin reinaba la tranquilidad y el ligero murmullo de los comensales era casi inapreciable. Formaba parte del código, de las buenas maneras y del saber comportarse. Marlena no tardó en reconocer el rostro de algunas modelos de pasarela acompañadas de otros famosos de la televisión. Clientes que se tomaban demasiado en serio aquello de vivir el momento, ya que desconocían cuándo sería la próxima vez. Mientras la ingeniera sujetaba el brazo de su acompañante, éste dio un barrijo visual por la sala antes de sentarse. Estaba más tranquilo, tenía a Marlena y al servicio de su parte. Sin embargo, resultaba complicado deshacerse de la sospecha.

El metre se acercó a la mesa y descorchó una botella de cava catalán que después sirvió en dos copas.

—Buenas noches, señor Donoso —dijo el hombre, que aparentaba la edad de Mariano, iluminado bajo el foco del techo. Tenía el cabello peinado hacia atrás y fijado con brillantina. Su chaqueta blanca estaba impoluta. Era un profesional del oficio—. Esta noche me encargaré de que no les falte de nada.

—Gracias, Julián —respondió desde su posición—. El gusto es mío. Me alegra verle de nuevo.

El empleado sirvió el espumoso y asintió con la cabeza al arquitecto. Regresaría más tarde cuando hubieran brindado.

Don sujetó el cuello de su fina copa y miró a Marlena. Los brazos de la ingeniera se convirtieron en gelatina. Podía esperar cualquier cosa de él.

—Por nosotros —dijo el arquitecto con una sonrisa seductora. Alzó la copa unos centímetros del mantel e invitó a la ingeniera a que hiciera lo mismo.

—Si tú lo dices... que sea por nosotros —contestó ella sin estar del todo convencida.

—No seas tan dura conmigo, es otra forma más de pedir perdón —replicó él y provocó una ligera mueca el rostro de su acompañante. Pequeños pasos, grandes metas. Pronto se habría olvidado de ese comentario. Bebieron y el cava cruzó la garganta refrescando su estado de ánimo. De pronto, tras el cristal, sintió una punzante mirada que procedía de su diagonal derecha. Una esbelta y joven rubia, de cabello liso y con un ligero parecido a la famosa modelo alemana, le miraba con intensidad, enfundada en su apretado y elegante vestido rojo. No reconocía su rostro, ni sus intenciones. A diferencia de otras ocasiones, no era una llamada al deseo, ni un elogio silencioso. Todo lo contrario. Tras mantener la tensión durante un segundo, ella le sonrió desafiante y regresó a la conversación que tenía con su acompañante, un hombre de cuarenta años con el cabello fino y vestido de traje.

Quizá sólo fuese un mal presentimiento. Tal vez una meticulosa y calculada casualidad.

## **CAPÍTULO SEIS**

Como acostumbraba el restaurante a sus clientes, las croquetas no tardaron en llegar. Al leer la carta, Don pidió para el centro un plato de jamón de Jabugo, un Don Pío, un plato compuesto por huevo de codorniz; salmón ahumado y caviar, y una ensalada de bogavante con vinagre de Jerez. Marlina se decantó por rape y langostinos guisados al azafrán con alcachofas y perejil y el arquitecto un costillar de cerdo asado.

Mientras terminaban la botella de cava, decidió esperar hasta los principales para pedir dos copas de vino. Tal manjar había que acompañarlo de los mejores caldos, un requisito que a Marlina no le importaba tanto. Sin intenciones de impresionarla, Don se manejaba con holgura en aquellos lugares. El dinero, el conocimiento y el estudio, le habían convertido en un hombre cultivado y preparado para cualquier tipo de escenario. Eso era lo que no entendía Marlina, cómo un hombre tan sofisticado, además de tener el dinero que poseía, seguía solo y sin una pareja. Cómo un hombre así se había fijado en ella, y eso la desconcertaba. Aunque ella no le hubiera confesado aquel temor, Don era capaz de leer entre líneas y la intuición femenina de la ingeniera acertaba de lleno. Él era la consecuencia de un presente desagradable, de un porvenir errático, de un desenlace desastroso.

Durante sus años de escuela, conoció a otros chicos como él, con otros problemas diferentes. Años más tarde, algunos habían seguido el patrón de sus padres y madres, dejándose vencer por el alcohol o convirtiéndose en delincuentes profesionales. Otros, al contrario, habían preferido huir de todo aquello, ni siquiera eran capaces a acercarse a la bebida. Como él, tuvieron que buscar un escape, una senda, seguir la de otros ejemplos o perderse entre las tinieblas, haciendo de sus causas una lucha interior constante. Periodos complicados que él había gestionado como pudo. No se arrepentía de ello, siempre supo que hizo todo lo que estuvo en su mano para no desviarse de su carrera, para no terminar en la más profunda desgracia.

A medida que los platos entraban y salían de la mesa, las burbujas del espumoso le ayudaron a rebajar la ansiedad que sufría su estómago. Todavía rondaban los efectos de la noche anterior, pero tenía un cuerpo de acero para digerir las resacas. No hacía falta ser adivino para darse cuenta de que la tensión reinaba en la mesa. Las palabras se atascaban en su garganta, no sabía por dónde empezar y la presencia de aquella chica le irritaba cada vez más.

—¿Te encuentras bien, Ricardo? —Preguntó Marlina harta de esperar—. Hoy estás muy callado, más de lo usual.

—Lamento no estar acostumbrado a das explicaciones —dijo observando la

copa—. No debí dejarte sola esta mañana con esos hombres. No sé en qué estaría pensando, de verdad.

Ella se detuvo y posó los puños sobre la mesa. Después respiró con profundidad.

—Nadie sabía que no vendrías ayer a trabajar... —explicó nerviosa. Estaba a punto de estallar. Había aguantado demasiadas horas con ello—. Como comprenderás, no entiendo nada... A veces, dices que somos un equipo y, otras, lo guardas todo para ti. No logro entenderte y, ¿sabes? Resulta agotador... Creo que estoy algo desconcertada.

—Tuve un contratiempo, eso fue todo.

—No tienes por qué preocuparte —respondió con voz culpable—. Esos hombres no firmarán con nosotros. Lomana no ha sabido ganarse su confianza, pero no siempre se gana...

—Te agradezco el esfuerzo, aunque será mejor que hablemos de otra cosa que no sea trabajo.

Marlena dejó los cubiertos sobre el plato y dio un trago largo a su copa. Mientras se rompía en pequeños pedazos, Don la observaba sin saber qué hacer.

—Como quieras —respondió molesta—. Te llamé varias veces. Estaba preocupada por ti.

La espalda de Don se tensó. Sin quererlo, había desviado la conversación al punto que hubiese deseado dejar para los postres. Lo último que el arquitecto necesitaba era una escena en medio del restaurante.

—Siento no haberte dicho nada, han sido días muy duros, necesitaba descansar después del viaje... No debiste alarmarte, Marlena, aunque reconozco mi parte de culpa —insistió el arquitecto. La comida había sido deliciosa, pero temía que la cena se fuera al traste una vez más. Ella cargaba con la impotencia de una persona que se siente confundida, desconociendo el siguiente paso. Marlena le estaba pidiendo a gritos que le guiara por la senda junto a él—. Sé que desde nuestro encuentro en Stuttgart, me he comportado de un modo atípico.

—Te has comportado como un imbécil. No sé qué clase de relaciones has tenido en el pasado, pero la gente no suele cambiar de golpe en una semana, Ricardo, a menos que tenga un problema mental muy serio... —respondió indignada mirándole a los ojos. Ella era la única que podía hablarle así, la única mujer a quien se lo permitía. Su respuesta impactaba contra el arquitecto como balas de fuego. Don hacía lo posible por aguantar el temple y no estallar

en un ataque de furia. Marlena, cada vez, se acercaba un poco más a la verdad —. En un primer momento, pensé que sí, que te habías cansado de mí. Después me llamaste preocupado y desapareciste hasta esta mañana... Sé que te ocurre algo, pero no puedo ayudarte si no confías en mí.

Don miró a la esquina donde se sentaba la chica rubia y su acompañante. De nuevo, la había sorprendido poniendo atención a su conversación. La intuición no le fallaba. Estaba convencido de que trabajaba para ellos.

Mientras intentaba formular una respuesta coherente, el metre se acercó a la mesa para comprobar que todo estaba bien.

—¿Desean algo más?

—No, gracias —dijo Marlena.

—Un café, por favor —respondió Don y se acercó al empleado para susurrarle de cerca—. ¿Quiénes son esos señores de la esquina, Julián?

El metre giró con disimulo y volvió a la mesa.

—No tengo la más remota idea, señor —respondió en voz baja—. Es la primera vez que los veo.

Para su desgracia, no calculó bien el momento en el que formular la pregunta. Curiosa por la razón que mantenía ausente al arquitecto, Marlena se volvió para mirar a la mesa a la que había hecho referencia.

La joven mujer sonrió a lo lejos. Todo formaba parte de una estratagema.

—No doy crédito, Ricardo —murmuró humillada la ingeniera y se levantó de la silla—. Si me disculpan...

—Olvida lo del café, Julián —rectificó—. Será mejor que traigas la cuenta. Me temo que la velada ha llegado a su fin.

Sólo hizo falta que Marlena se dirigiera a los aseos para que la joven rubia del vestido rojo hiciera lo mismo. Don mantenía los ojos clavados en ella, esperando que sus miradas se encontraran, pero no fue así. Fría y calculadora, movió sus largas piernas, a ritmo de tacón, por el salón con el bolso en la mano, acercándose con delicadeza hasta la mesa del arquitecto. Cuando pasó por delante, dejó una nota blanca doblada sobre el tablero y continuó su paso, regalándole una última sonrisa cargada de misterio e intención.

Alargó el brazo y agarró la nota. Podía ser un número de teléfono, una proposición indecente. Algo le decía que no sería así. Don confiaba en su intuición y aquella no era buena. Le tembló el pulso y una extraña sensación de frío empezó a humedecer sus palmas.

“ESTÁS TENTANDO A LA SUERTE. NO JUEGUES CON NOSOTROS.”

Dobló la nota, la guardó en el bolsillo del pantalón y levantó la mirada para

dirigirla hacia la mesa de dónde procedía. Todo ese tiempo, esa mujer no había supuesto más que una distracción para él. Un despiste que había arruinado el encuentro con la mujer a la que amaba. Jamás se lo perdonaría. Por enésima vez, había caído en la trampa. El hombre rechoncho de la mesa se giró hacia él con pereza. Después le regaló una sonrisa que no tardó en recordar. Un revuelo de imágenes. La mezclanza del tabaco y la tapicería. Era él, el conductor del vehículo al que había subido el domingo por la noche. Estaba en lo cierto: les habían vigilado toda la noche.

Maldito hijo de perra, pensó.

El metre apareció con la cuenta. Don se limitó a dejar un puñado de billetes sobre la carta junto al recibo cuando Marlena regresaba del baño.

—¿Qué está pasando? —Preguntó al ver a su jefe de pie con la chaqueta blanca en la mano. Ni siquiera tuvo tiempo para pedirle una explicación. No parecía el hombre seguro y protector con el que solía trabajar, sino todo lo contrario. Estaba pálido, tenía la mirada desenfocada y su rostro era el reflejo de un sufrimiento real y honesto.

—Coge tus cosas, nos vamos.

## **CAPÍTULO SIETE**

Marlena y Don abandonaban el jardín del restaurante sin que el arquitecto hubiera dado una justificación. Caminaba tenso, nervioso y con una mano que empujaba el costado de la ingeniera. Agitados, recorrieron varios metros hasta que ella agarró de la muñeca al arquitecto.

—¡Ricardo! —Exclamó en medio de la solitaria calle. Estaba oscuro y apenas había viandantes por la calzada. El reloj marcaba las once y la mayoría de madrileños pronto se irían a dormir para asumir el día siguiente—. ¿Te has vuelto loco?

—No te detengas, camina.

—No voy a ir a ninguna parte —respondió harta de tanto misterio—. ¿Qué estamos haciendo?

—Te he dicho que camines, Marlena. Ya me has oído.

Ella le soltó la muñeca y levantó el dedo acusador.

—Tú no eres quién para darme órdenes —respondió la mujer—. Estás loco, has perdido la cabeza. No sé por qué juegas conmigo de esta manera, pero quiero que sepas que renuncio a...

De repente, Don se abalanzó sobre ella y le tapó la boca con la mano. Marlena forcejeó un instante hasta que escucharon algo.

—¿Ha visto usted a la pareja que acaba de salir? —Preguntaba el hombre rechoncho de la otra mesa a uno de los empleados del restaurante—. Una mujer y un hombre, ambos morenos.

Ella abrió los ojos.

—Confía en mí —susurró Don y le apretó de la muñeca. Marlena no opuso resistencia e hizo lo que su jefe le dictó. Echaron a andar calle abajo, pero el tacaneo de los zapatos de la ingeniera sirvió de cascabel para los que buscaban el sendero.

Continuaron en silencio varias manzanas hasta que él se dio cuenta de que el abrigo de su cita no era suficiente. El fresco de la noche comenzaba a hacerse notar. Se quitó la fina gabardina y se la puso alrededor de los hombros. Ella agradeció el gesto con una sonrisa cuando pasaron por delante de un busto de hierro de Isabel I. Salieron del parque que rodeaba al monumento y llegaron al paseo de la Castellana. El ruido de los coches volvía a ser parte del hilo musical, el bullicio y las sombras les ayudaría a mezclarse entre el misterio de la nocturnidad. Al fondo, se podían vislumbrar algunas torres de edificios de oficinas que seguían encendidas.

—Aquí es difícil coger un taxi —dijo el arquitecto—. Será mejor que vayamos a mi apartamento. Está cerca.

—Ni de broma, Ricardo. Ya te he dicho que no voy a ninguna parte. Estar contigo es como caminar en un laberinto sin salida.

—¿No lo entiendes? Si nos quedamos aquí, nos encontrarán —insistió ignorando las palabras de la mujer. Sacó el teléfono de su bolsillo con afán de localizar un taxi a esas horas, pero Marlena le arrebató el aparato de las manos—. ¿Qué haces?

—¿Quién nos encontrará?

—Esa pareja.

—¿Por qué, Ricardo? —Preguntó con el rostro encendido. Estaba enfadada con él—. ¿Por qué tendrían que seguirnos? ¿Porque estabas mirando a esa mujer en vez de escuchar lo que tenía que decirte?

Don se echó las manos al rostro y se frotó el mentón. Después chasqueó la lengua desdeñoso. Marlena podía ser taciturna, y eso no era del todo malo, pero en ese momento no hacía más que entorpecer las cosas.

—Te lo contaré más tarde.

—Me lo cuentas ahora —contestó confiada—. Si no, puedes olvidarte de mí para siempre.

—Para siempre.

—Así es —dijo ella—. Lo he estado pensando y no puedo seguir así. Trabajar contigo no es fácil, y menos ahora que te he dicho lo que siento. Soy una estúpida.

—No, no lo eres, escucha...

—Si no me dices lo que está pasando, si me vuelves a mentir —prosiguió interrumpiendo al arquitecto—, no podré confiar en ti y no me dejarás otro remedio que renunciar a mi puesto.

—Lo que dices no tiene sentido, Marlena.

Ella levantó la mano en un gesto de incompreensión. Daba por hecho de que Don tenía un marco mental y no estaba dispuesto a salir de él.

—¿Sabes? Paso de ti, tío... —dijo vencida. Le acercó el teléfono móvil y el arquitecto lo cogió. Después se dio media vuelta y caminó en dirección contraria.

—¿A dónde vas?

Pero ella no respondió.

Entonces, sintió la presión de los dedos del arquitecto sobre su antebrazo. Jamás la había agarrado de esa manera. Desprevenida, se giró aterrorizada y se encontró, a escasos centímetros, la mirada tenebrosa de un hombre desesperado.

—Te lo contaré —dijo entregado—, pero vayamos a mi apartamento. Caminar por la calle no es seguro.

Marlena movió el mentón unos centímetros. El arquitecto parecía ceder terreno. Iba progresando. Mantenerse firme daba resultado.

—Daremos un paseo.

—Me empieza a cansar tu actitud.

Ella rio con la nariz.

—Estaba equivocada —dijo y se adelantó unos pasos tomando el rumbo de la ruta—. Debo importarte más de lo que pensaba.

Sin que el arquitecto se diera cuenta, anduvieron hasta la parada de metro más cercana para regresar al centro de la ciudad. Marlena había marcado las normas y no estaba por la labor de seguir los consejos de Don. Aunque detestaba el transporte público, era una buena forma de diluirse entre la multitud, burlando así la vigilancia del Gran Hermano que perseguía al arquitecto. Pese a la nube negra que posaba sobre su cabeza, Don supo apreciar aquel momento primaveral, no muy distinto al que había vivido junto a ella en la capital alemana. De nuevo, los dos solos, por un momento que pronto se esfumaría de nuevo. Después de todo, eran esas pequeñas motas de realidad a las que se aferraban las personas cuando ya no tenían al otro a su lado. Pequeños instantes que, con el paso del tiempo, se cargarían de color y nostalgia, estirándose como una goma hasta convertirlos en hechos que nunca habían llegado a suceder. Era uno de los mecanismos de la mente y Don era consciente de ello. Ninguna muerte era tan satisfactoria en su ejecución como solía recordar. En el momento en que tenía a su víctima frente a él, no pensaba, tan sólo respiraba. Con el sexo, guardaba una relación similar. Razón que transformara sus hábitos durante una temporada y los llevara al terreno emocional. Al fin y al cabo, seguía siendo un tipo de contacto humano, de robo y entrega, de victoria y derrota.

—Alguien me está chantajeando con hundirme la vida si no hago lo que pide —explicó convencido a la ingeniera. No le estaba mintiendo, sino que había preferido obviar ciertas partes de la historia. De todos modos, ella nunca le hubiera creído si hubiese contado la verdad—. Por eso me siguen, y no pararán hasta que ceda.

Tenía sentido para ella. Don era un hombre con dinero y noticias así aparecían con cierta frecuencia en las noticias. Lo último que podía sospechar era que el trato se cobrara con sangre.

—¿Por qué no denuncias?

Él se rio.

Bajaron las escaleras de la boca de metro, compraron dos billetes y cruzaron el tornio para incorporarse al andén.

—Saldríamos perdiendo.

—¿Quiénes? —Preguntó ella preocupada.

—Todos, Marlena —dijo avergonzado—. Siento decirte que he cometido alguna irregularidad... Nadie es perfecto, pero pronto habrá acabado esta pesadilla. No es la primera vez, sé cómo tratar con ellos.

—Pero...

—Ahora comprenderás por qué no podía contártelo —prosiguió con su farsa—. Lo último que quería era que te relacionaran conmigo.

—Pero ya lo han hecho. Necesitas ayuda, Ricardo.

—Sé lo que necesito —rectificó con voz autoritaria—, y en estos momentos es que confíes en mí.

Estaba siendo más fácil de lo que había sospechado en un principio. Omitir ciertas partes de la verdad, daba consistencia al relato. Las suposiciones de Marlina ayudaban a que la historia tuviera empaque. Sólo debía dejar que fluyera y ella le habría perdonado sus errores. Ella recortó la distancia que le separaba de Don y tocó su brazo.

—Te agradezco que me lo hayas contado —respondió complacida y más relajada—. Sabes que puedes confiar en mí. Me pregunto qué habrás hecho... Tú, que eres un hombre tan cordial.

—Nada que no se pueda justificar... —bromeó él.

—¿Has matado a alguien? —Preguntó la mujer. El corazón se le paró al arquitecto y su rostro se volvió tenso y helado. Marlina aguantó la mirada durante unos segundos, después rompió a reír—. Sólo bromeaba, no seas tan serio...

El proyectil había pasado cerca. Se relajó de nuevo cuando escuchó el ruido del subterráneo. Después las puertas se abrieron y una corriente de pasajeros se apeó del vagón.

Estaba en lo cierto. Existían algunas verdades que era mejor que la humanidad desconociera. Después de todo, nadie las iba a creer.

Plaza de España (Madrid)

*24 de mayo de 2016*

Miradas en el metro, complicidad en cada parada, entre los silencios que se formaban después de que la puerta se cerrara. No le molestaba rodearse de otras personas si estaba junto a ella. Y a ella tampoco parecía importarle lo desastroso que había sido convivir con el recuerdo de la última semana. La salida los dejó frente al cristal de uno de los muchos Starbucks que había repartidos por toda la ciudad. Era medianoche, el local seguía abierto, pero Marlena estaba dispuesta a marcharse a casa. Había sido un día largo.

—Bueno...

—Un café —dijo él—. Déjame invitarte a algo caliente.

—Pero, no dormiré.

—No será el café lo que te quite el sueño esta noche —respondió él y tomó la iniciativa hasta la puerta.

Tras el pedido, se acercaron a una pequeña mesa de madera con vistas a la plaza de España. Don se sentía extraño por estar allí. Era una experiencia que no vivía desde hacía más de una década. En algún momento de su vida, al igual que muchas personas deciden no regresar a ciertos hábitos del pasado para alcanzar otros nuevos, él tomó la decisión de olvidarse de aquello. No era una cuestión de esnobismo, sino de cautela. Mientras que a él no le importaba el origen del café, sí lo hacía a quienes trabajaban por encima de su cabeza. Hasta en el café, siempre había sopesado la elección. Desde joven, Don había aprendido a que el placer a corto plazo sólo traía resultados nefastos: la salud, el dinero, el amor. Labrar hoy para recoger mañana. Pensar a lo grande para no dejarse engañar por las tentaciones del camino. Controlar sus impulsos para actuar de una manera fría y meticulosa. Pero todo tenía un final y él comenzaba a cuestionar si había llegado el suyo, o el de esos hombres.

—¿Qué pasará después? —Preguntó Marlena mirando por el cristal a una mujer que caminaba en dirección a la Gran Vía—. ¿Qué pasará cuando nos despedamos esta noche?

—No te entiendo. No pasará nada.

—¿Volverá todo a ser como antes?

—No sé por qué debería cambiar —explicó y tomó un tono de voz cómplice—. Sólo necesitaré que me sustituyas... cuando no esté.

Ella miró a Don y volvió a observar el líquido de su taza.

—Tienes razón. Ha sido una pregunta estúpida... —contestó, posó su mano sobre la del arquitecto y le miró a los ojos con ternura—. Sea lo que sea, aquí tienes a alguien en quien confiar.

Él sintió el tacto de su piel y agradeció el gesto, pero la acción de la ingeniera le confundió. Se preguntó qué estaba haciendo. Se suponía que era él quién debía protegerla. De nuevo, esa mujer rompía sus esquemas.

—Está bien, Ricardo —añadió con desgana—, es hora de marcharme. Mañana nos espera un día difícil... ¿Verdad?

La pregunta llegó sin esperarla.

—Sí, claro... como siempre —dijo y se apresuró para abrirle la puerta. Allí, bajo las luces de la gran avenida que cruzaba el corazón del centro y la brisa madrileña de la madrugada, sus cuerpos se encontraron de nuevo. Él arriba y ella a la altura de sus hombros. Hubiese deseado abrazarla para que dejara de tiritar, pero no se sentía confiado, por mucho que los ojos de Marlena se lo pidieran a gritos—. Una cosa más...

—¿Sí? —Preguntó ella expectante. Tal vez, ese hombre se hubiera decidido de una maldita vez en abrir su corazón.

—¿Te ha dicho algo la mujer del restaurante? En el baño, cuando os habéis encontrado.

Se escuchó un ligero suspiro. Su rostro representó la más pura decepción.

—No. Nada —contestó desanimada—. Bueno, ahora sí, será mejor que me vaya.

—Déjame acompañarte, no quiero que te molesten.

Ella puso su mano en el pecho de Don. El arquitecto sabía lo que venía después.

—Aquí no tendrás problema para coger un taxi —respondió con una sonrisa, se acercó a su rostro y le regaló un beso en la mejilla. Don inhaló su perfume para disfrutarlo más tarde—. Necesitas descansar. Buenas noches, señor Donoso.

En un último intento, acarició sus dedos, pero la mano de la mujer se deslizó lentamente hasta separarse de su cuerpo y tomar el rumbo hacia el otro lado de la avenida. Podía haber insistido, pero era mejor así. A diferencia de la cena anterior, ésta le había dejado un buen gusto final. Los golpes necesitaban tiempo para sanar y Marlena tenía muchos arañazos por curar. Para su suerte, había sido capaz de contarle parte de la verdad sin herirla. Estaba orgulloso de ello, aunque seguía teniendo la cara de aquel hombre clavada en la sien.

Con el asunto de Marlena solucionado, ahora tenía todo el terreno necesario

para destruir a esos miserables antes de que acabaran con él. Cuando perdió la silueta de la mujer entre los coches, las ansias volvieron a atemorizarle. Un ardor que crecía con violencia en su interior, haciendo arder las paredes de los intestinos. Caminó hasta el carril de los taxis y levantó el brazo. Un Volkswagen blanco se detuvo a escasos metros.

Sin mirar al conductor, abrió la puerta trasera y se introdujo en el vehículo.

—Calle de Lagasca, por favor.

—Que así sea, señor Donoso —contestó el conductor y se puso en marcha en dirección al destino.

De pronto, no entendió nada.

—¿Mariano? Pero...

—Siento sorprenderle de esta guisa —explicó el chófer—, pero de otro modo, habría llamado su atención y la del resto. No podía permitirme que le pasara algo. No me lo habría perdonado, ya me entiende.

—Agradezco tu lealtad, pero no era necesario que vinieras. Ya se han encargado de ajustarme las tuercas esta noche.

—Hay otra razón por la que estoy aquí —prosiguió el conductor —, y no encontraba forma de comunicárselo... Debemos reunirnos lo antes posible, este asunto es más grave de lo que hubiera imaginado. Existe cierta documentación que necesita ver... ¿Se le ocurre un lugar donde podamos encontrarnos?

Don reflexionó durante varios segundos hasta que una imagen le vino a la cabeza.

—Sí, claro... —respondió el arquitecto. Después guardó silencio—. Mariano, ¿qué ganas tú con todo esto?

—Con todos mis respetos, señor... —dijo y miró por el espejo retrovisor—. Sólo quiero que dejen de joder.

# **CAPÍTULO OCHO**

*Calle de Génova (Madrid)*

*1 de marzo de 2007*

Su primera entrevista de trabajo, que no su primer empleo. El sector de la construcción se encontraba en un momento brillante. La compra de pisos había crecido en los últimos años hasta poner los precios por las nubes. Todo el mundo quería poseer algo que fuese suyo, un bien material que reflejara el esfuerzo de años de trabajo. La población esperaba en las oficinas bancarias para que éstos sellaran sus préstamos, sin importar cómo y cuándo los devolverían. La generación de Ricardo era aquella que, presuntamente y según los medios, estaba mejor preparada que la de sus progenitores: vivir en democracia, conocer la prosperidad económica, recibir una educación completa y un título universitario, romper con la censura para disfrutar de la libertad de entonces... La lista era larga, los gobiernos se habían encargado de concienciar a las familias de que su salto de clase estaba a punto de llegar. Un puesto bien pagado en una oficina y un apartamento en el centro, requisitos que justificaban los siete años de estudios universitarios. La vida era fácil, los restaurantes estaban siempre llenos y encontrar un puesto vitalicio en una empresa, no tendría que ser muy complicado.

Debido a su contexto familiar, la prosperidad era un término que le quedaba bastante lejos al arquitecto. La bonanza nunca había estado cerca de su familia, ni de su entorno. En su casa, el dinero nunca había sido un tema por el que hablar. Hasta la muerte de su padre, el progenitor había mantenido un control absoluto de las cuentas: un bajo salario como operario en una fábrica que se reducía a la mitad por sus problemas con el alcohol. Una vez apartado del núcleo familiar, su madre era demasiado mayor para aprender a gestionar una pensión cargada de odio. Las situaciones extremas podían ser devastadoras o convertirse en la razón por la que prosperar. Debido a la falta de recursos y a un reloj de arena que menguaba cada minuto, si quería algo, debía ir a por ello. Por esa razón había aprendido idiomas por su cuenta. No existían atajos ni justificaciones y tampoco estaba dispuesto a morir en el mismo lugar donde había crecido.

Criado en un barrio de clase trabajadora, la mayoría de sus compañeros de escuela habían dejado los estudios antes del bachillerato. Ya fuese por intereses o por cuestiones familiares, los trabajos físicos y el dinero rápido siempre llamaban más la atención que las grandes apuestas a largo plazo.

En el interior de un despacho, rodeado de libros y de una mesa de dibujo,

Ricardo esperaba sentado en el lateral de un escritorio de madera y bajo el resplandor de una lámpara de halógenos. Frente a él, el señor Roncero, la otra mitad del estudio R&L de Madrid, un hombre delgado con el rostro arrugado, vestido de camisa blanca y con el pelo hacia un lado, que miraba por encima de sus anteojos el currículum del joven, tan corto y discreto como su experiencia.

El hombre dejó el folio a un lado y comprobó el contenido de una carpeta marrón que Ricardo había llevado. En el interior estaban los planos de sus mejores proyectos, todos de corte minimalista, limpios y monocromáticos.

Sin ápice de interés, miró los planos y las imágenes en tres dimensiones de las construcciones y las puso junto a su historial académico. Ricardo observaba sus movimientos intentando descifrar los pensamientos que corrían por la cabeza de ese tipo. Debía ser más inteligente que él, no reaccionar a sus críticas y aceptar lo que fuera, por mucho que le doliera. No estaba dispuesto a salir de allí sin una oportunidad, ni a dejar que el orgullo lo estropeará todo. A fin de cuentas, siempre podía rebanarle el gaznate.

—¿Por qué quiere trabajar con nosotros, señor García?

—Donoso —respondió el chico corrigiendo a su entrevistador—. Nunca uso el primer apellido.

—Como desee —contestó con ligero asombro. Ricardo apreció un síntoma de desaprobación en su rostro—. ¿Y bien?

—Conozco su estudio, he seguido los proyectos que desarrollan aquí y siento que podría ayudar a que siguiera creciendo.

—Entiendo... —dijo poco convencido. Ricardo pensó en cuántas veces habría escuchado aquello—. Ayudar a que siguiera creciendo... ¿Qué espera encontrar aquí?

—Un entorno de trabajo en el que desarrollarme.

Las entrevistas eran un campo de minas para quienes necesitaban el dinero. Como en el cortejo humano, quien mostraba demasiado interés, terminaba perdiendo todo el valor que poseía y, por ende, la oportunidad de trabajo. En caso de lograr su objetivo, la consecuencia sería fatídica. Sin embargo, debía caminar con cuidado, medir sus pasos, saber cuándo dar el giro. Demasiada altivez, le descartaría al molestar a su oponente. Nadie contrataba a quien podía hacerle sombra, al menos, desde el principio. Así que Ricardo pronto aprendió que, antes que amar o trabajar con eficacia, premiaba más saber cómo camelarse a la otra persona.

—Me temo que aquí encontraría muchas más cosas que eso —comentó el

hombre cruzando las manos y mirándole con tranquilidad, como si no tuviera prisa en ver cómo el candidato se derrumbaba ante su respuesta—, o tal vez no. Eso ya dependería de usted, pero imagino que también sabría, antes de entrar por esa puerta, que somos un estudio con cierta reputación en la ciudad.

—Así es.

—Exigente.

—Sí.

—Ortodoxo.

—Sé dónde he enviado el currículum.

—Siento decirle que no tenemos un trabajo para usted —dijo el hombre finalmente.

—Eso no es lo que decía el anuncio —contestó el arquitecto. El pulso se le aceleró. Manejaba con torpeza las negativas. Era parte de su genética, pero debía resistir a mostrar sus emociones.

—Estoy al tanto de la oferta, yo mismo la escribí.

Le estaba a poniendo a prueba, era parte del juego. Llegado a ese punto, podía levantarse y buscar otro empleo o quedarse allí y tomar lo que estaban a punto de ofrecerle, si la tensa cuerda no terminaba por romperse. De un modo u otro, tenía que decidir. Era parte del ciclo de la vida. No obstante, había entrado a esa habitación con un precepto claro, al precio que fuese. Había aprendido a continuar por el sendero, a pesar de las culebras que aparecieran por éste.

—Entonces creo que comete un error —dijo el joven con seguridad y soberbia—. Deme un mes y déjeme demostrárselo.

El hombre sonrió. No le gustaba la actitud valiente de aquel chico.

—No —contestó y se apoyó en el respaldo de su sillón. El resplandor de la calle formaba un contraluz en su figura—. De ser así, tampoco reconocería mi equivocación... Sin embargo, necesitamos un delineante. Eso es todo lo que podemos ofrecerle, señor... Donoso.

Trazar planos ideados por otros, no era su habilidad más fuerte, ni tampoco para lo que había estudiado siete años.

De nuevo, entendió que las victorias requerían tiempo, hasta las que carecían de sangre.

—Dígame cuándo puedo empezar.

*Calle de Génova (Madrid)*

*5 de marzo de 2007*

A las ocho menos cuarto de la mañana, Ricardo abandonaba la boca de metro de Alonso Martínez, tal y como había hecho tantas veces, tal y como haría días antes. El ambiente era el mismo, los mismos rostros anónimos que jamás recordaría, el mismo trajes de rebajas al que, por fin, había quitado la etiqueta. Delineante, pensó, era la palabra que le había atormentado durante el fin de semana, unos días en los que su madre había logrado entrar en un estado de felicidad, aparentemente, duradera.

Tras el fallecimiento de su padre y el chico del Templo de Debod, la relación entre ambos se había perdido casi por completo. Dicen que una madre siempre estará conectada a su hijo. En el caso de Amparo, hacía tiempo que se había desconectado de la realidad en la que vivía. Una mujer ahogada en el dolor y en los traumas de una relación pasada que sacaba a flote lo peor de ella. Una mujer que había fracasado como esposa y madre. Era cuestión de tiempo que sucediera, así como que aceptara que su hijo poseía la misma enfermedad que el padre. La salud mental, un tabú eterno en la sociedad. Por tanto, la luz de Amparo, a diferencia de lo que creía Ricardo, comenzó a apagarse lentamente como la llama de un cirio sagrado, sin saber si estaba dispuesta a digerir la verdad: su hijo era un monstruo.

A diferencia de lo que él creía, hacía tiempo que Amparo había dejado de creerse las mentiras que su primogénito le contaba cuando salía por la noche. Por las mañanas, se le aceleraba el corazón cada vez que encendía la radio para escuchar las noticias y las botellas de vino que compraba inocentemente no le ayudaban a aceptar el problema. Para más inri, Amparo siempre había sido una persona dependiente de la opinión ajena. Quizá, la razón por la que había estado callada durante tantos años, por la que había sido incapaz de denunciar a su marido, a pesar de que sus amigas más cercanas le empujaban a hacerlo. Para ella, no existía nada peor que ser a quien señalaban con el dedo. Prefería marcar a ser marcada. Ya había huido una vez, cuando los habitantes del pueblo donde vivían descubrieron que se había quedado embarazada por accidente y no por error, como decían todos, algo que, tiempo más tarde, comenzaría a pensar ella también.

Pese a todo, Ricardo hacía tiempo que se había marcado una fecha final para salir de allí. La humilde pensión de viudedad que recibían no era

suficiente para realizar los sueños de un joven dispuesto a comerse el mundo. Sin tener la posibilidad de poner la mano encima de las cuentas, la situación financiera de la familia se agravaría a medida que su madre dependiera más y más del alcohol, algo que Ricardo no estaba dispuesto a permitir, aunque poco podía hacer al respecto.

Por suerte, ese frío lunes de marzo empezaba un nuevo periodo para él. Era esperanzador, después de todo. Una dosis de normalidad que le permitiera volverse a sentir como uno más. Mientras que muchos lo consideraban un paso atrás, un retroceso en su carrera, la ambición de Ricardo no reñía con su humildad: una puerta abierta era mejor que dos cerradas. Estaba convencido de que aprovecharía la oportunidad para demostrar quién era. Llegaría tan lejos como deseaba, por muchos obstáculos entorpecieran su camino.

Tras una pequeña caminata y la subida de dos plantas en ascensor, llegó al piso donde se había formado el estudio de arquitecta para el que empezaría a trabajar. Un equipo de diez miembros, una sala de juntas y dos oficinas privadas era todo lo que necesitaba la marca para funcionar. Mientras que en la capital existían otras firmas que llegaban a tener plantillas de hasta cuarenta personas, el estudio R&L representaba a uno de los nombres con más prestigio de la ciudad que se encargaba de realizar proyectos de gran envergadura entre personalidades y nombres conocidos. El prestigio, los años de trabajo, la exigencia por la perfección y la calidad y el riesgo de sus proyectos, que dejaban sin palabras a otros grandes nombres de la profesión, habían creado una firma tan elitista que se podía permitir seleccionar con quién trabajaría. Esas eran varias de las razones principales por las que Ricardo quería tener un pase a sus oficinas. Sería cuestión de tiempo que la escalera se hiciese más corta, a medida que obtenía experiencia y aprendía los mecanismos de mundos completamente nuevos para él. En la entrada, el hombre con el que se había entrevistado parecía demasiado ocupado como para prestarle atención. Junto a otro tipo, algo más joven y vestido también de traje, entraron y se encerraron en uno de los despachos.

Una chica joven, con nariz pronunciada y el cabello recogido, se acercó al chico. En una primera impresión, no le pareció exuberante, ni tampoco desagradable. Tenía una expresión común y una sonrisa cálida, detalle que agradeció él.

—Ricardo, ¿verdad? —Preguntó ella sin introducirse y rompiendo los formalismos—. El nuevo delineante.

—Así es —dijo él con una sonrisa tímida.

—Acompáñame —respondió y caminaron por un pasillo que les llevó hasta otro salón, más grande, con ventanales que daban a una calle y en el que ocho personas trabajaban en silencio y a destajo. Clásico, tradicional y con moqueta en el suelo. Un estudio de arquitectura real, pensó el chico con satisfacción. Al fondo, separado del resto, vislumbró la puerta de una tercera oficina y se preguntó a quién pertenecería. Siguió los pasos de aquella mujer hasta dicha puerta. Después se detuvieron y ella golpeó la madera con los nudillos—. Espera un momento.

Don retrocedió un paso y su guía introdujo la cabeza por el espacio que había dejado al abrir. Tras unas palabras, sonrió y le invitó a que entrara.

—Suerte —dijo ella regalando una sonrisa y entregándole la mano—. Mi nombre es Ana. El señor Roncero te atenderá.

—¿Roncero? —Titubeó confundido.

Escasos segundos antes había visto a ese hombre al otro lado del piso.

Así que empujó la puerta y entró en el despacho. Otro joven de su edad esperaba mirando la pantalla del ordenador. Era rubio, tenía el cabello lacio y los ojos azules. Enfundado en un traje mucho más caro que el de Ricardo, repasó al nuevo empleado con un barrido visual. Era el señor Roncero, el hijo pródigo de la mitad de aquel estudio y, por ende, ahora su superior.

—Siéntate —ordenó al entrar—. Mi nombre es Ramiro Roncero y estarás a mi cargo a partir de ahora... ¿Cómo te llamas?

—Ricardo Donoso, señor —respondió desalentado mientras tomaba asiento.

—Demasiado largo... y ya tenemos otro Ricardo —argumentó el superior y le ofreció la mano—. Lo dejaremos en Don, ¿entendido?

Y así fue cómo Ricardo se topó con el primer gran obstáculo de su carrera.

# **CAPÍTULO NUEVE**

*Barrio de Salamanca (Madrid)*  
*25 de mayo de 2016*

Parecía una mañana más en la residencia del arquitecto, si no fuera porque estaba a punto de cambiar su rutina. Tras las series de ejercicios matinales y la posterior ducha, Don preparó café, huevos revueltos y comprobó el correo electrónico del trabajo con aparente normalidad. No le importaba que ese ojo óptico siguiera allí, al otro extremo del salón. En su cabeza rondaban diferentes hipótesis sobre lo que Mariano le contaría más tarde. Estaba impaciente, ansioso por saber de qué se trataba. Al mismo tiempo, sentía cómo las agujas del reloj seguían corriendo, haciendo sus opciones más y más pequeñas. Confesar sus pecados a Mariano, algo de lo que podía prescindir por el momento, se dijo. Esa mañana no iría a la oficina.

Después del desayuno, se acicaló y salió vestido de traje de su apartamento con un fuerte tirón de la puerta. Las directrices eran claras. Nada de teléfonos móviles. Una hora, un lugar. Lo más complicado sería evitar que lo siguieran.

Al salir a la calle, se aseguró de que ninguno de esos hombres le estuviera vigilando. Todo era posible, así que se detuvo a vigilar tras el cristal de la puerta principal del edificio. Una vez se hubo asegurado de que no había nadie sospechoso, miró al frente y caminó hasta el aparcamiento privado en el que Mariano guardaba el coche de su jefe. Le había sorprendido la forma en la que se había presentado la noche anterior, tomando prestado un taxi de un viejo amigo suyo. El ingenio de aquel hombre iba más allá de lo que el arquitecto podía esperar. Sólo él sabía cuánta disposición estaría dispuesto a arriesgar.

Junto a otros dos vehículos de alta gama, el arquitecto reconoció su Audi A8 de color negro. Preguntó por las llaves a uno de los encargados, le pidió que guardara su teléfono en un lugar seguro y se subió en el vehículo. Era extraño regresar al asiento delantero de su propio sedán. Se sintió como si se hubiera reencontrado con un viejo amigo.

Introdujo la llave, pulsó el botón de arranque y abandonó el barrio de Salamanca para incorporarse a la Castellana y salir de la ciudad.

Conduciendo, volvió a pasar por delante de aquel monumento de Isabel la Católica, recordando así la extraña noche anterior. En la distancia, vio su reflejo y el de Marlina y se preguntó por qué la vida debía ser tan difícil en lo que al amor se refería. Toda una existencia lidiando con la muerte para ser incapaz de resolver algo, un asunto para el que todas las personas estaban preparadas.

A medida que se alejaba del núcleo urbano, el paisaje se convertía en un meollo de asfalto, desvíos de carreteras y colas de vehículos. La nube tóxica que flotaba sobre Madrid era inapreciable todavía, lo que le llevó a pensar en la cantidad de basura que había respirado toda su vida.

Tomó la A-6 pasando por delante de Las Rozas hasta salir por uno de los desvíos de la autopista. Atrás quedaban los edificios y las factorías para dar lugar a una carretera secundaria de sendos sentidos y secarrales a ambos lados del camino. El cielo despejado, la tierra árida y un pronunciado monte al fondo que indicaba su proximidad con el lugar del encuentro.

Minutos después, Don cruzaba las estrechas calles de San Lorenzo de El Escorial, un hermoso pueblo que mantenía su estética clásica, de casones de piedra, y famoso por su monasterio renacentista, el cual albergaba también un palacio y una basílica, considerado así en el siglo XVI como la *Octava Maravilla del Mundo*.

Tras bordear el pueblo y girar en una rotonda, tal y como le indicaba el navegador, Don contempló la inmensidad de aquel bello lugar. El sol iluminaba la gran explanada que servía como patio y entrada al monasterio. Había leído sobre su construcción y acerca del arquitecto que se había encargado del proyecto de Felipe II, el destacado Juan Bautista de Toledo, que había muerto sin ver su obra terminada, además de haber esparcido su firma por otras partes del mundo.

Al fondo, se podía contemplar la sierra de Guadarrama y una cruz de hierro en lo alto de una de las torres. Las calles estaban vacías a esa hora y las perpendiculares cerradas al paso de los coches, dejándolas únicamente para los viandantes.

Finalmente, logró aparcar al otro lado del edificio, que continuaba su extensión hasta el horizonte. Antes de abandonar el vehículo, comprobó la hora y corroboró que todo estuviera bajo control a su alrededor o, al menos, tener la sensación de que así era.

Allí arriba se podía notar la bajada de temperatura. Una ligera brisa congeló sus manos. Tras peinar la zona con un repaso rápido, encontró a Mariano junto a una de las murallas que bordeaban la gran superficie. Aquella escena le dibujó una mueca en el rostro: era la primera vez que veía a ese hombre sin uniforme y eso le resultaba gracioso. Mariano lucía una gorra de cazador, vaqueros y una chaqueta acolchada con rombos y de color verde oscuro, un atuendo propio del castellano de a pie que pasea por la montaña.

Cuando estaba a escasos metros de su chófer, éste se dio la vuelta.

—Buenos días, señor —dijo colocándose la gorra y ofreciéndole la mano—. Estaba seguro de que lo lograría.

—Bonito lugar, Mariano.

—¿Le han seguido?

—No, que yo sepa —contestó el arquitecto—. El teléfono está en el garaje.

—Estupendo —contestó el hombre dando un vistazo a su alrededor. Algunos turistas paseaban con sus folletos en la mano—. ¿Le importa si damos un paseo? Es un lugar digno de ver.

La pregunta no cogió por sorpresa a Don. Se había reunido allí para hablar con él y sabía que Mariano no le haría perder el tiempo. Tan sólo debía dejarse llevar.

—Te lo agradezco. De lo contrario, me congelaré aquí parado.

*San Lorenzo de El Escorial (Comunidad de Madrid)*  
*25 de mayo de 2016*

Caminaron por uno de los callejones del casco antiguo de la localidad. Bonitas casas cuidadas, baldosas de piedra e históricas viviendas que daban vida a un pueblo hermético y tranquilo. Cruzaron una plaza cuadrada de gran extensión, que dejaba a sus espaldas al monasterio, y caminaron por una estrecha calle principal, de balcones clásicos y acristalados, columnas en los soportales y fachadas de color crema.

En silencio, Don siguió los pasos de su chófer hasta una de aquellas fachadas de color vainilla, dos plantas y un portal de madera con reja frente al que se detuvieron.

—¿A dónde me llevas, Mariano? —Preguntó intrigado. Lo último que pensó es que fuera una trampa.

—Tan sólo un minuto, señor —contestó sacando un manojito de llaves de su bolsillo para abrir la puerta. Después miró de reojo y comprobó que nadie les seguía—. Adelante, por favor.

La entrada les llevó a unas escaleras de mármol que les dirigió hasta la primera planta. El chófer procedió a abrir nuevamente y un olor a polvo y pino llegó a sus sentidos. Era una vivienda familiar, de corte clásico y muebles de época. Aunque estaba cuidada y recogida, nadie había hecho cambios desde su compra. El arquitecto no tardó en comprender que esa era la residencia de su chófer.

Sobre la entrada, un portarretratos ovalado guardaba, tras el cristal, una foto de familia en la que aparecía Mariano, su mujer, morena y delgada y con una mirada penetrante, y su hijo con la cara de un adolescente en pleno crecimiento.

Se desplazó unos metros hasta el salón que daba a la estrecha calle por la que habían entrado. Desde allí, se podía observar a los viandantes que tomaban fotos como recuerdo turístico.

—Nunca me dijiste que vivieras aquí, Mariano —comentó Don—. Estoy sorprendido.

—Al igual que usted, señor —dijo el hombre sacando dos copas de coñac de un mueble y sirviendo un chorro de Magno en ellas—, hay muchas cosas que guardo. Tome, le ayudará a entrar en calor.

Don aceptó la invitación sin discusión y dio un sorbo del fuerte licor.

—Gracias por el trago —respondió—. Acerca de eso, Mariano, hay algo

que debes saber...

—No sé de qué me está hablando.

—No he sido del todo justo contigo, no te he contado toda la verdad.

El hombre dio un trago a su copa, frente al arquitecto y le miró a los ojos, como si guardara su secreto.

—Si le digo la verdad... No me importa, señor —respondió antes de que prosiguiera—. Trabajo con usted el suficiente tiempo para ser consciente de la gravedad de los hechos. No es de mi interés lo que haya cometido. Sólo cumplo con mi parte del trato y, créame, no lo hago por el dinero.

Las palabras cayeron como napalm sobre un campo de inseguridades. Don reculó y guardó sus palabras para más tarde. Si eso era lo que deseaba, que así fuera.

El salón tenía un sofá, un viejo cuadro en el que había una bahía pintada al óleo, una biblioteca cargada de libros polvorientos, un tocadiscos y una televisión de plasma. Jamás había sentido curiosidad por dónde y cómo vivía Mariano pero, ahora que conocía su escondite, el interés había crecido en él.

—¿Por qué aquí?

El hombre buscó una carpeta escondida en un armario y levantó las cejas. Parecía otro, preocupado, como si el tiempo corriera en su contra y no en la del arquitecto.

—Se lo contaré más tarde... —dijo y retiró las gomas para mostrarle el contenido—. Ahora quiero que le eche un vistazo a esto.

—¿Qué es? —Preguntó el arquitecto acercándose a los materiales.

Fotos de archivo, antiguas, tomadas en la distancia y en blanco y negro. Sin duda, eran los hombres del coche de aquel fatídico domingo. Más jóvenes, algo cambiados, pero ellos. Don nunca olvidaba un rostro.

—Esa gente que ha contactado con usted... —explicó el conductor—, me temo que dos de ellos son exmiembros de la Policía Nacional.

—No puede ser, me habrían detenido.

—Sus actividades, precisamente, lo último que hacen es eso... detener —prosiguió el hombre y mostró algunas fotos en las que el hombre de gafas y sus acólitos aparecían charlando con antiguas personalidades de la política, banqueros o influyentes periodistas—. Según mis informes, actúan como una organización para extorsionar a terceros. Todavía desconozco quién está detrás de todo, pero apunta a que, quien toma las decisiones es éste, el de las gafas.

—¿Son tus fuentes fiables? —Cuestionó mirando seriamente al chófer.

—Puedo dar fe de ello, señor.

Don revisó de nuevo las fotografías.

—¿Qué más sabes de esta gente? —Preguntó—. ¿Cómo actúan? ¿Cuál es su modo de operar? Parecen tener ojos en todas partes.

—No tengo información sobre quién les financia, ni para quién trabajan en concreto —contestó—. Abandonaron el cuerpo de seguridad hace diez años para desaparecer del marco legal por completo. No existe rastro después de esto, pero posiblemente sigan manteniendo a un contacto o a un soplón que les permita estar al tanto de todo lo que sucede.

—¿Esto son suposiciones tuyas o de tus fuentes?

—Sé de lo que hablo, señor —contestó molesto por la desconfianza, aunque entendía que pusiera en duda sus palabras—. Estas fotografías con el diputado socialista fueron tomadas antes de que hubiese aquella famosa fuga en el partido. Al parecer, habían llegado a un acuerdo. Lo tenían en el punto de mira desde hacía meses. Conocían sus movimientos, tanto dentro como fuera de casa. Ser fiel a sus principios, le habría costado su matrimonio.

Don sopesó sus palabras.

Lo suyo no era un caso de infidelidad.

Era muy grave lo que estaba diciendo. De ser así, la magnitud del problema era mayor de lo que pensaba. De criminales a expolicías había un trecho. Esa gente sabría cómo cubrirse las espaldas cuando fuera necesario. No obstante, faltaba algo en todo ese rompecabezas.

—¿Dónde está el hombre de las gafas? —Preguntó moviendo las fotos sobre la mesa con el índice—. Sólo aparece en una de las fotografías. ¿Qué hay del resto?

—Precisamente, por esa razón quería traerle aquí.

# **CAPÍTULO DIEZ**

Su nombre era Rafael Montoya Peralta, natural de Toledo, nacido en 1962 y funcionario del CESID, el servicio de inteligencia de entonces, hasta el último gobierno de Felipe González, la misma legislatura en la que se destaparía el caso Roldán y el espionaje telefónico que el CESID había hecho sin autorización judicial a empresarios y políticos españoles.

A partir de entonces, el nombre de Montoya desaparecía junto al de otros hombres con el cambio de partido en la presidencia del país y, poco más tarde, el CESID daría lugar al presente CNI.

El hombre de gafas de pasta y cabello canoso, desde siempre, había tenido el pelo así. En las fotos antiguas que alguien había hecho llegar a Mariano, aparecía a lo lejos y con la misma seguridad que Don había percibido en el interior del vehículo.

—Le conocían como Lobo —dijo el conductor señalando al protagonista de las fotos.

—¿Por el color de su pelo?

—Y por ser un depredador insaciable —explicó el hombre—. Pese al paso del tiempo, se ha mantenido activo trabajando de manera independiente, sabiendo manejar a su propia manada, alimentándola mediante expoliaciones financieras a empresarios o abusos de poder a través del chantaje más feroz. No es de extrañar que hayan puesto el ojo en usted.

—No es precisamente dinero lo que buscan.

—Lo que sea —interrumpió de nuevo el chófer—. ¿Acaso cree que está en su derecho de moverse con tanta libertad? Porque yo no.

Don cogió una de las fotos por su extremo y analizó las facciones frías y alargadas de aquel hombre. Montoya, El Lobo. Sopesó en silencio lo que había escuchado. No eran tan diferentes el uno del otro. Mientras que uno mataba por placer, el otro lo hacía por interés. Pero ambos sentían la necesidad de pertenecer a un ente superior, a ser uno de los dedos del Todopoderoso, personificado y capaz de dictar sentencia por su cuenta, como si se tratara de un *Deus Ex Machina* justificado. Aires de grandeza que alimentaban la personalidad de dos bestias maquiavélicas y traumatizadas por el pasado, dos furiosas fieras con una estabilidad mental desconcertante. Tal vez ese hombre supiera quién era Don y eso le colocaba en una posición desventajada. Era cuestión de encontrar su debilidad porque, como él bien sabía, todos tenían una, y eso era lo que les hacía sentirse tan humanos como el resto.

Conforme miraba el rostro de ese individuo, las ansias por oler su último

aliento comenzaban a crecerle en la boca del estómago. Otra vez, de nuevo, estaba sintiendo aquellos pinchazos que, más que estrés, se relacionaban con la rabia y la furia de un león que observa impotente cómo asesinan a los suyos.

—¿Qué más sabes de él? —Preguntó el arquitecto desconcertado—. Si tan sólo supiéramos su paradero...

—Florencia —dijo Mariano sin pestañear—. Montoya vive desde hace años en la ciudad italiana junto a su familia.

—Eso es imposible. Hace unos días...

El chófer levantó una ceja preguntándole, retóricamente, qué tenía de imposible aquello. Él mismo había cruzado, unos días antes, tres países en coche, en menos de cuarenta y ocho horas.

—Probablemente, sólo quería asegurarse de que le entregaba el mensaje.

—Maldita sea, Mariano... —dijo nervioso. No tenía suficiente tiempo para ir a Florencia y actuar. Normalmente, le llevaba, como mínimo, setenta y dos horas estudiar al sujeto. La presión en el pecho se manifestaba con fuerza—. Tengo un margen muy corto para operar. Un fallo... y me cogerán.

—¿Cuándo dijeron que contactarían con usted?

—Mañana.

—Interesante —dijo el hombre—. Eso complica más el problema.

—Si viajo directamente a Florencia, darán el aviso —respondió Don preocupado—. Si todo eso que dices es cierto, no creo que tengan inconvenientes en seguir mis pasos.

—Montoya es un hombre metódico, de rutinas —indicó Mariano y sacó unas imágenes en blanco y negro tomadas desde lo alto de una torre. Diminuto, se podía apreciar al exfuncionario sentado en una terraza con un café en la mano—. Las necesita para seguir cuerdo y así darle un sentido mundano a sus días. Según el informe, cada mañana, almuerza a las once en solitario en una de las cafeterías que hay en la plaza de la Señoría, una de las más importantes de la ciudad y un coladero de turistas. Desconocemos su residencia, pero hay una gran probabilidad de que pueda encontrarlo ahí.

Demasiada gente. En el mejor de los escenarios, tendría que seguir a Montoya hasta su domicilio. Desconocía la ciudad y los rincones de ésta, por lo que le dejaba fuera de juego y sin recursos.

—Es demasiado arriesgado, Mariano... Seré yo la presa, en cualquier caso.

—Le estoy mostrando lo que he encontrado, señor. En ningún momento pretendo presionarle para que cometa una estupidez.

—Pero es la única alternativa —dijo el arquitecto, que ya había tomado una

decisión.

—Me temo que sí.

Miró el reloj. Las diez de la mañana. Pensarlo demasiado, no haría más que acortar las horas que le quedaban. Por enésima vez, el camino se bifurcaba obligándole a tomar una decisión que marcará el transcurso de sus días. En la vida había aprendido que rendirse mientras existiera esperanza, era la forma más rápida de terminar con su existencia, aunque siguiera vivo. La ligera posibilidad de dar con él en aquella plaza, entre tanta gente, tal y como había explicado su chófer, alimentaba ese halo de furia que, poco a poco, se transformaba en el desencadenante que lo arrastraría horas más tarde hasta el país vecino.

Su cabeza pensaba a toda velocidad, más de lo que él podía asimilar.

—Tengo que ir a la oficina. Tenemos un cliente en Bolonia que es mi contacto. Una llamada y no habrá problemas para crear una coartada. Si vuelo hasta allí, me reúno con él y después tomo la autopista, no tendré dificultades para llegar a Florencia antes de mañana... —dijo poniendo las fotos a un lado y seleccionando una—. ¿Te importa si me quedo con ésta?

—En absoluto, señor —dijo el chófer—. ¿Está seguro de esto?

—Una vez tomada la decisión, ¿qué importa eso, Mariano? Iré allí y le plantaré cara a ese cabrón —confesó dando un golpe seco en la mesa—. Cometemos el error de sopesar demasiado nuestras acciones.

—Estoy de acuerdo —comentó el chófer—. ¿Quiere que le lleve?

Don sonrió.

Había pasado tiempo desde la última vez que lo hacía. Por un segundo, se había olvidado de con quién había estado tratando durante todo ese tiempo.

—Nunca bajas la guardia, Mariano —dijo Don—. Encárgate de que mi avión privado esté preparado cuando llegue la hora.

—Ah, se me olvidaba —dijo sacando un trozo de papel de su bolsillo—. Aquí tiene mi número de teléfono privado. Es una línea segura, está registrada en Francia. Iré a por mi chaqueta.

El chófer le devolvió la sonrisa de complicidad y tomó las palabras como un halago. Don guardó el trocito de papel, sacó las llaves de su bolsillo y se las entregó a su fiel conductor.

## **CAPÍTULO ONCE**

*Barrio de Palomas (Madrid)*  
*25 de mayo de 2016*

Don cruzó el pasillo del estudio como una apisonadora, inmune al vocerío, a los saludos y a todo lo que sucediera a su alrededor. Cada movimiento sonaba como una fuerte pisada y todo aquel con quien se encontraba, buscaba la manera de apartarse de su camino.

El ritmo de la mañana era rápido como un tornado y se podía sentir el estrés que los hermanos Puig habían dejado en la oficina. Otro proyecto que perdían, más presión para el equipo y el miedo a que su jefe realizara una purga inesperada. Un mal día lo podía tener cualquiera, aunque sabían que, un fallo así, les podía costar el salario. El arquitecto no concebía las segundas oportunidades como una posibilidad, tanto en la oficina como en su vida privada. Lo que su equipo desconocía era que, perdonar a alguien, normalmente se pagaba caro. Así pues, no sería la primera vez que Don despedía a un grupo de empleados de golpe tras el enfado de sus clientes. Cuando se jugaba en las ligas más altas, había que ser consecuente con la responsabilidad de los proyectos. Con los años, había aprendido que el ser humano tiende a relajarse con facilidad en los entornos que le resultan familiares, olvidando que, tras la maleza, cualquier depredador puede estar al acecho. Los Puig habían llevado prosperidad durante muchos años al estudio. Un simple fallo de cálculo y la ausencia del jefe, no servían como justificación para que un estudio fiel a la firma se echara atrás. Por tanto, despedir a parte de la plantilla reactivaría el flujo sanguíneo de los empleados más rezagados y les recordaría que ellos podían seguir los siguientes. La idea de vivir bajo el miedo no había sido suya, sino que la había tomado prestada de una biografía de Napoleón Bonaparte.

Para la suerte de todos, aquella mañana primaveral, no tenía tiempo para pasar por la guillotina a nadie. Las ejecuciones públicas tendrían que esperar a su regreso, si no era él quién terminaría con la cabeza en un agujero.

Cuando cruzó el pasillo, buscó a Marlina con los ojos, pero no logró encontrarla. Tampoco tenía tiempo para detenerse y conversar con ella sobre lo ocurrido la noche anterior. Precisamente, aquello era en lo último que pensaba en esos momentos. Abrió de golpe la puerta de cristal de su despacho y sintió en el aire la mezcla de un olor dulce.

Miró al escritorio, todo parecía en orden, pero no era más que una apariencia que, previamente, alguien se había molestado en dejar. Antes de

que él llegara, una persona había husmeado entre sus cosas. Por fortuna, nunca guardaba nada de valor en la oficina, pero el hecho de que volvieran a meterse en sus asuntos le incendiaba por dentro. Controlado, descolgó el teléfono del despacho y llamó a uno de los urbanistas del estudio que trabajaba asociado a una firma italiana. De casualidad, los italianos esperaban una respuesta por parte del estudio de Don para llevar a cabo una colaboración en la famosa ciudad de Bolonia. Su respuesta había llegado.

—Gómez, quiero que llames al señor Roselli y le digas que damos luz verde al proyecto —respondió el arquitecto apoyándose en el chasco de los Puig—. Tenemos que recuperarnos como sea. Yo mismo me reuniré con él. ¿Entendido?

—Pero...

—No tientes a la suerte, inútil —respondió embravecido—. Haz esa maldita llamada, prepara y envíame el dossier por correo antes de que llegue a Italia. Mi éxito dependerá de tu eficacia. Si no lo consigo, puedes buscarte otro empleo.

Sin dejar lugar a la respuesta, con el rostro tenso y la frente húmeda, el arquitecto salió de allí acelerado cuando Marlena se interpuso en su camino al salir de la cocina de empleados.

—¡Jefe!

—Ahora no tengo tiempo, Marlena —dijo a un metro de ella—. Debo reunirme con Roselli y arreglar la chapuza que habéis hecho.

Al fondo, Lomana miraba por encima de su escritorio. Entonces, descubrió en su mirada que ni era un espía, ni estaba hecho para el trabajo que ocupaba. Pensó que no era más que un gandul, miserable y envidioso, y que su silla merecía estar ocupada por alguien con más clase. A medida que los pensamientos y la presencia de esa mujer intoxicaban su cabeza, a Don le costaba cada vez más pensar con claridad.

—Tenemos que hablar de anoche, Ricardo —susurró en mitad de la sala—. Es importante.

—Ahora no tengo tiempo, Marlena. Ya me has oído.

La ingeniera hizo un esfuerzo por reprimir sus emociones. Sufría, aunque él no lo viera. Estaba dolida al observar que el hombre por el que sentía algo más que una atracción, estaba atravesando un calvario. Era ilógico para todos que Don actuara de un modo tan polarizado y eso alarmó al resto de empleados. Tenía que entender que podía confiar en ella, que le creía, pero no deseaba decírselo delante del resto de sus compañeros.

—Ricardo...

—Hazte cargo, te lo pido —dijo él rogándole con la mirada encendida.

Entonces, ella retrocedió unos pasos y dejó que su hombre caminara. Esos ojos tan bravos le habían asustado. Llevaban el brillo de alguien desesperado que estaba a punto de cometer una atrocidad. Cargaban con la furia de una bestia que estaba dispuesta a matar.

## **CAPÍTULO DOCE**

*Barrio de Salamanca (Madrid)*  
*25 de mayo de 2016*

Primero introdujo los pantalones del traje, después puso la chaqueta encima. Dos camisas blancas y un par de pastillas para el estrés. En los viajes, nada de narcóticos. Así que caminó hasta el baño, abrió el mueble que había tras el espejo y sacó una bolsita de polvo blanco. Le vendría bien para bajar la ansiedad. Cargar con ella le agotaba.

Agarró una tarjeta de crédito de su billetera, cortó el polvo hasta formar una línea y esnifó con fuerza a través de un fino tubo de aluminio. El chute fue directo a su tercer ojo. El ligero sabor amargo de la sustancia desviada por el tabique. Pronto comenzó a sentirse mejor, más relajado, más concentrado. La operación no requería menos. Aquellos hombres se estarían haciendo cientos de preguntas en ese momento. Era muy probable que ya supieran que se dirigía a Bolonia con intenciones de encontrar a ese Montoya y rebanarle el pescuezo con saña. O tal vez no. Puestos a teorizar, la famosa ciudad universitaria estaba lejos de Florencia, lo suficiente como para abandonarlo todo veinticuatro horas antes y jugarse la vida a una sola carta. Estúpido, quizá, pensó el arquitecto. Lo que ni Mariano ni la oficina sabían era que entre Don y Roselli había algo más que una simple amistad. Entre amigos, siempre se hacen favores, y Don había sabido esperar lo suficiente para pedir el suyo.

Una vez hubo cerrado el equipaje de mano, comprobó que el resto de la casa estuviera en orden. Era una lástima ver todo el dinero y el tiempo que había invertido en aquel bonito apartamento. Demasiados momentos bellos bajo el mismo techo. Un recuerdo que pronto dejaría atrás porque era consciente de que, pasara lo que pasara, tendría que esconderse una vez hubiera terminado todo. Sus años de surf en Cabo Verde le habían enseñado que para mantenerse en pie sobre la ola, había que ser flexible, echar a un lado las convicciones y saber adaptarse a los cambios del mar.

Abandonó el apartamento y bajó por las escaleras para calentar los músculos y mover las piernas. Mientras tanto, trazaba en su plan las líneas de cómo llegaría al lugar que le había indicado Mariano. Había estado allí antes, conocía el país por encima, pero sabía que la ayuda de Roselli sería indispensable para ahorrar tiempo y ejecutar su misión con éxito. Si deseaba conocer los entresijos de una ciudad tan histórica como Florencia, qué mejor profesor que el arquitecto italiano para ello. Profesor de Historia de la Arquitectura en la Università di Bologna y dueño de una firma clave en el

sector urbanístico, Roselli y Don se habían conocido en un periodo turbio para ambos, un encuentro que salvó la vida de Roselli y le hizo estar en deuda de por vida al arquitecto español, aunque éste jamás le pidiera nada a cambio.

Mariano condujo en silencio hasta la llegada del aeropuerto. Allí en la pista, una azafata esperaba junto a un jet privado que había desplegado su escalera para que entraran los pasajeros. Aunque no era la primera vez que viajaba con más gente, Don hubiese preferido hacerlo sin compañía.

Seis personas más en el mismo avión, podían ser demasiadas.

En ocasiones, la falta de audiencia daba lugar a comportamientos obscenos, a salidas de tono con las empleadas y a discusiones absurdas entre compañeros de negocios. Los aviones privados eran una ventana opaca por la que muchos querían ver y no podían. Un cómodo aunque insulso pasaje que recordaba lo triste que era viajar sin tener a nadie con quien compartirlo. Una oda a una existencia dedicada al materialismo.

Sin embargo, no todo era negativo. Podría haber sido mucho peor. La falta de antelación casi permitió a su chófer realizar una reserva privada, para evitar el contacto con la masa turística que viajaba a la ciudad italiana en los vuelos comerciales. Hacía años que Don renunciaba a subir en uno de aquellos Boeing que esperaban al otro lado de la pista. Si había algo para él más desagradable que viajar en soledad, era compartir su existencia con un autobús volador lleno de salvajes. La carencia de educación no entendía de fronteras y siempre había pasajeros que no diferenciaban los asientos de los sofás de sus casas.

Mariano redujo la velocidad y detuvo el coche frente a la joven azafata.

—Espero que dé con ese tirano —dijo Mariano—, y haga lo que crea que debe hacer... Ya sabe que estoy a su completa disposición. Le mantendré informado cuando lo desee.

—Gracias por tu lealtad, Mariano —contestó el arquitecto—. En estos momentos, eres la única persona en la que puedo confiar sin duda.

—Me honra escuchar eso.

El ruido ensordecedor de las aeronaves llegó a sus oídos al abrir la puerta. Los motores del jet calentaban antes de partir hacia el país de la pasta, la arquitectura y las motocicletas. Don se despidió con un gesto de mano y una extraña sensación en su cuerpo, como si supiera que no volvería a ver a ese hombre en un futuro. Después se giró, saludó a la mujer que esperaba en la entrada y subió las escaleras del avión.

Tres ejecutivos, una secretaria que apuntaba lo que su jefe le dictaba y la esposa de uno de los hombres de traje, más centrada en su teléfono móvil que en la presencia del marido, se acomodaban en sus asientos de piel marrón junto a las ventanas del avión. Las camareras servían champaña en una

bandeja y Don sujetaba entre sus dedos la fotografía que había tomado prestada en la vivienda de Mariano. Contemplaba el rostro de ese Montoya, vestido de traje, tal y como se había presentado días antes. Frío, seguro y caminando con la apariencia de quien se cree superior al resto.

Los antagonistas siempre habían existido, hasta que los protagonistas terminaban con ellos.

Entonces Don se preguntó cuál era su rol en aquella historia.

## **CAPÍTULO TRECE**

*Aeropuerto Guglielmo Marconi (Bologna)*  
*25 de mayo de 2016*

La temperatura había descendido unos grados. La *dotta*, hogar de Marconi, Pasolini, los Lamborghini y cuna de la mortadela. Una ciudad manejable e histórica, rica de cultura y buenos alimentos. Era la cuarta vez que Don viajaba allí, aunque en esta ocasión no lo haría por placer.

Un vehículo privado recogió al arquitecto del aeropuerto y lo transportó hacia el centro de la ciudad. El paisaje de la carretera no era muy diferente al ibérico, aunque sí más verdoso, un trayecto aburrido por el que no vio más que asfalto y coches italianos hasta que abandonaron la via Sabotino y bordearon la ciudad. Bologna estaba cercada por un hexágono de asfalto que recorría sus cuatro puntos cardinales. A diferencia de Madrid, se podía notar el carácter de una población más pequeña, en el ritmo de los viandantes y en el tamaño de las construcciones, pero esto no la privaba de ser un referente histórico para los estudiantes, tanto por el prestigio de poseer la primera universidad de Europa, así como el atractivo que se había generado en la última década gracias a los estudiantes europeos.

El conductor era poco hablador, algo que agradeció Don. Se defendía con el inglés y chapurreaba algunas palabras de español que no tardaba en transformar en su lengua materna. A medida que se introdujeron en el centro urbano de la ciudad, todo cambió de color: pórticos por todas partes, calles estrechas, iglesias y antiguos edificios de no más de cuatro plantas. Contrastes de colores por las viejas fachadas pintadas de tonos cálidos, grises y pastel, protegidas por grandes portones con arco. En la calzada se formaban hileras de motocicletas aparcadas a un lado, que impedían la circulación de vehículos y peatones, que caminaban bajo las estatuas de hierro que había repartidas por toda la ciudad. Allí, tras la ventanilla, mientras circulaba por la via Monte Grappa y se fijaba en más pórticos y en cómo la pintura se resistía al paso de los años, pensó en Marlena, en sus últimas palabras, en lo mal que se había comportado con ella. Imaginó a los dos caminando bajo los edificios, cuerpo con cuerpo, agarrados ligeramente por los dedos. La ciudad tenía el encanto para cualquier pareja que buscara postales que recordar en el futuro.

No había sido justo con ella, pero tampoco habría cambiado nada serlo. Debía solucionar sus problemas antes de meterse en otros, tal y como había hecho siempre, solo y sin ayuda. De confesarle la verdad, ella tampoco habría entendido nada. Sus emociones estaban por encima de su lógica. Don sabía

que la ingeniera se debatía en un constante vaivén de sentimientos hacia su persona, que pasaban por el rechazo, el odio, la pena y el añoro. Las dudas de creer haber encontrado al hombre ideal para ella, al compañero de viaje que cerraba la búsqueda. Por el contrario, el arquitecto no necesitaba calentarse los sesos para estar seguro de que ella era la mujer que le complementaba, terminaran juntos o no en aquella historia. Pero no resultaba sencillo alimentar la mentira mientras se compartía una vida, ni tampoco mostrar las cartas tal y como eran. En la mayoría de casos, el corazón no atendía a la razón y, por muy dura que fuese la verdad, Marlena sólo le habría juzgado por sus acciones, en lugar de por sus razones. Don opinaba que las personas que huían por mucho tiempo durante sus vidas, jamás aprendían a hacer otra cosa. Escapar, correr, buscar una salida a cualquier coste. En su caso, también había desarrollado la habilidad de esconderse cuando era necesario y no estaba preparado para ver la luz tan pronto. Ni aunque Marlena se lo pidiera.

—Hotel Majestic... *siamo qui* —comentó el conductor mirando por el espejo retrovisor del coche, esperando a que el arquitecto reaccionara y saliera del trance. Don pestañeó y regresó al presente. Se había perdido entre sus pensamientos. Le entregó el billete y le dijo que se quedara el resto. Agradecido, el taxista asintió con la cabeza y marchó a retirar la maleta de la parte trasera. Cuando el español salió al exterior, se encontró en el centro de la via dell'Indipendenza, una de las calles principales de la ciudad, en la que también se encontraba la catedral de San Pedro, su campanario y una exagerada cantidad de franquicias textiles que copaban los bajos de los edificios.

Don resopló y reflexionó sobre cómo había cambiado todo desde su última visita, una década antes, en la que todavía Europa se resistía a vender sus locales más céntricos al mejor postor.

## *Grand Hotel Majestic Già Baglioni (Bologna)*

*25 de mayo de 2016*

El reloj marcaba casi las cinco de la tarde. Don no había escatimado en gastos con su reserva. A veces, lo barato salía caro y, para una ocasión así, era mejor hospedarse en lugares que conocía. La reserva de su hotel formaba parte de las más de cien habitaciones que daban vida al interior de un palacio del siglo XVIII. Muebles de época, moqueta tapizada y un gran armario blanco de dos espejos para quienes viajaban con gran equipaje. Además de estar céntrico y ser detallista, la razón por la que se había alojado allí y no en otro hotel era su restaurante, el I Caracci, lugar en el que se reuniría horas más tarde con su cita.

Dejó la maleta a un lado y se desabrochó la corbata. No existía peor detonante del cansancio que el propio estrés. El agotamiento mental golpeaba más fuerte que el físico, así que decidió que lo más inteligente sería descansar un rato antes de que llegara el momento de bajar.

El olor de aquella ciudad le llevó al pasado, a un tiempo lejano en el que Don ya había dado sus primeros pasos de gigante en el mundo de la arquitectura. Su relación con Roselli empezaba allí, en ese mismo hotel, en un seminario sobre Renacimiento y Modernismo que el italiano impartía junto a otros ilustres de la arquitectura europea. Una época en la que el español formaba parte de eventos internacionales con el fin de ampliar su red de contactos. Aunque aquel día no le sirviera de más que para compartir opiniones y espacio durante el almuerzo, sus destinos se cruzarían algunos años más tarde cuando, gracias al talento de Don, el estudio RD Arquitectos se encargara de la remodelación del Palacio de la Justicia de Bologna, bajo la aprobación y recomendación de Roselli.

Todavía recordaba su porte: culto, estirado, escaso vello en el rostro, moreno y con el pelo ondulado como Marcelo Mastroianni. Roselli era atractivo, delgado aunque en buena forma y tenía una mirada opaca y penetrante, detalle que llamó la atención del español.

Los contactos sembrados, florecían tras la dedicación y el arte de relacionarse. Durante una de las visitas que Don hizo a la ciudad, Roselli y el español cenaron tras una jornada intensa de trabajo de oficina. Esa fue la noche en la que sus destinos cambiaron para siempre. El vino, los ravioli y el exceso de confianza que italianos y españoles derrochaban cuando pasaban un rato juntos, llevó a Roselli a hablar más de la cuenta. Interesado en conocer

los temores que abrumaban al italiano, Don tiró de la cuerda mientras pedía más vino en la mesa. Finalmente, aunque la ciudad se considerara uno de los ejemplos de orden y convivencia del país, el boloñés no tardó en confesar las amenazas recibidas por un empresario de Reggio Emilia, chantajes que ponían su carrera, matrimonio y estabilidad familiar en peligro, haciendo pública su homosexualidad y la relación sentimental que mantenía con un joven estudiante de arquitectura.

—¿Qué es lo que quieren? —Preguntó Don sin consolarle.

—Dinero, qué van a querer... —dijo en español el italiano, con los ojos brillantes a punto de romper en un sollozo.

—Puedo ayudarte.

—No —dijo moviendo el índice—. Entonces, me pedirán más, mi mujer se enterará. No hará más que empeorarlo todo.

Derrotado, Roselli se sintió aliviado al confesar su pecado, un desliz que Don interpretó como oportunidad.

—Giacomo... —respondió el español—, no soy quién para decirte lo que debes hacer... Todos cargamos con demonios de los que nos gustaría liberarnos... Es nuestro derecho decidir si queremos que vean la luz o se pudran en la oscuridad.

El italiano se quedó perplejo ante las palabras del español. Agarró un pañuelo y se limpió la nariz. No sabía interpretar muy bien las intenciones del hombre que tenía delante.

—¿Qué sugieres? —Preguntó indeciso.

—Ayudarte —sentenció el español y agarró la copa de vino. El ambiente volvía a ser distendido. Sintió el deseo de la venganza en el cuerpo de ese hombre—. Hablaré con él para que no vuelva a molestarte.

—No lo dices en serio, ¿verdad? —Cuestionó confundido. Lo hacía y esperaba que su interlocutor hiciera lo mismo. Por alguna razón, su interior quería creer que Don era capaz de todo—. Además, ¿por qué harías algo así? Ese hombre parece peligroso...

—Dios cruza siempre los caminos por una razón —explicó el español—. No soporto las injusticias como supongo que tú tampoco.

El italiano bebió de la copa de tinto y articuló su respuesta.

—No, yo tampoco —dijo, y tras aquello, jamás volvió a escuchar de ese misterioso hombre de Reggio Emilia ni de sus chantajes. No deseaba saber cómo lo había hecho, y eso era lo que más le aterraba. A partir de entonces, el flujo de trabajo en el estudio RD Arquitectos creció como un torrente

espumoso.

Tumbado sobre una cama propia de la aristocracia, observó la lámpara dorada de luz artificial que colgaba del techo y se concentró en su respiración, hasta que los párpados se cerraron lentamente. Saboreó el recuerdo de la muerte de aquel hombre con bigote y piel oscura. Se regocijó en la sensación y sintió cómo los músculos se adormecían. Estaba sumido en un estado de tal relajación, que no le hubiese importado quedarse allí para siempre.

## **CAPÍTULO CATORCE**

*Restaurante I Carracci (Bologna)*  
*25 de mayo de 2016*

Si el hotel poseía el esplendor de un palacio, el restaurante suponía un museo de obligada visita. Un salón amplio en sintonía con la construcción en la que se encontraba, suelo de madera y paredes de papel dorado. En homenaje a la famosa escuela de pintores de la familia Carracci, el techo era un estampado de sus frescos.

Pasadas las seis de la tarde, las mesas del restaurante estaban animadas por elegantes comensales, los cuales Don dedujo que pertenecerían a la farándula boloñesa y al negocio local. Era un restaurante clasista, de gran calidad tanto en comida como en sus vinos. Un lugar, ya no apto para quien lo quisiera pagar, sino para quien lo pudiera vestir.

Con una copa de vino, el español esperaba a su invitado, que parecía haber tenido un contratiempo. El descanso le había ayudado a recuperarse, aunque seguía sintiendo esa presión en el pecho, el girar de unas agujas de reloj que pronto detonarían la carga explosiva.

Roselli cruzó el marco de la puerta doble vestido de americana y pantalones de color blanco. Llevaba unas gafas de pasta de color marrón y se había quedado calvo por la coronilla. Estaba cambiado, parecía más feliz y tenía otro peinado distinto. Don entendió que eran buenas noticias. Cuando se encontraron, el español se puso en pie y estrecharon las manos.

—Amigo, Ricardo... —dijo con alegría y sorpresa—. Es un gusto ver que sigues igual que siempre. ¿Cuál es el secreto?

Ambos tomaron asiento y un metre se acercó para ofrecer vino al invitado.

—Llevar una vida sana y ordenada, Giacomo —respondió con una mueca—. Tú tampoco tienes mal aspecto.

—Han habido muchos cambios en mi vida, en estos últimos años... —explicó con una sonrisa en la cara—. Cambios que no han sido fáciles de hacer, pero como dijiste aquel día... era mejor liberar a esos demonios y, por tanto, liberarme también de ellos.

Don mostró su labio inferior y movió la cabeza como gesto de aprobación. Entendió que Roselli se habría divorciado para llevar una vida transparente sin ocultar su sexualidad. Después levantó la copa y la chocó con la de su compañero.

—Me alegro por ti, amigo.

—*Grazie*, Ricardo —contestó y dio un trago. Después esperó unos segundos

y, finalmente, se decidió—. Me resulta extraño verte después de tanto tiempo, aunque no por ello deja de ser un encuentro agradable.

—Espero que esta visita no te haya supuesto un contratiempo en tu agenda. Te prometo que será breve.

—Comprendo... —dijo el profesor. Su rostro comenzó a transformarse en una expresión de incomodidad—. No estás aquí para hablar del proyecto, ¿verdad?

—No.

—Me lo temía... Debí entender que era una maldita casualidad que vinieras aquí, expresamente aquí.

—Dispongo de poco tiempo y necesito que me hagas un favor, Giacomo.

El hombre frunció el ceño. Ahora que vivía liberado, parecía haberse olvidado de la deuda pendiente que tenía con el español.

—¿No te parecen pocos los favores que impulsaron tu carrera todos estos años?

—Jamás te lo pedí —contestó Don—. Tampoco te olvides del único favor que salvó la tuya y tu matrimonio durante el mismo tiempo. De todos modos, hoy estoy aquí para pedirte un favor como amigo.

Roselli se quitó las gafas y se frotó el tabique nasal.

—¿Necesitas dinero?

—Necesito un coche, una habitación y una pistola para esta noche —murmuró con la mirada fija en el boloñés—. Debo partir a Florencia antes de medianoche.

Las palabras chirriaron en la cabeza del profesor. Quizá había pasado página demasiado rápido, en lugar de recordar el rostro de Don a fuego. Los hombres como él, rara vez regresaban y, si lo hacían, uno debía temerse lo peor.

—¿Estás loco? —Cuestionó apretando las sienes como si hubiese dicho un disparate—. No puedo hacer eso.

—Sí, sí que puedes —insistió el español. Una vez allí, no había marcha atrás. Estaba dispuesto a presionarle, aunque le hiciera daño—. Después de lo que sucedió, sé que guardaste un arma por si regresaba de nuevo ese hombre, o si lo hacía yo... Sabes bien que no me equivoco, por esa misma razón no regresé por aquí. Por otro lado, también sé que puedes prestarme las llaves de tu picadero florentino, en el que te acostabas con ese Luigi mientras tu mujer esperaba en Bolonia, algo que puede que no le interese saber a ella, pero sí a tus hijos... Y, sobre tu coche, al entrar me he fijado en el bulto de las llaves en

el bolsillo de tu pantalón.

—Eres un cretino, Ricardo —dijo nervioso sin levantar la voz—. No, no puedes hacerme esto.

—Te estoy pidiendo un favor —dijo el español—. Eso es todo. No me obligues a ponértelo más difícil. Es lo último que deseo hacer, pero sé que puedo... Piensa, por un instante, en todo lo que has sufrido, en cómo te sentiste, en todo el dolor que guardaste mientras ese hombre te amenazaba con hundirte la vida... hasta que llegué yo y te tendí mi mano. Recuérdalo... Con el tiempo y con mi ayuda, te liberaste de toda esa mierda emocional que te estaba comiendo por dentro. Te deshiciste de tus traumas y de toda la impotencia con la que cargabas cada vez que salías a la calle... Ahora, mírate... Un ejemplo a seguir, un hombre abierto y moderno en una sociedad en pleno cambio y, sin embargo, llevas una vida feliz y sosegada, como si hubiese sido un camino espinoso, aunque no demasiado. Qué valor tuviste, ¿verdad? Pero no todos lo hicimos, Giacomo... Y, en esta ocasión, ha llegado el turno de saldar las cuentas pendientes que me quedan.

El italiano dejó la copa de vino y puso las manos tendidas sobre el blanco mantel de tela.

—Está bien —respondió con voz seria mirando al arquitecto—. Pero, antes, necesito que des algunas garantías... No quiero verme involucrado en ninguno de tus turbios asuntos, sean cuales sean.

—Nadie sabrá nada, ni siquiera que estuvimos aquí —mintió sonriendo a medida que el italiano caía de nuevo en su treta. En el fondo, sabía que Roselli se sentía atraído por el carácter del arquitecto, y eso jugaba a su favor—. Tan sólo quiero hablar con una persona, eso es todo.

—No te creo, pero no me importa en absoluto lo que quieras hacer. Te debo un favor y así lo haré... Siempre he sido un hombre de valores —justificó a regañadientes—. Ahora, eso sí, júrame que no volveremos a vernos, ni aquí, ni en el jodido culo del mundo... que desaparecerás para siempre de mi vida. Si es que aún te atreves a jurar.

—Tienes mi palabra.

—Que conste que te aprecio, Ricardo, pero siempre supe que regresarías.

—También requiero de tus conocimientos en otro asunto —dijo obviando la respuesta del italiano—. Desconozco la ciudad, así que no me vendrá mal llevar conmigo un mapa detallado de Florencia. Cada rincón, cada agujero. Quiero saberlo todo. Necesito estudiar el espacio antes de moverme por él.

—¿Eres alguna clase de espía o qué?

—La falta de preparación te lleva al fracaso.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Ya te lo he dicho, no mucho —explicó de nuevo—. Si tomo la autopista, puedo llegar a medianoche, el tiempo suficiente para merodear, descansar y tener la cabeza despejada para mañana.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Prueba.

—¿Qué cojones sucede mañana en Florencia?

El pulso se le aceleró. La simple idea de pensar en ese hombre le removía las entrañas. Por momentos, pensó en sacar la foto de Montoya del interior de su chaqueta y ponerla sobre la mesa, para que Roselli viera la cara del individuo al que iba a matar de un balazo, pero no lo hizo y reuló a tiempo. No era su modo de operar, él no era un asesino que se vanagloriaba de sus victorias, sino un depredador de depredadores, alguien que debía limpiar la sociedad de atrocidades para que su corazón siguiera latiendo.

—Pase lo que pase, será mejor que no lo sepas. No creo que puedas vivir con ello el resto de tu vida.

El italiano comprobó la hora en su reloj.

—Son las siete menos cuarto.

—El tiempo se acaba, Giacomo.

—Entonces será mejor que dejemos la cena para otro momento —dijo Roselli—, o tal vez para nunca.

Una hora más tarde, Roselli giraba por una de las perpendiculares que salían de la via Ugo Bassi, dejando atrás el ayuntamiento y una de las muchas torres de gran altura que dotaban de historia a la ciudad. Como buen italiano, Roselli conducía un Fiat 124 Spider descapotable de color gris ceniza. Una bella y cómoda máquina, pensó el español, si no fuera porque prefería la sobriedad a la que acostumbraban los fabricantes alemanes.

La vía mantenía los bajos de los pórticos plagados de locales iluminados y tiendas que hacían pared unas con otras. Una bonita avenida, tranquila a esas horas aunque llena por la vida de los transeúntes que regresaban a casa después de una jornada de trabajo o se reunían para ir a tomar el aperitivo italiano. Una práctica que, a diferencia de la española, empezaba entrada la tarde.

Callejearon por un laberinto de calles estrechas hasta que se detuvieron frente a un portal.

—Espérame aquí —dijo el italiano poniendo las luces de emergencia. Cuando fue a parar el motor para sacar las llaves del contacto, Don agarró con fuerza su antebrazo. El italiano, asustado, levantó la mirada. Le estaba haciendo daño, y comprendió que hablaba en serio. Sin soltar palabra, retrocedió y dejó el coche encendido sujetándole la mirada—. No tardaré.

Don no se fiaba de Roselli. Conociéndolo, era probable que el italiano terminara tendiéndole una trampa. Su amistad nunca había sido pura. Un favor por otro favor. Sin embargo, ahora el italiano tenía más que perder que el español. Con las llaves en su poder, cualquier estupidez le serviría de excusa para pisar el pedal y salir de allí.

Mientras que esperaba su arma, Don se cambió de posición y ajustó el asiento del piloto. Cómodo, aunque inestable, murmuró. Me pregunto cuántos kilómetros alcanzará, se dijo. Poco después, Roselli apareció por el portal con una mochila de cuero negra colgada del brazo. Para su sorpresa, encontró a Don ya dispuesto en el coche. Se había tomado la molestia de ahorrarle el disgusto.

—Sube —ordenó el español y así hizo. El italiano dejó la bolsa en la parte trasera del coche y le mostró el mapa plegado de la ciudad.

—Aquí tienes todo lo que necesitas —dijo abriéndolo—. Es un mapa limpio. Sólo encontrarás calles e instalaciones de agua. En la equis de color rojo tienes el apartamento. Deja las llaves dentro cuando salgas y una nota donde hayas aparcado el coche. Yo me encargaré del resto...

—¿Algo más?

—Deshazte de la pistola si haces uso de ella... —añadió preocupado—. Asegúrate de que las aguas del Arno se la llevan hasta el Liguria. De lo contrario, me veré en un buen lío.

—Deséame suerte, Giacomo —dijo Don mirándole fijamente—. Supongo que esto es una despedida.

—Yo también lo creo. Cuídame el coche —contestó el italiano—. Si no recibo ninguna llamada tuya ni de los *Carabinieri*, entenderé que todo ha ido como esperabas. Adiós, Ricardo.

El italiano se bajó de su deportivo y vio cómo el bólido abandonaba la calle para incorporarse a la via Ugo Bassi.

En cuestión de minutos, Don tomaba la autostrada del Sole tal y como le indicaba el navegador del coche. El cielo estaba oscuro, despejado y podía ver las estrellas por encima del salpicadero. Con los faros iluminando el camino, hubiese preferido realizar aquel trayecto de día, pero no siempre las cosas salían como uno deseaba, y eso era algo que debía tener presente. Sintió las palpitaciones, los nervios a flor de piel sabiendo que su hora se acercaba. Sintonizó una emisora de música clásica y pisó el acelerador dispuesto a cruzar la Toscana, permaneciendo invisible y silencioso como había hecho durante toda su vida.

# **CAPÍTULO QUINCE**

*Via dei Brunelleschi (Florencia)*

*26 de mayo de 2016*

Roselli había dejado la nevera vacía. Con apenas seis horas de descanso en el cuerpo, Don buscaba café en la cocina del apartamento, un antiguo aunque espacioso piso en pleno centro de la ciudad, a escasos metros de la famosa piazza della Repubblica y a unas cuantas calles de la piazza della Signoria, lugar donde encontraría a su presa.

Tenía algunas horas para estudiar el mapa que le había entregado el italiano y visitar la ciudad. Por supuesto, no sería un paseo turístico, sino un estudio del campo de juego. La noche anterior, entre la nocturnidad del paisaje y la quietud de las calles al llegar a la ciudad, se había dejado guiar por el navegador del coche en un viaje tranquilo y aburrido, en el que los pensamientos fluían y las ganas de terminar con ese hombre aumentaban. Estaba harto de huir, de correr como un galgo tras esa pelota llamada libertad. Se dio cuenta de que cualquier propósito del pasado, no había sido más que un entrenamiento para ese día. Se negaba a aceptar un futuro esclavizado sirviendo a otro hombre, viviendo bajo el yugo de sus chantajes y siendo incapaz de conciliar el sueño de nuevo. Pero, si algo le había llevado hasta allí, era ella, Marlena. No había dejado de pensar en esa mujer durante todo el trayecto.

El sol comenzaba a salir y alumbraba la calle. Abrió los ventanales de madera de par en par y contempló con calma y devoción la hermosura de los edificios, que mantenían la búsqueda de lo clásico, de lo profano y con ciertos guiños al humanismo que tanto había influido durante el periodo renacentista. Miró hacia la calle y vio aparcado el Fiat que le había llevado hasta allí. Delante de él, una mujer levantaba la persiana del bar Tabacchi, el único local abierto a esas horas. Sin pensarlo demasiado, tomó una ducha y se vistió de americana, pantalones blancos y zapatos burdeos para no desentonar en un día primaveral que sería caluroso cuando llegara al mediodía. A diferencia de Bolonia, el hogar de los Medici era una urbe señorial, elegante y muy superficial, algo que molestaba a muchos foráneos, pero que simpatizaba con el español y su idea de guardar siempre una buena apariencia.

Perfumado y con el cabello fijado con gel, salió del apartamento llevándose consigo un sombrero panamá que combinaba con los pantalones y que había encontrado en el dormitorio principal. Jamás pensó que Roselli utilizaría uno de aquellos, pero a él le vendría bien emplearlo para ocultarse entre la muchedumbre cuando fuera necesario.

Al contrario de lo que le había prometido al italiano, guardó las llaves del piso y del coche. Desconocía si le harían falta más tarde. Bajó las escaleras para evitar encontrarse con desconocidos y se preguntó, por un momento, si los lacayos de esa organización estarían en la puerta de su casa. La incertidumbre no se hizo esperar y al entrar en la cafetería, sus ojos buscaron ávidamente un teléfono fijo que no había. La mujer que había abierto el local, una chica de unos treinta años con tatuajes de simbología mexicana en el brazo, miraba atenta los movimientos del español.

—*Buongiorno* —dijo ella.

—*Buongiorno* —respondió el arquitecto sin más nociones del idioma que las que había aprendido años antes durante sus viajes—. *Prego... Telefono?*

Ella emitió un sonido y negó con la cabeza.

—*Le va un bel caffè, signore?*

—*Si, espresso, per favore* —contestó intranquilo y volvió a mirar a la chica. Estaba desesperado—. *Ascoltate, devo fare una telefonata... di lavoro. È molto importante che io le parli un momento.*

La camarera miró a Don. No hacía falta más que ver su rostro para entender que se preguntaba qué hacía allí un español sin teléfono. Empero, la buena apariencia del arquitecto y su saber estar se ganaron con rapidez el corazón de esa mujer. Sacó un teléfono móvil del bolsillo y lo puso sobre la barra de madera. Después le miró a los ojos con advertencia.

—*Ma solo per un minuto, ok?*

—*Promesso* —contestó el español cogiendo el aparato—. *Grazzie mille.*

Se alejó del ruido de la máquina de café y salió hasta el umbral de la puerta. Luego marcó el número de teléfono que Mariano le había dado. No le haría ninguna gracia a esa empleada que llamara al país vecino.

—*Allô?*

—No sabía que hablaras francés —bromeó al aparato mientras miraba la calle. Una mujer de vestido rosa se quedó observando al arquitecto en la distancia. Éste le sonrió y ella continuó su camino—. Eres una caja de sorpresas, Mariano.

—Me alegra escuchar su voz, señor —contestó—. Sólo tomaba

precauciones.

—¿Puedes hablar? No tengo mucho tiempo.

—Sí. ¿Dónde se encuentra?

—Anoche llegué a Florencia. Acabo de abandonar el apartamento que me prestaron.

—Vaya, debe de tener buenas amistades allí.

—Más o menos —respondió y miró a la camarera, que parecía impacientarse en la distancia. Un disgusto que olvidaría cuando Don pagara el café—. La amistad, Mariano, es un término muy abstracto, la mayoría de sus veces, formado por un conjunto de intereses en común. Hay situaciones en las que hay que recordar a ciertas personas por qué nacieron tales relaciones.

—Entiendo —respondió meditabundo y serio—. Hoy es el día. ¿Está preparado?

—Nunca se está para estas cosas. ¿Has notado algún cambio por allí?

Don sintió cómo la respiración del chófer se alteraba al otro lado. Estaba indeciso y no sabía si contarle la verdad.

—Siguen merodeando por su domicilio y los alrededores, como si creyeran que se está escondiendo de ellos —dijo con voz pausada—. Pero... me desconcierta más esa mujer.

—¿Marlena? —Interrumpió sobresaltado—. ¿Le han hecho algo?

—No, no. Está bien —confirmó—. También me he preocupado de seguirla. Al parecer, la señorita Lafuente estuvo ayer mañana merodeando por su edificio... Tuve que pararle los pies.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Le di una vuelta por la ciudad mientras le explicaba que, lo mejor para ella, era quedarse en la oficina —explicó Mariano—. Esa mujer ha descubierto algo sobre usted que no le hace ningún bien, tenía demasiadas preguntas y me temo que su interés por ayudarle no le traerá más que problemas.

—Supongo que también la están vigilando.

—En efecto.

—¿Dónde estás, Mariano?

—Frente al domicilio de la señorita Lafuente —contestó—. Me aseguraré de ser yo quien la lleve al trabajo esta mañana, señor. De lo contrario, puede suceder cualquier cosa.

—Te lo agradezco, Mariano —dijo el arquitecto más tranquilo. Sus ojos encontraron los de la mujer italiana, que se había hartado de esperar y el café

humeaba sobre la barra—. Tengo que dejarte, te llamaré más tarde.

Entregó el teléfono a su dueña y recompensó su amabilidad con una generosa propina que selló sus labios. Después, se tomó el café de un trago y sintió la intensidad en la boca. Agradeció el buen chute de cafeína. Quizá no era el lugar más elegante en el que le hubiese gustado almorzar, pero la logística y las circunstancias le habían llevado hasta allí. Tampoco se le iban a caer los anillos al tomarse un café de pie, pensó. Durante su infancia, había pasado horas en bares peores que aquel.

Puesto que el día se pronosticaba largo y no había pegado bocado durante la noche anterior, pidió un sándwich de miga con mortadela que la mujer le regaló. Don se fijó en ella. Tenía algo en la sonrisa que le hacía pensar en Marlena. Puede que fuera el tono oscuro de sus ojos, tan típico en los países del sur de Europa, o que quizá estuviera tan enamorado que todo le recordara a ella. Las cavilaciones le devolvieron a sus asuntos principales: Montoya y su ejecución. Al contrario de lo que le había contado a Roselli, no estaba allí para asustar a nadie. No era su estilo y, mucho menos, su modo de operar. Seguía convencido de que una vez terminara con ese tipo, sus esbirros dejarían de molestarle, al menos, por un tiempo. Sentía una curiosidad pavorosa por saber quién se encontraba detrás de esa organización. Poseían demasiada información sobre su persona, demasiados registros. Acabar con esa gente, sólo le daría un poco de ventaja, pero no tardaría en aparecer otro miserable pidiendo lo mismo. Pensándolo mejor, Don se sorprendió de lo disparatado que era todo: querían que trabajara para ellos como si fuera un sicario. Tal sería el grado de impunidad de esa gente, que maniobrar bajo su sombra le eximía de pasar por la cárcel.

En el fondo, sentía un poco de envidia, aunque él tampoco había estado exento de suerte. Sea como fuere, sus destinos se cruzaban en un vértice en el que, a diferencia de como le había dicho a Mariano, nunca había existido una amistad, aunque sí intereses comunes. Don no toleraba el chantaje y menos hacia su persona. Miró de nuevo a la calle y dio el último mordisco al emparedado. Estaba preparado y decidido.

Dejó el plato a un lado y se despidió de la camarera de por vida.

Quién sabe si la vida le traería de vuelta a ese lugar aunque, de hacerlo, no volvería a ser él.

Una mañana perfecta para actuar, aunque no se sentía como en otras ocasiones. Por sus ojos pasaron los rostros asfixiados de todos esos hombres que, por cuestiones desconocidas, habían tomado el camino incorrecto de sus vidas. Senderos que, tarde o temprano, llegaban a un callejón sin salida donde él esperaba. Una lista larga de la que un psicópata asesino estaría orgulloso. Pero Don era diferente. Él continuaba sin considerarse uno de ellos, aunque no podía renegar de sus actos más sanguinolentos.

Callejeó con el sol de frente y no se arrepintió de haber tomado prestado el panamá. Sin darse cuenta, paseaba por la via de' Tornabuoni rodeado de tiendas de lujo, entre turistas blanquecinos en pantalón corto y sandalias y señoritas que miraban, en los escaparates, prendas que no iban a comprar. Frente a él tenía la imponente fachada del palacio Strozzi, espléndida obra del Renacimiento y un atractivo para los curiosos que buscaban algo más que un plato de pasta. Las calles de la ciudad eran un enigma para el arquitecto y reconoció que la fama ganada hacía justicia a sus palabras. Entre los grandes e históricos edificios quedaban estrechas calles que se camuflaban bajo las sombras y que le recordaba al barrio gótico de Barcelona. Florencia era una ciudad con dinero y eso se podía demostrar en el aspecto de sus habitantes. Pese al turismo en masa, que buscaba lo más cómodo para salir a la calle sin importar dónde estuviera, y la crisis económica que había atizado al país, los florentinos tenían porte, sabían vestir y, aunque Don no tuviera ojos para nadie más que Marlena, el arquitecto disfrutaba con la belleza femenina de esa parte del Mediterráneo.

Un rayo de luz directo a sus ojos fue suficiente para salir del hechizo en el que había entrado y darse cuenta de que había llegado al puente Santa Trinità, uno de los viaductos más antiguos y conocidos de la ciudad, junto al ponte Vecchio, el cuál podía ver en la distancia, siendo el que llenaba las postales de los kioscos y las fotografías de las revistas, con sus casas construidas sobre la propia pasarela.

Desde su posición observó un cielo despejado casi en su totalidad. Miró el reloj de su muñeca y descubrió que aún le quedaba una hora. No muy lejos de allí, también se encontraba la piazza della Signoria, la explanada más grande de Florencia. El peso del acero se hacía notar en el interior de su chaqueta.

Con tan sólo pensarlo, el corazón se le revolucionó. Podía sentir la presencia de ese hombre, en algún lugar, bajo alguna sombra.

Tomó una respiración profunda y se limpió el sudor de la frente con la mano.

## **CAPÍTULO DIECISÉIS**

*Piazza della Signoria (Florencia)*  
*26 de mayo de 2016*

Tres grandes arcos y un escenario daban forma a la Loggia dei Lanzi, un pórtico de gran tamaño que hacía las funciones de galería, al aire libre, para las esculturas de la colección de los Médicis. La *Polizia Municipale* cabalgaba en sus caballos entre una multitud de turistas que se tomaban fotos con sus teléfonos móviles junto a la fuente de Neptuno, otro de los símbolos más importantes de la plaza, quedando a la sombra de la presencia del Palazzo Vecchio. Don se cuestionó qué hacía toda esa gente plasmando el mismo momento, una y otra vez, en sus aparatos, en lugar de disfrutar de aquel museo arquitectónico que la sangre y la historia de esa ciudad había dejado para ellos. Atrás quedaban los días en los que la arquitectura era un placer digno de observación, tal y como lo era la música para los oídos. Entender el porqué de todo ello, lo que la sed de progreso había llevado a desarrollar para las civilizaciones, sin un tercio de recursos como los que tenían ahora, comprendiendo la causa de cada piedra puesta, la intención de cada forma. Pero quedarse en ello era mirar al pasado con nostalgia. En el mundo moderno, donde la tecnología y el dinero se anteponía al arte y a la educación de los sentidos, todo valía, todo era efímero, incluso las convicciones, logrando así, que nada tuviera valor alguno.

Además de ser un coladero de turistas, apetitoso manjar para los carteristas italianos que caminaban al acecho de sus víctimas, la plaza también albergaba espacio para tiendas de ropa, locales de restauración y bares que multiplicaban hasta tres veces el precio de sus cafés. El bullicio de la excitación ajena, de la mezcolanza de idiomas que convergían en aquel lugar, no fue motivo para que la mente de Don se concentrara en localizar un rostro conocido, una cara, una silueta que había memorizado durante días. Con el panamá inclinado y sus gafas de sol de cristales verde botella, dedujo que el modo de operar no tendría que ser diferente al resto de veces aunque, en esta ocasión, la posibilidad de fallo era nula. Hasta la fecha, nunca había empleado un arma de fuego durante la ejecución, aunque supiera cómo utilizarla. Precisamente, aquel no era el lugar más apto para llevar a cabo ningún tipo de estupidez. Demasiada gente, demasiada policía. Tal y como le había mostrado el italiano en el mapa, existían algunas salidas de la plaza por las que se podía evitar todo ese bullicio, pero lo que no imaginó el español fue que hubiera tanto tránsito a esas horas. Pensando rápido, decidió que la mejor opción era

llevarlo al apartamento.

El cómo y el cuándo eran dos problemas que debía solucionar. Por muy español que fuera, la improvisación, sin una preparación previa, siempre le había jugado malas pasadas.

Bordeó el edificio de los tres arcos y se detuvo junto a la estatua de David para dar otro barrido visual. Cuando la incertidumbre comenzaba a inundar su mente de pensamientos derrotistas para tirar la toalla, vislumbró en la distancia una figura humana bajo la sombra de Cosme I de Médici, la estatua que había al otro extremo de la plaza. Su corazón latió tan fuerte que pudo escuchar el golpe.

Era él, no tenía duda de ello. Un hombre que caminaba con la tranquilidad de un florentino más, peinado hasta el último mechón, vestido de traje azul a medida y zapatos burdeos, protegido por unas monturas de pasta oscuras. A paso lento, dejó atrás el palacio, se detuvo frente al rótulo de la Banca Toscana y buscó un sitio vacío bajo el toldo marrón de una de esas terrazas para foráneos, uno de tantos lugares en los que el precio incluía el paisaje y no la calidad de los platos. Se sentó en una pequeña mesa de madera y comprobó el teléfono móvil. La hora había llegado y Don debía darles una respuesta. Desde allí, no podía verle, o eso pensaba él. Un camarero, vestido de camisa blanca, tomó nota de su pedido. Segundos después, el empleado se retiró. Al arquitecto le temblaban las manos, pero tenía que ponerse firme y terminar el trabajo. No había vuelta atrás. Recordó que se sentía como la primera vez que abordó a aquella chica en la cantina de la universidad.

Matar a un ser humano, acercarse a la víctima, tenía ese halo de ansiedad y excitación que motivaba a unos y bloqueaba a otros.

Contó hasta tres y echó a andar entre la gente. Se colocó el panamá y se quitó la chaqueta para doblarla en su brazo. Una vez sentado, le apuntaría con el arma bajo la mesa.

A medida que recortaba la distancia con el sujeto, una voz interior le rogaba que se detuviera, que estaba a punto de cometer un error. Una voz procedente del miedo, del ego más puro, de la incomodidad por lo desconocido. Una voz interior que, si hubiera escuchado alguna vez, le habría llevado a la ruina. Puede que el arquitecto tuviera miedo de que sus plegarias fueran ciertas, pero sabía que la intuición nunca se comunicaba con palabras.

A escasos metros de la víctima, Montoya volvió a mirar el teléfono. De pronto sonó, el camarero se acercó con una bandeja y le entregó su café capuchino. El español asintió con la cabeza y se quitó las gafas de sol para

colocarse las de vista y atender la llamada. Los músculos de Don se paralizaron, las piernas no le funcionaban y no entendía qué pasaba.

Allí, entre la gente, a escasos metros, se había convertido en el blanco perfecto. Sólo bastaba que Montoya girara el rostro para descubrir que, el hombre a quien buscaba, estaba frente a él. Entonces, se escuchó la voz de un niño y el hombre de rostro tenso y frío se relajó mostrando una sonrisa a la cámara.

—Hola, abuelo —decía la criatura al otro lado de la pantalla—. Hoy no voy a la escuela, abuelo.

Montoya se rio. Don se quedó perplejo, no comprendía la situación. ¿Abuelo?, se preguntó. Montoya tenía una familia que le quería y que, probablemente, no supiera nada de la vida secreta que había llevado durante años. O tal vez sí, qué más daba eso. Lo que importaba era que no parecía huir de nadie ni de nada, al contrario que él. Era un auténtico cazador. Después habló con una mujer, la cual parecía ser su hija al llamarle papá y no por su nombre. Una familia, dijo Don. Puede que fuese lo único que no había logrado conseguir en todos esos años, una familia que le amara y le diese la estabilidad que ese hombre poseía. Entonces entendió por qué era tan importante Marlena para él. Ella era la única persona que podía entregarle aquello que nunca obtendría por su cuenta. Una familia, un nuevo comienzo, al fin y al cabo.

Cuando terminó la conversación, Don ya había bordeado la terraza hasta alcanzar la mesa. Sentía tantas cosas en su interior que era incapaz de definir lo que le ocurría. Pocas veces se tenía algo tan valioso a escasos centímetros de las manos.

—¿Está libre? —Preguntó Don con una voz grave y vibrante, procedente del diafragma.

El hombre levantó la mirada, dejó su teléfono a un lado y dio un ligero trago al café. La nata le manchó el labio, que no tardó en limpiarlo con la punta de la lengua. Después extendió el brazo en dirección a la silla vacía.

—Tome asiento —dijo con una expresión indiferente, anodina, como si no le importara que estuviese allí—. Le favorece el panamá.

Don colocó la chaqueta sobre sus rodillas y empuñó el arma con la diestra por el interior de la prenda. Apoyada sobre su regazo, protegió con la mano izquierda el bulto, como si tuviera un gato encima.

—Tengo un cañón apuntándole al estómago —dijo el arquitecto—. Si se pasa de listo, haré que se desangre sentado.

Montoya escuchó las palabras, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un paquete de Marlboro rojo y una pequeña caja de cerillas. Después cogió un cigarrillo y lo colocó entre los labios.

—¿Fuma? —Preguntó invitando al arquitecto. Sonrió, encendió el pitillo con un fósforo y apartó la caja a un lado—. Buen intento, ¿eh? Ambos sabemos que no, aunque no le vendría mal relajarse un poco.

Don continuaba en silencio mirándole con intensidad. Desconocía su juego y cuánto menos lo escuchara, mejor para él. No conocía a Montoya desde hacía mucho, pero él sí que parecía conocerle demasiado.

Se cuestionó si habría alguno de sus hombres por allí, aunque poco podían hacer más allá de las fronteras.

El camarero se acercó de nuevo. Don temió que viera lo que guardaba bajo la americana.

—*Buongiorno, signore...* —dijo sacando el cuaderno de notas—. *Gradisce qualcosa da bere?*

—*No, grazie* —replicó el arquitecto sin mirarle a los ojos, con la atención puesta en su presa.

—*Ecco, qui abbiamo caffè, brioches...*

—*Non hai sentito cosa ho detto?* —Respondió Don irritado. Su contestación sonó como el rugido de un león furioso. El camarero se tragó las palabras de ingratitud y desapareció de la mesa.

Montoya parecía divertirse, aunque no bajaba la guardia.

—¿Qué quiere, Donoso? —Preguntó con el cigarrillo entre los dedos mientras el humo se mezclaba con el aire y nadie sospechaba de lo que estaba sucediendo—. ¿A qué ha venido?

—Sin paños calientes, he venido a matarle.

El hombre dio otra calada, exhaló el humo y aplastó la colilla contra un cenicero de aluminio.

—Pero los dos sabemos que no lo hará —respondió cruzando las manos—. Baje el arma, no haga que le detengan.

El tacto de la yema de su dedo con el del gatillo era frío y tentador. Observó por encima del hombro de ese desgraciado. Dos balas y tendría que salir corriendo hasta alcanzar uno de los callejones, si los *carabinieri* no le atrapaban antes.

—¿Está solo? —Preguntó Don.

—No —respondió el hombre jocosamente—. Estoy con usted. ¿No le parece suficiente?

No le hizo gracia alguna su comentario.

—Pida la cuenta. Quiero que venga conmigo.

—Espero que haya tomado una decisión —dijo el tipo sin inmutarse—. Le recuerdo que el tiempo se le ha terminado, aunque tengo la sensación de que ya lo sabe.

—Ya me ha oído.

—Lo siento, no podré acompañarle a ninguna parte, me ocupan otros quehaceres... pero si va a disparar, hágalo ya —contestó el tipo, seguro de lo que hacía—. No me gusta entregar el parte más tarde de lo habitual.

Montoya levantó la mano e hizo un gesto para que el camarero trajera la cuenta. Tenía el ceño fruncido, como si esperara una reacción del arquitecto que no terminaba de llegar.

—Ahora, no se enfade... Ya se lo dije. Esto no es un juego, Donoso —comentó de brazos cruzados—. Ni tampoco es ésta su manera de hacer las cosas. Dios sabrá qué demonios tiene en la cabeza.

No pudo ser más exacto.

Demonios que intentaban liberarse de él.

—El Lobo... Sé quién es, Montoya —contestó el arquitecto—. Sé a lo que se dedica y por qué desapareció sin dejar rastro durante más de treinta años. En el fondo, no somos tan distintos... Estoy al tanto de su trayectoria, de su historial, como usted de la mía. Así que sabrá que los chantajistas suelen acabar mal cuando se cruzan en mi camino.

—Temo desilusionarle, Donoso, pero sí que somos diferentes. Usted es un sanguinario y yo no... Si tanto supiera de mí, tomaría el encargo sin rechistar y se ahorraría la dialéctica barata —dijo el hombre. El camarero vino, recogió el billete de cinco euros y se marchó—. Acepte el trabajo de una vez y habrá acertado con su decisión. ¿Acaso cree que su visita me sorprende? ¡Pardiez!

—No estoy dispuesto a negociar —contestó—. Quiero que llame a su gente y que le diga que la operación está cancelada, que nos dejen a la chica y a mí en paz, y que no pienso trabajar para ustedes.

Por supuesto que no pensaba hacerlo. Hacía un esfuerzo por no accionar el percutor de la pistola. Maldita su sangre, pensó. Sólo quería verlo muerto.

—Entonces tomaré su sentencia como respuesta —respondió Montoya sosegado. Recogió sus pertenencias y echó la silla hacia atrás. Luego se puso en pie sin temor alguno. Tenía razón. Don no le iba a disparar. No, allí cuando su corazón bombeaba con la fuerza del Caballo de Troya—. Seré justo, por muy terco que sea en este asunto. Disfrute de su libertad mientras pueda, señor

Donoso. Parece que tanta sangre derramada no le ha hecho entrar en razón... Pronto se organizará una sádica cacería contra usted. Lo que ahora conoce como entorno, se convertirá en un desagradable escenario de supervivencia.

Dos pequeñas venas sobresalían de los laterales de la cabeza de Don. Sentía el calor de la sangre hirviéndole bajo las piel. Estaba a punto de explotar y cometer una locura.

El hombre del cabello gris echó a caminar con paso tranquilo y confiado por donde había venido, en dirección contraria al arquitecto, mezclándose con el resto de la muchedumbre que seguía entretenida fotografiando el paisaje.

## **CAPÍTULO DIECISIETE**

Paralizado por el miedo y la furia, Don se dejó llevar por su instinto natural. Abandonó la silla y se puso a andar tras los pasos de ese hombre que caminaba como si estuviera dando un paseo rutinario. No entendía por qué actuaba así. Era demasiado sospechoso, pero eso no le libró de alcanzarlo. Cuando vio que Montoya echaba la mano en su chaqueta para alcanzar el teléfono móvil, Don se puso detrás de él.

—Haga esa llamada y le juro que le vuelo las tripas —dijo rompiendo con las formalidades. El sonido entrecortado de sus palabras detuvo al exfuncionario. No era un farol, Don apoyaba el cañón de la pistola en la parte lumbar de su cuerpo mientras que fingía saludarle con el otro brazo. Todavía continuaban en el centro, pero habían alcanzado la via delle Farine, una estrecha calle plagada de establecimientos, viandantes y portales en los que el arquitecto no tendría problemas para esconderse. En efecto, Montoya había subestimado su falta de cordura—. No te detengas, camina.

—¿A dónde me lleva?

—A un lugar en el que podamos hablar —dijo Don sujetándole el hombro con un brazo mientras caminaba a su lado con la chaqueta bajo la mano. Cinco minutos era lo que necesitaba para llegar al apartamento de Roselli, una cantidad de tiempo de la que no disponía. Los había calculado, pero ahora las calles estaban atiborradas de curiosos que entorpecían su camino—. Así entrará en razón.

—Está cometiendo un error, Donoso —murmuró el hombre mirando al frente—. Si no llamo por teléfono, me buscarán. Las normas son las normas.

La última frase retumbó en sus oídos. Alguien debía romperlas de vez en cuando.

—Estoy seguro de que sus hombres esperarán... —susurró el arquitecto—. Si pierdo yo, también lo hará usted.

Zigzaguearon hasta llegar a uno de los estrechos callejones que conectaban con la perpendicular. Poco a poco, el camino se iba despejando. Montoya resoplaba a la espera de que alguno de sus hombres entrara en escena, pero allí no aparecía nadie y comenzaba a desesperarse.

Al llegar a la via dei Brunelleschi, la camarera del bar situado en el bajo del edificio estaba en la puerta alarmada. Un coche patrulla de la *Polizia* le había espantado a los clientes obstruyendo la calzada. Algunos curiosos apuntaban al apartamento, por lo que Don no tardó en entender que Roselli le había traicionado.

Por suerte, el coche estaba a unos metros aparcado y las llaves en su

bolsillo. Obligó a Montoya a subir al deportivo y arrancó el motor.

Sintió cómo, por primera vez, el miedo se apoderaba de aquel hombre de cabellera canosa. Podía leerle el pensamiento. Tenía razón: dijo que iba a matarle y así lo haría.

## **CAPÍTULO DIECIOCHO**

Montoya parecía tenso y confundido. El arquitecto no sabía a dónde se dirigía, aunque tenía claro que debía salir de aquella ciudad. Tomó dirección Pisa, hacia el oeste para acercarse al mar. El viaje no sería muy largo y, una vez allí, lograra o no lo que buscaba, se desharía de aquel tipo. Con claridad, vio cómo las cartas habían cambiado de dueño y eso le dio vitalidad, fuerza suficiente para apretarle las tuercas a ese desgraciado de Montoya. Era curioso cómo una persona podía renacer en cuestión de segundos tan pronto como abrazaba la fe.

La carretera estaba formada por dos vías separadas de ambos sentidos, por lo que Don no se privó de mantener el acelerador pisado mientras esquivaba los coches que alcanzaba en su ruta. Podía percibir el pavor que causaba a su acompañante con cada viraje. Sentir la muerte de cerca hasta verla venir de frente sin poder hacer nada, era una de las peores sensaciones que un copiloto llegaba a experimentar. Montoya se sujetaba asustado por la velocidad a la puerta del vehículo. Por el cristal de la ventanilla cruzaban a cámara rápida los pequeños pueblos de casas blancas y tejados rojos que tanto aparecían en las películas americanas.

—¡Vas a provocar un accidente! ¡Nos vamos a matar! —Bramó Montoya perdiendo las formas—. ¡No hagas estupideces!

Don reía a carcajadas mostrándole la mandíbula. El fuego de sus ojos avvicinaba el peor de los desenlaces. Estaba fuera de control, quería aterrar a ese hombre como nadie lo había hecho hasta entonces, ansiaba hacerle sentir lo mismo que había padecido él aquella noche de domingo en el interior de ese vehículo.

A lo lejos, el arquitecto vio lo que parecía un control rutinario de los *carabinieri*. Fuera lo que fuere, no iba a pasar por él, por lo que tomó un pequeño camino que los llevaba a uno de los desvíos que se acercaban a un lugar llamado Quattro Strade. El paisaje se convirtió en una deteriorada carretera desolada de doble sentido y bancales de tierra yerma. Cuando Don aminoró la velocidad para no llamar la atención, Montoya aprovechó el despiste y se abalanzó sobre él girando el volante hacia la derecha y dirigiendo el coche contra uno de los terrenos. Se escuchó un fuerte golpe y el arquitecto intentó recuperar la dirección del vehículo sin éxito, hasta que terminó empotrando la parte delantera contra un olivo. Aturdido, vio a Montoya quitarse el cinturón de seguridad y abandonar el descapotable para huir por el campo en busca de ayuda. Le dolía el torso, aunque no tenía fracturas. Empuñó el arma y cerró un ojo para abatir a su víctima, que se

escapaba en la distancia, pero no logró disparar. Habría fallado el tiro.

Se quitó la correa y bajó del coche para echar a correr tras él. El exfuncionario se alejaba a toda la velocidad que podía, pero Don era más rápido y sus zancadas más largas. Al parecer, los años y la vitalidad marcaban una diferencia notable entre los dos, pero ese hombre parecía dispuesto a quemar su vida si hacía falta. Sin duda, era la primera vez que Don se encontraba con alguien así. Entre montones de tierra, se acercó hasta que Montoya, con la chaqueta del traje arrugada y las gafas intactas, levantó las manos y se giró.

Estaba agotado, no podía respirar.

—Está bien —dijo rendido—. Negociaremos.

Antes de que terminara la frase, Don le golpeó la cara con la culata de la pistola. Se escuchó un fuerte crujido sin eco, las gafas volaron un metro por encima de su cabeza y un chorro de sangre salió de la boca de aquel hombre. Le había asestado un golpe certero. Después se echó a la tierra, con las manos sobre sus labios, rabioso y lastimado por el dolor.

El arquitecto, fuera de sí, cargó la pistola, se acercó al hombre de rodillas que tenía delante y le apuntó en la sien. Ahora, Montoya parecía otro ser diferente al que había conocido. Tanto la frialdad como la altivez que había mantenido hasta el momento, se desvanecían dejando sitio a un miedo visceral. A Don le fascinaba contemplar cómo, incluso los más confiados, terminaban convirtiéndose en un puñado de inseguridades y emociones, tan parecidas a las que mostraba un bebé al llegar al mundo. Al final, tanto la muerte como la vida no eran más que miedo, temor a lo desconocido, momentos idénticos con distinta piel.

—No me mates, por favor... no me mates —dijo el hombre con el rostro manchado de rojo—. Por lo que más quieras... Diré que te has fugado, diré lo que me pidas...

—Quiero que hagas esa llamada ahora mismo —respondió de pie, con el arma sobre su cabeza—. Quiero que les digas lo que te he comentado, nada más. La operación se ha terminado y no volveréis a molestarme.

El hombre se limpió la sangre con un pañuelo que había sacado de la chaqueta. Después cogió el teléfono móvil.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Dijo mirándole a los ojos de una forma novedosa. Era la mirada de alguien que se rendía, no por él, sino por quien había detrás de ese teléfono—. Si lo hago, nos matarán a los dos. Nada cambiará tu destino.

—¿Por qué cojones hablas en plural? —Preguntó dándole pequeños golpes con el cañón en la cabeza—. ¡Contesta! ¿Es otro de tus juegos? ¡Haz la puta llamada! ¡Son tus hombres!

—No, no lo son... —explicó moviendo la cabeza—. Sólo somos la maldita punta de un iceberg enorme, Donoso.

—No, eso no tiene ningún sentido —respondió el arquitecto. Se estaba hartando. De no sacar información, le llenaría la cabeza de plomo—. Llama... ¡Joder! ¡Vamos!

Su rostro encendido como las llamas de una antorcha dio a entender que no cedería. Montoya lo había intentado, pero Don no estaba dispuesto a escuchar. No se olvidaba con tanta facilidad de aquel estirado.

—Escucha, tengo una familia, una hija y un nieto... —dijo el hombre arrepintiéndose—. Sé quién eres, lo sabemos todo de ti, pero también sé cómo hacer que todos los expedientes desaparezcan.

—Maldito pedazo de mierda... Mereces pudrirte en los infiernos —contestó el arquitecto y volvió a golpearle con el cañón—. ¡Haz esa llamada!

Sin miedo a que alguien se acercara a merodear por allí, Don mantenía su brazo firme contra el cráneo de ese hombre desvalido y sin fuerzas. Si accionaba el gatillo, su cabeza se desplazaría unos centímetros dejando una buen charco de líquido rojo. La furia que recorría su cuerpo era mayor a como la recordaba. Ni siquiera aniquilando a su padre había sentido algo así. Pero, una vez más, él tenía razón y no eran unos aficionados sino la gracia divina quien le había ayudado a que todo terminara así: el cazador bajo el deseo de su presa.

## **CAPÍTULO DIECINUEVE**

*Via di Bracciatina, Quattro Strade (Provincia de Pisa)*  
*26 de mayo de 2016*

Después de una violenta discusión, Montoya pareció acatar los deseos del arquitecto. Con las manos manchadas, agarró el teléfono inteligente y marcó el número de uno de sus hombres. Don le miraba desde arriba, con el rostro congelado y los ojos cargados de odio, preparado para accionar el arma en caso de vacilación.

—Pon el manos libres —ordenó Don. El hombre activó el altavoz y se escuchó un tono de llamada—. Si te sales del guión, no llegarás al hospital.

Montoya se acercó el teléfono y con una mano se emparejó el cabello como signo de preocupación.

—Jefe, ¿todo en orden? —Preguntó una voz masculina al otro lado. Don no pudo identificarla, aunque supuso que pertenecería a uno de los hombres con los que se había cruzado anteriormente—. Llevamos una hora de retraso, aunque la chica parece saber algo. El chófer la ha llevado al trabajo.

—Ruz, se anula la operación —dijo con voz seria y autoritaria, una dicción entrenada que no necesitaba de volumen para que el subordinado captara la orden—. El caso se archiva. Punto y final.

—¿Está seguro? —Preguntó titubeante el interlocutor—. ¿Va todo bien, Montoya?

—Va todo en orden, cojones... —contestó insistiendo—. No me hagas repetirlo. Se cancela la operación, dejad a la chica y retirad la vigilancia. Punto.

—Pero...

—Cosas de Alcalá, órdenes de arriba... ¿Entendido?

—¿Vamos a dejar a ese hijo de puta suelto?

Don tensó la mandíbula.

—Escucha, no me toques más las pelotas, Ruz —reprimió—. Otra vez será, punto y final. Ahora, haz tu trabajo. Es una orden.

—Sí, claro, jefe —dijo el otro, incrédulo—. Procederemos a desactivar el dispositivo... Quedo a la espera de nuevas órdenes.

—Bien... Adiós, Ruz —dijo y colgó la llamada. El rostro de Montoya era el mismo que el de un niño al romper una valiosa escultura. Desconocía el castigo, aunque sabía que sería severo—. Ya está, ya lo he hecho, todo ha terminado... ¿Sabes en el lío que nos hemos metido?

—¿Quién es Alcalá? —Preguntó el arquitecto mientras una nueva sensación

de miedo recorría su cuerpo. Le aterraba dar respuesta a las preguntas que estaba a punto de realizar—. ¿Quiénes sois realmente?

—¿Por qué no aceptaste el puto trabajo? —Preguntó el exfuncionario ignorando su curiosidad—. ¿Tanto te costaba matar a otro cabrón como tú? ¿Tan orgulloso eres, Don? Supongo que siempre arrastrarás ese complejo de pobre de barrio obrero...

Desprevenido, Don le propinó un puñetazo desde arriba. No iba a consentir que sus últimas palabras fueran un insulto a su infancia.

Montoya gritó y escupió sangre de nuevo. El mandoble le había dolido.

—No soy un matón a sueldo, ya te lo he dicho —respondió sacudiéndose los nudillos para rebajar el picor—. Lo hago por convicción.

El hombre se recuperaba del impacto buscando una posición con las rodillas. Su aspecto era miserable, como el de un moribundo pidiendo limosna en plena avenida central. No obstante, Don no sentía ninguna lástima por él, al contrario. Montoya debía pagar por lo que había hecho actuando tantos años en silencio.

—Ahora vendrán a por ti y a por mí... —dijo y chasqueó la lengua. El rostro de esa persona era una mezcla de iluminación y desasosiego. Desconocía lo que iría después, si sería el arquitecto quien lo iba a matar o esos hombres de quienes hablaba. En cuestión de horas, el rumbo de sus vidas había dado un giro demasiado brusco como para asimilarlo, pero ése era parte de su trabajo, girar bruscamente los acontecimientos de las personas—. A mí, no sé lo que me pasará, quizá lo cuente, quizá no... Pero a ti te lo pondrán más complicado, si es que sales de ésta, claro... Los ejemplares como tú no se libran... o entran en vereda o terminan en un expediente y criando malvas.

—Tus historias de Los Soprano no me enternecen ni me asustan. Espero que hayas aprendido la lección y te llesves un bonito recuerdo de mí.

—¿Sabes una cosa? —Preguntó desafiante pero apenado—. He visto caer a tantos hombres como tú que... a veces... morir por tus convicciones, no merece la pena.

—Yo no muerdo por mis convicciones —contestó el arquitecto—. Mejor dicho, mato por ellas... Y ahora ha llegado el momento de hacer lo que tendría que haber hecho hace ya rato.

En silencio, Don dio un paso hacia atrás, estiró el brazo y puso el cañón a escasos centímetros de la cabeza de Montoya. Sería una muerte rápida, pasajera. Un estruendo y todo habría acabado. Hubiese preferido estrangularlo o ver cómo se desangraba lentamente, pero no tenía tiempo ni energía. Había

logrado lo que quería por partida de doble y era hora de regresar a casa. Apretó la mandíbula antes de tirar del gatillo, cuando sonó un teléfono móvil.

El teléfono de Montoya sonaba en el interior de americana. El rostro de un hombre que había aceptado su destino. Montoya inclinaba la cabeza hacia un lado sin resistirse, arrodillado y con los ojos cerrados, como quien se prepara para escuchar una explosión. Le temblaban las manos y el respiraba con dificultad. Sólo él conocía los últimos pensamientos que corrían por su cabeza, puede que de arrepentimiento o tal vez rogara piedad, una segunda oportunidad para no arder en el infierno. El móvil vibraba y llamó la atención de Don, que dudó en esperar a terminar con el trabajo.

—¿Quién te llama? —Preguntó nervioso. Su víctima parecía haberse olvidado de que seguía vivo—. ¡Comprueba quién te llama!

Montoya sacó el teléfono y miró a la pantalla.

—Son ellos —dijo temblando.

El arquitecto pensó que habrían recapacitado. El plan se ajustaba a él, y no al revés.

—Cógelo —ordenó sin moverse un centímetro.

El hombre obedeció y desplazó el botón verde sobre la pantalla.

—¿Sí? —Preguntó ansioso—. Sí, claro... Está aquí... Entendido... Es para ti, quieren hablar contigo.

Por su expresión, parecía haber recibido la peor noticia de su vida, detalle que no llegó a entender el arquitecto.

No podía existir nada peor que sentir el frío del cañón en su piel.

—¿Conmigo?

—Así es —dijo separando el aparato de su oreja. Don le hizo una seña para que le entregara el teléfono y Montoya accedió. El arquitecto temía que fuera una trampa para que el sujeto aprovechara su distracción y fugarse. Cualquier movimiento y le metería dos balas en el cuerpo.

—¿Quién es? —Preguntó. Se escuchó una respiración cansada al otro lado.

—Todavía tienes una posibilidad de salvar tu vida y la de tus seres queridos —dijo la voz de ultratumba que hablaba al otro lado del aparato. Parecía sopesar las palabras antes de recitarlas. Don estaba inquieto. Sus temores se cumplían. Montoya no era el jefe de la organización, sino un eslabón más y eso lo volvía todo más complejo—. Tanto la chica como el chófer que te lleva al trabajo todos los días. Estamos dispuestos a destruirlo todo, Donoso, así que corta el rollo y entrégate.

—Si crees que me vas a asustar con tus amenazas, será mejor que le preguntes a tu subordinado. Dudo que esté de acuerdo contigo.

El hombre chasqueó la lengua.

Don se estaba echando farol. En el fondo, la idea de que Mariano y Marlena pagaran por sus pecados, le horrorizaba.

—Déjale marchar... Montoya sólo ha hecho su trabajo —respondió la voz—. Los tipos como tú os creéis más listos que el resto, siempre un paso por delante... y no lo discuto, Donoso, no se lo discuto... Simplemente, en esta ocasión, tu enemigo somos todos y aceptar nuestra cláusula es lo mejor que puedes hacer.

—Todos —repitió Don.

—A estas alturas, parece mentira que no se haya enterado —dijo el hombre impaciente—. ¿Todavía no le ha dicho Montoya para quién trabaja?

Don miró a su víctima.

Tenía los ojos encarnizados y seguía ahí, con las rodillas flexionadas esperando que la conversación le salvara la vida.

—No.

—Maldita sea, nos podríamos haber ahorrado un mal trago... —contestó con burla la siniestra voz—. La persona que tiene delante es un agente del Centro Nacional de Inteligencia español y la voz que escucha la de su superior.

Las palabras se convirtieron en pequeñas piezas de rompecabezas que se esparcían por su cabeza. No podía dar crédito. Retrocedió un paso asustado por la afirmación. Hasta entonces, el arquitecto siempre había pensado que esas cosas sucedían en las películas americanas y que, en el peor de los casos, terminaría siendo víctima de otro verdugo de su calaña o detenido por los cuerpos del Estado. No obstante, lo último que creyó durante todos esos años era que la inteligencia nacional estuviera tras él.

Aquellas eran palabras mayores que significaban luchar contra la matriz imposible. Una red de hombres conectada con la de otros países y dispuesta a matar sin dejar rastro. Un mundo demasiado complejo como para huir sin cese. Un escenario tremendamente grande para él. Y era consciente de lo que podían hacer. Don había leído sobre ello, sobre cómo hacían desaparecer nombres, empresas, personas. Si era necesario, también lo harían con Marlena y Mariano. A esas alturas, había dejado al descubierto todas sus cartas tras centrarse demasiado en sus propios problemas.

Las manos le temblaron por un instante y Montoya se dio cuenta de ello. Sentía tal impotencia que era incapaz de controlar el malestar que recorría su cuerpo. En efecto, estaba haciendo esfuerzos sobrenaturales para no matar a aquel hombre.

—Demuéstralo —respondió el arquitecto incrédulo.

—Pídele la cartera —ordenó la voz.

—La documentación —dijo el arquitecto a su víctima. Montoya metió la mano en el interior de su bolsillo y le alcanzó una cartera de piel marrón. Después comprobó el documento de identidad. Sin duda, era él.

Buscó entre las tarjetas y encontró otro documento de plástico con el escudo de España y un chip de identificación. Maldita sea, era cierto, dijo. Una grieta se abría bajo sus pies. Había llegado hasta el final de su carrera.

—Así que, si te cargas a Montoya... como comprenderás... te verás en un buen lío —dijo la voz desconocida—. Entiendo que eres como un perro salvaje que ha vivido toda su vida en la calle... Pero es hora de que te pongan un collar. El mundo es demasiado peligroso, Donoso.

Perdido en medio de la Toscana italiana, sin rumbo ni destino, la cabeza del arquitecto procesaba una solución a toda velocidad. Sin embargo, en esa ocasión, la única alternativa estaba relacionada con la muerte. Podía entregarse, sucumbir a las órdenes y vivir bajo un calvario perpetuo, con las garantías de que esa vida pública siguiera intacta. Por otro lado, podía terminar la llamada y ejecutar a ese hombre antes de que se abalanzara contra él pero, como le había mencionado horas antes en la plaza florentina, la cacería no daría tregua.

En sus años de carrera había aprendido a negociar siempre que el resultado estuviera a su favor, negociar cuando es la otra persona quien lleva las de perder. Empero, difícil es llegar a un acuerdo cuando son otros quienes tienen la situación de su lado. Su calvario lo había convertido en un asesino y no en el justiciero que siempre había creído ser. Delante de ese hombre, furioso como un dragón desquiciado, entendió que la vida era demasiado compleja como para creer ser el centro de sus consecuencias. A diferencia del juego, en ocasiones, ni apostando con las mejores cartas, se ganaba, y no siempre existía una justificación.

—No dispaes, por favor... —suplicó Montoya.

—Eres un hombre inteligente y discreto, Donoso —dijo la voz del teléfono—. No tengo por qué convencerte de nada... A estas alturas, sabrás que si tomas la decisión correcta, te espera una vida cómoda y exitosa... sin dejar de lado tus... necesidades... Pero debes elegir. El tiempo se nos acaba y, por desgracia, no eres el único candidato.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó confundido—. ¿Que existen otros como yo?

El hombre se rio, aunque Montoya no parecía divertirse.

—Todos los asesinos tenéis ese concepto equivocado de vosotros, como si os hubieran tocado con una varita mágica —respondió con desprecio—. Por supuesto que los hay. Y todos morís igual que el resto.

—No soy ningún asesino.

—Hazte un favor y deja de repetir eso, por Dios... —dijo el hombre. Tenía la sensación de que el tiempo se había agotado—. Te diré lo que serás si te niegas a cooperar... Alimento para gusanos.

No le faltaba razón a ese hombre que se ocultaba tras el altavoz. Pactar con el propio Lucifer tenía sus costes y a Don le había llegado la hora de saldar sus cuentas.

De pronto, una luz se encendió en su interior. Regresó al pasado, a una imagen blanca y fría. Allí, nadie le buscaría, nadie podría encontrarle. Pensó rápido, antes de que su instinto le obligara a hablar con él. Existía una alternativa, por muy arriesgada que fuera. La única forma de vencer al enemigo era sorprendiéndole con una feroz ofensiva.

Entonces, su expresión cambió, recuperó el ritmo cardíaco normal y la ansiedad menguó en su cuerpo. Era como su estuviera resucitando, volviendo a quien realmente había sido siempre.

Su instinto depredador más frío se había apoderado de él.

—Quiero dos días más —dijo convencido y seguro de sus palabras—. Me reuniré contigo, no con un lacayo. Si me das motivos suficientes, me entregaré.

Se escuchó una carcajada sonora, forzada. Podía sentir su inseguridad.

—No me voy a reunir contigo. Punto.

—Entonces despídete de tu hombre —dijo y le acercó el teléfono al oído.

Montoya presenciaba los segundos antes de su muerte.

—Por favor, cambie de opinión, está decidido —dijo por el aparato.

Don volvió al teléfono.

—Contaré hasta tres.

—Hazlo y eres un cadáver, Donoso.

La primera táctica de quien teme a alguien es la de responder con violencia.

—Uno...

—No sabes a quién te enfrentas, imbécil.

Su actitud ante el problema le indicó que bajaría la guardia. Debía aguantar un poco más.

—Dos...

—¡Maldito loco de mierda!

El miedo aumentaba.

Aunque todavía no lo había manifestado, ya había cedido.

—Tres...

—¡Detente! Está bien, está bien —dijo el hombre rindiéndose—. Dos días, eso es todo lo que tienes. Ni un segundo más. Espero que, finalmente, entres en razón.

—Estupendo... Nos reuniremos en el aeropuerto de Heathrow, en Londres —indicó el arquitecto—, a las once de la mañana, hora local. Hay un Starbucks en la terminal cinco. Nos encontraremos allí, los dos solos, nada de sorpresas.

La voz murmuró con desaprobación.

—¿Cómo sé que me puedo fiar de ti?

—Puedo ser muchas cosas —contestó Don—, pero, ante todo, soy un hombre de palabra.

—Una última pregunta me asalta... —dijo la voz desafiante—. Si nunca me has visto...

Don sonrió y miró a Montoya.

—Y decís ser quienes sabéis tanto de mí —respondió y colgó la llamada. Frente a él, el hombre del cabello blanco, malherido y agotado, miraba desorientado, hartado, con deseos de regresar a casa, junto a su familia.

Don bajó el arma y el cuerpo de Montoya se relajó.

Sin mediar palabra y antes de que se pusiera en pie, agarró la pistola por el cañón y le golpeó la cara con la culata. El impacto sonó tan crudo que fue molesto para sus oídos. Acto seguido, el cuerpo se desvaneció como un saco de tierra sobre el bancal, dejando a Montoya sin conocimiento.

## **CAPÍTULO VEINTE**

*Calle de Génova (Madrid)*

*8 de mayo de 2008*

Un delineante. Eso era todo lo que era. Había pasado un año y un par de meses y sus planes de progreso no se realizaban.

Como cada mañana, salía de la estación de metro para leer las noticias en los tabloides. El líder de Al Qaeda era detenido en Irak, decía el titular de un famoso diario nacional. Siete años de universidad tirados por la letrina, pensaba a menudo, aunque lo peor estaba por llegar. La crisis inmobiliaria comía terreno a una situación mundial de la que España no se libraría. En cuanto a él, comenzaba a sentir el desgaste de vivir como una rata de cloaca. De casa al estudio y del estudio a casa, sin ganar todavía el salario suficiente como para dejar a su madre sola y abandonar el barrio. Las frustraciones se hacían mayores cuando todas sus propuestas eran descartadas por Ramiro Roncero, su jefe, mano derecha de la mitad del estudio y un completo holgazán. Roncero se ocupaba de los proyectos de poca envergadura que el estudio seguía manteniendo para pagar los salarios de sus empleados. Proyectos que, bajo el nombre de otra compañía, firmaba siempre que recibiera un trato de favor a cambio. Ricardo no tardó mucho en descubrir que al pequeño polluelo ya le habían crecido las alas. Condicionado por un círculo de amistades en los que se encontraban futbolistas y actores de televisión, los aires de grandeza del primogénito le habían llenado la cabeza de bobadas. Un paso hacia atrás para el distintivo que tantos años le había costado a su padre forjar. Pero así eran todos los imperios. Unos debían caer para que otros surgieran.

Con el paso de los meses, viendo que sus propuestas terminaban junto al montón de currículos que aterrizaban en la oficina, Don se dio cuenta de que aquel lugar era un callejón sin salida. Mientras que Ramiro siguiera al mando de la sección, gastando dinero que no tenía y acostándose con la secretaria siempre que se encontraba solo, no podría dar el salto salarial que añoraba. Y no es que él se aprovechara de ella, sino que ambos habían visto una ventana de oportunidad en el otro. Un arma de doble filo para quien teme guardar su vida con hermetismo.

—El jefe es el jefe —dijo ella, una mañana de abril que coincidieron en el ascensor—. Él marca el camino. No quieras desviarte de él.

—¿Nadie se da cuenta de que estamos echando por tierra la reputación del estudio? —Preguntó el arquitecto. Ella frunció el ceño incómoda. Esa mujer

sabía demasiado y él se acababa de ir de la lengua, razón suficiente para que Don jamás tuviera una empleada que llevara sus asuntos.

—Mejor, pregúntate por qué sigues siendo un delineante —contestó ella advirtiéndole de los peligros de seguir hablando.

Las palabras de la secretaria resonaron con fuerza en su interior. Una lección sobre la desconfianza que le ayudaría en el futuro.

En cuanto a su carrera como arquitecto, librarse de Roncero, tampoco era una opción. Quería hacer las cosas bien, aunque le costara sudor y esfuerzo. Hacerlo desaparecer le traería más de un problema y no solucionaría nada, todo lo contrario: pondría en peligro la estabilidad del estudio.

Cada mañana, el resto de empleados ocupabas sus puestos de oficina con total normalidad, como si aquello fuera para siempre y nadie se diera cuenta de cómo la plantilla menguaba con los meses. Mientras, en los diarios se hablaba de corrupción, dinero negro y tasa de desempleo, una comidilla que servía para amenizar los almuerzos en la cocina del estudio. Para Don, resultaba de lo más interesante observar cómo la sociedad era capaz de enzarzarse en discusiones por asuntos generales, situaciones en las que no podía participar. Todo lo opuesto a lo que sucedía cuando tenía el problema frente a sus ojos, en los que la totalidad de sus compañeros se limitaba a agachar la cabeza y guardar silencio. Pequeños detalles que le hicieron entender cómo funcionaban los mecanismos sociales y cuán impregnada estaba la corrupción en el estrato social al que pertenecía. Hechos que iban más allá de la oficina.

Por otro lado, comprender a su entorno, también le ayudaba a comprender a su propia familia, al barrio, al lugar en el que se había criado y al complejo mundo salvaje del que formaba parte.

Comprender a la gente le permitía llegar a su madre, una mujer desolada que se encerraba cada día más en un mundo lleno de pesadillas y fantasías oscuras. Una relación atípica entre una madre y un hijo que marcaría por años la relación de éste con las mujeres.

El pasado de Amparo siempre había sido una incógnita para él. A ella no le gustaba hablar de nada y Ricardo prefería no indagar, sabiendo cómo su madre se las gastaba cuando alguien tocaba a su puerta.

El carácter férreo de Amparo le había ayudado a aguantar los palos que su marido le había propinado durante años y, para el joven Ricardo, su actitud ante la vida siempre había sido admirable. Una mujer preocupada por su familia no se merecía algo así, aunque ya no amara a su marido. Nadie se lo

merecía, y Ricardo se dijo a sí mismo que no cesaría hasta que se librarán del violento maltratador.

Y lo hizo, aunque desconocía que, su padre, sólo era una parte de la ecuación. El problema tenía más complejidad de la que hubo pensado.

El tiempo pasó y, a medida que su sed de alcohol crecía y los ahorros familiares se iban por el desagüe, Amparo no tardó en enfocar el malestar en su hijo, descargando la ira contra él, rompiendo botellas contra las paredes y maldiciéndole por ser un pusilánime, un demente incapaz de devolverle lo que ella le había brindado durante tantos años de esfuerzo y dedicación.

Amparo le juzgaba por ser diferente, por no pertenecer a la masa silenciosa que caminaba en una misma dirección. A fin de cuentas, le juzgaba por no parecerse tanto a su padre, el hombre del que se había enamorado y que, por una extraña razón, había idealizado en un delirio de arrepentimiento.

Por parte del arquitecto, ser como los demás chicos que conocía era todo a lo que había aspirado durante su adolescencia, hasta que, más tarde, comprobó que era lo único que deseaba evitar. Sólo aquellos que caminaran por ambos lados, serían los únicos capaces de reinar entre tanta podredumbre.

Y así fue el único modo de despertar, a gritos, a golpes.

Así fue como terminó la relación con el mundo que conocía, dejando a un lado para siempre el nombre de Ricardo, convirtiéndose en Don.

Aquella mañana, tras haberse sentado frente al escritorio, escuchó la voz de Roncero clamando su presencia en el despacho. Lo último que pensó era que le despediría. Todos eran conscientes del talento tan mal pagado que suponía tenerle allí.

Obediente, miró a sus compañeros, que prefirieron ignorar la situación, y caminó hasta la puerta.

—Pasa —ordenó Roncero, acicalado y con una pierna apoyada sobre la otra rodilla—, y deja abierto.

El resto de la oficina podía escuchar lo que decían. Ricardo temió lo peor.

—¿Quería algo?

—Sí —dijo el superior—. Limpia tu escritorio y no vuelvas más. Estás despedido.

No podía ser cierto, pensó. Era la primera vez que le invitaban a que se fuera de un lugar sin haber hecho nada. O quizá sí, tal vez su error hubiese sido darse cuenta en voz alta de un problema del que todos estaban al tanto. Una sensación de impotencia y rabia nació del interior de su estómago. Ricardo clavó su mirada furioso en aquel hombre, que esperaba que se fuera

lo antes posible para reanudar sus tareas. Por su semblante, Roncero parecía estar acostumbrado a ese tipo de escenas. La persona despedida no tenía ya nada que perder, pero escuchar la reprimenda servía de estímulo para los empleados.

—Estás cometiendo un error —dijo Don con los puños cerrados a punto de perder el control. En otro contexto, en otro lugar, le habría matado—. Ha sido ella, ¿verdad?

—No te voy a dar explicaciones de nada, Donoso —contestó tras una larga respiración—. Él único que está cometiendo un error ahora mismo eres tú. Cierra el pico, ya lo has abierto bastante, si no quieres que tu reputación termine en un vertedero. Ahórrate las ganas y lárgate. Te ingresarán el finiquito en unos días.

Estaba despedido, de eso no le cupo duda, pero su historia no terminaría ahí. Don jamás se olvidaría de él.

Caminó hasta el escritorio y cogió la chaqueta mientras el resto de trabajadores fingían estar ocupados en sus tareas. Aceptó la derrota, aunque le hiriera por dentro. Había tenido un comportamiento ejemplar y, en un entorno así, le había convertido en alguien predecible para ese hombre. Cruzó una mirada con la secretaria y ésta desvió sus ojos. Parecía arrepentida por lo que había hecho, pero no la juzgó. No podía. Cada persona buscaba la forma de encajar en este mundo y ella había encontrado la suya. Era una cuestión evolutiva, de supervivencia. Años más tarde, se relacionaría con personas hambrientas por sobrevivir, en busca de un lugar mejor, de una vida estable, de un hombre al que aguantar a cambio de un hogar caliente, de una mujer a la que obedecer a cambio de no estar solos. Ilusiones que la industria del consumo y las grandes agencias de publicidad habían inculcado a través del sexo, el amor, el éxito y la perfección. Pero nada de eso existía, ni siquiera quienes creían ser sólidos como una roca ante cualquier adversidad.

Mientras cruzaba el corredor que ponía fin a sus días de delineante, observó los rostros de los testigos y se sintió como Jesucristo cargando la cruz y la corona de espinas, mientras el resto se acordaban sumisos a la imposición del hombre que habitaba en el último despacho. De algún modo, sintió pena por ellos. Colaboraban con la injusticia porque no tenían opción, porque seguían sujetos a un amo, aquel que pagaba las hipotecas y los caprichos innecesarios, aquel al que habían vendido su alma para complacer los sueños de la persona que esperaba en el hogar tras un día de oficina. Mientras todos temían perder el puesto de trabajo por denunciar algo que sobrepasaba sus derechos, Don

salía de allí con una lección bien aprendida. Si quería triunfar y mantenerse aventajado por delante del resto, debía aprender a cultivar el miedo en los otros y convertirse en alguien impredecible ante sus ojos.

## **CAPÍTULO VEINTIUNO**

*Via di Bracciatina, Quattro Strade (Provincia de Pisa, Italia)*  
*26 de mayo de 2016*

De ningún modo iba a ponerle las cosas fáciles a Montoya, después de cómo se había comportado con él. Parecía inconsciente y el golpe le había producido una pequeña hemorragia. Nada que no pudiese solucionarse con alcohol y unos puntos de sutura.

Sobrevivirá, pensó.

Primero, le quitó el teléfono, la documentación y lo cacheó en busca de armas. Estaba limpio. Sacó la batería del aparato y después aplastó la pantalla con una roca de gran tamaño. Finalmente, se guardó la batería y caminó hacia el coche. Tarde o temprano, alguien pasaría por allí y encontraría al agente tirado en el suelo o despierto. En el peor de los casos, no tendría más opción que caminar unos kilómetros hasta el pueblo más cercano.

Prometió que no lo mataría, no que le fuera a hacer la vida más fácil.

El impacto contra el árbol sólo había hundido parte del lateral delantero, provocando una raja apreciable en el cristal. Daño que no le impediría la conducción, pero que llamaría la atención de los *carabinieri* si no lo reparaba antes. Por suerte, el coche arrancó sin problemas y el motor del Spider volvía a rugir.

Abandonó el bancal y tomó la dirección por la que había llegado, a sabiendas de que el pueblo más cercano se encontraba en el interior. Pero no tenía tiempo, ni quería cometer el error de regresar y que Montoya hubiera desaparecido. Tenía hambre y estaba agotado, así que se dio prisa por alcanzar su próximo destino. Condujo reflexionando sobre todo lo que había sucedido, la conversación que había tenido con aquel tipo. A esas alturas del conflicto, no temía por ninguno de los agentes, que habían demostrado ser humanos, como él, aunque con más recursos y organización. Sin embargo, los hechos le demostraban que, no siempre, dos cabezas pensaban mejor que una.

En cuanto a él, había pecado de ingenuo creyendo estar por encima de todo, olvidando que eso nunca habría sido posible. Pero aquello ya era otro capítulo del ayer y no se iba a lamentar por lo que estaba sucediendo, pues tampoco le serviría de ayuda. Al contrario que muchas personas, Don sabía gestionar sus emociones cuando éstas formaban parte del pasado. Cuarenta y ocho horas eran suficientes para comprar un billete a Kiev, reunirse con Marlena en Livorno y despedirse para siempre tras el anochecer. Porque eso era lo que había decidido mientras hablaba con ese tipo por teléfono, desaparecer sin

dejar huella, huir de nuevo, dejarlo todo e introducirse en la boca del único lobo que conocía, un lugar en el que estaba seguro que no se atreverían a entrar. Una vez en Ucrania, los intereses del propio país, ajenos a los españoles; la nula colaboración del Kremlin con Europa y la natural corrupción que habitaba en las calles, serían motivos suficientes para dificultar su trabajo, poniendo en jaque las estrategias de cualquier inteligencia estatal. Desde allí, no tendría problemas para empezar una nueva vida, conseguir otra identidad y circular con libertad entre Rusia y los antiguos países de la Unión Soviética, aunque ello supusiera no volver a ver el sol. Paseos por San Petersburgo, vacaciones en Odesa navegando por el Mar Negro y, cuando hiciera falta algo del mercado negro, visitas esporádicas a Pridnestrovia, el estado ficticio anclado en el régimen de Stalin que ocupaba la frontera de Moldavia con Ucrania. No era el mejor escenario para su futuro, no como lo había imaginado, pero no le importaba. Era aquello o pudrirse entre barrotes. Daba por sentado que entre vodka y bajas temperaturas encontraría su perdón.

No obstante, si había algo que le dolía en todo aquel asunto, no era sufrir los inviernos a menos cuarenta grados ni lidiar con la idiosincrasia de algunos países de la Europa del Este. Lo único que temía era que Marlena no deseara volar con él y se negara a dejar su vida en Madrid, pero tenía que intentarlo con el corazón por delante, tenía que rogarle que lo hiciera para así iniciar una nueva vida juntos. Por mucho que le pesara, la única forma que existía para convencer a Marlena era contándole la verdad.

Pasados unos sesenta kilómetros, Don se desvió hacia una gasolinera para repostar y pegar bocado. El lugar estaba poco transitado y dos coches con matrícula nacional estaban aparcados junto a la puerta. Un encargado vestido de uniforme y con barba de varios días preguntó qué combustible usaba e hizo dudar al arquitecto. No deseaba llamar la atención de nadie, pues los tipos como él no eran habituales por esa zona. Ni tampoco los extranjeros. Antes de caer en el ridículo, abrió la cubierta del depósito y leyó en su interior el adhesivo.

—*Benzina* —dijo y se giró marcando la gasolina del cartel—. *Cinquanta euro*.

Al entrar a la tienda, vislumbró un paisaje de los más desolador: una empleada con sobrepeso y pelo recogido en un moño mascaba chicle mientras leía una revista del corazón. Ese era todo el entretenimiento. Saludó sin recibir respuesta, caminó entre los estantes y se probó unas monturas de sol baratas que le daban el aspecto de un portero de discoteca. Le vendrían bien para pasar desapercibido, pensó, al ver a los propietarios de los coches lucir modelos similares sobre sus cabezas. Además de las gafas, husmeó entre los bocadoillos envasados que había dentro de las vitrinas de cristal y cogió un emparedado de jamón y rúcula y, finalmente, una botella de agua. Se sentía extraño haciendo todo aquello, paso por paso, como si hubiese vuelto a su juventud, cuando no tenía a nadie que le sirviera el almuerzo ni le hiciera la compra. A unos metros, junto a la caja registradora, escuchó una conversación de dos hombres que hablaban sobre los controles que los *carabinieri* estaban efectuando en las entradas de los pueblos. Ninguno de ellos entendía por qué, aunque habían escuchado en la radio que podría tratarse de un ladrón dado a la fuga. A la salida, un hombre vestido de chándal, y con un cordón de oro colgando del cuello, merodeaba alrededor del coche, comentando lo hermoso que era. Tenía un acento que no lograba entender, como solía sucederle cuando salía del italiano neutro para extranjeros que utilizaban las azafatas en los hoteles. Le clavó una mirada y logró que escampara sin demasiada dificultad.

El viaje se estaba haciendo eterno y sólo deseaba llegar y hospedarse en una de las maravillosas habitaciones del Grand Hotel Palazzo Livorno, una de aquellas suites del siglo XIX con vistas al mar Liguria que tanto le gustaban. Mientras sujetaba el volante del deportivo italiano, disfrutaba del paisaje verde con tonos cálidos, del sol de frente que comenzaba a caer con lentitud y de un cielo azul intenso y sin nubes. Bajó la capota del coche, se puso las gafas Carrera de imitación y dejó que el aire fresco azotara su rostro. La

cabellera se le despeinó, respiró profundamente cargando los pulmones de oxígeno, encendió la radio y sintonizó una emisora de radio por la que sonaban bases electrónicas y Ryan Harris cantaba sobre la *dolce vita*. Sonrió y se sorprendió a sí mismo tarareando la canción. En el fondo, seguía siendo una persona humana que se había olvidado de los pequeños placeres de la vida.

Se sentía libre, apaciguado, capaz de cualquier cosa, preparado para enfrentarse a cualquier adversidad, aunque sabía que no era más que una mera ilusión del momento y que, tan pronto como se bajara del coche, su emoción se esfumaría como el final de aquel hito musical.

Sentado en la tapicería del vehículo, el arquitecto se dio cuenta de que estaba a punto de llegar a la meta y terminar un maratón para el que había entrenado años. Estaba a punto de decirle adiós a todo lo que conocía hasta la fecha, al lujo, a una vida materialista, vacía y de cartón, diseñada desde el primer momento para ocultar quien realmente era. Estaba a punto de despedirse de un personaje de ficción confeccionado de puertas hacia fuera, su mayor obra de arte, para emprenderse en un camino sin retorno hacia la búsqueda de la auténtica y más pura felicidad. Y todo, por el único pecado de matar, un defecto que se habría considerado una virtud en otra época pasada.

Para bien o para mal, también estaba a punto de dar un giro en la relación que mantenía con Marlena. No más secretos, no más mentiras, se dijo. Estaba harto de todo ello, de él, de ir siempre con embustes con la intención de protegerla, cuando no hacía más que herirla. Ya había tenido suficiente en el pasado como para volcar sus inseguridades, de nuevo, en la primera y única mujer a la que había amado con pureza. A pesar de todo lo que había sucedido en la última semana, los recuerdos de los dos paseando por Berlín y la noche de hotel en Stuttgart seguían intactos. Todavía creía en los milagros, así como en que el amor era la única forma de salvarse y no arder en el infierno. Toparse con esa dama había sido la causa para seguir creyendo.

## **CAPÍTULO VEINTIDÓS**

*Grand Hotel Palazzo Livorno (Livorno, Toscana)*

*27 de mayo de 2016*

Había descansado como un bebé. Por primera vez en semanas, los músculos de su cuerpo estaban relajados, casi como nuevos. Tras diez horas de sueño, había vuelto a su rutina diaria de ejercicios aunque, aquella mañana, no había sido tan productiva como otras. La falta de entrenamiento y la mezcla de estrés y cansancio sumaban, pero no se disgustó por ello.

Tras una ducha, se vistió y caminó hasta la azotea para que le sirvieran el desayuno. Sentado junto a una mesa de madera con patas de aluminio, y bajo aquellas ridículas gafas de imitación, contemplaba la inmensidad del mar mientras un empleado servía el café y el cruasán que había pedido. El contraste de colores azules y blancos, que formaban la barandilla de balaustres de escayola y el mar de Liguria, formaban una perfecta armonía antes sus ojos. El sol brillaba y la temperatura era agradable. Todo parecía perfecto a los ojos de cualquiera, pero no era más que una ilusión. Siempre lo era, sin importar dónde fijáramos la atención. Siempre existía una puerta trasera en cada persona, unos bastidores a los que nadie quería mirar.

El hotel en el que se acomodaba había sido desde el siglo XIX un palacio en el que se hospedaba la burguesía. Y no había más que observar su fachada, de tonos amarillos y blancos, para darse cuenta de que era el mejor hotel de la zona. Un clásico de elegancia y comodidad que sólo estaba al alcance de algunos bolsillos como el del español y que nunca pasaba de moda.

Tras su llegada a la ciudad portuaria y el registro en el hotel, no esperó para contratar un avión privado que le llevara hasta Londres y reservar dos billetes de avión con destino a Kiev. Compró un terminal en una tienda de telefonía y aprovechó la oportunidad para poner en orden su vida. Lo tenía todo planeado, tan sólo debía contactar con Mariano. Allí, en Livorno, Marlena no dudaría en quedarse con él para siempre. Era un lugar de ensueño, mágico y único.

Tras realizar la reserva, se puso en contacto con su chófer y dejó el dispositivo conectado a la red privada del hotel. Para entonces, lo último que le preocupaba es que lo siguieran, si es que Montoya y los suyos todavía se atrevían a hacerlo. Cuando agitaba la cucharilla del café, pensó en ese hombre de pelo canoso al que había golpeado con tanta saña, pero no tuvo un ápice de remordimiento. Si no lo hubiera hecho, le habría matado.

Una pareja disfrutaba de su almuerzo a escasos metros del arquitecto. Él era italiano y mucho más mayor que ella. Moreno, delgado y con el cabello oscuro

peinado hacia atrás. Su acompañante era una mujer rubia, delgada y con rasgos eslavos. Desconocía si se amaban, pero quién era él para juzgar lo que otros consideraban amor, un término tan abstracto y difícil de definir. Para el arquitecto, estar junto a alguien no tenía por qué estar relacionado con el amor. De hecho, creía que hacía falta más que un puñado de emociones pasajeras para que las relaciones funcionaran. Encontrar a alguien a quien acompañar toda una vida requería algo más que tiempo y unas cuantas mariposas en el estómago. Se fijó en su relación, en la distancia que los separaba, a pesar de estar juntos, y en el silencio que les unía. Mantenían diálogos breves en inglés y regresaban a sus teléfonos móviles. Mucho se había dicho de que la tecnología destruía las relaciones pero, para el español, sólo ayudaba a que no se desgastaran. Al escuchar las palabras, comprobó que ella guardaba un fuerte acento que le hizo recordar a Baiba, aquella mujer letona de sangre rusa. Lo intentó y le costó recordar su rostro. Habían pasado unos meses de esa historia, pero no almacenaba un buen recuerdo de esa mujer. Y, aunque no le guardaba rencor, pasar página era algo que sabía hacer muy bien. Baiba, como muchas otras personas, sólo buscaba un poco de luz en su vida, aunque no siempre tomara el camino más ético.

Ética y moral, términos que tenían el mismo peso que dos granos de arena.

Miró el reloj, eran las nueve de la mañana. Tenía todo el día por delante y aún no sabía cómo lo iba a gastar. Una vez hubo terminado su *espresso*, sacó el aparato del bolsillo y, mediante una aplicación de mensajería, telefoneó a su chófer.

—Buenos días, señor... —dijo el conductor al otro lado con una ligera interferencia en su voz—. Es un alivio recibir noticias de usted. ¿Es segura esta conexión?

—No debes preocuparte, Mariano —dijo Don con los ojos puestos en la rubia. La psicosis de estar siendo vigilado seguía presente, aunque no era más que otro estúpido engaño de la mente—. Lo primero, agradecerte el trabajo excelso que has hecho... Por cierto, ¿cómo se encuentra Marlena?

—La señorita Lafuente está en su domicilio —contestó el conductor—. Gracias por sus palabras, señor. También sé que usted ha tenido algo que ver con la desaparición de esos tipos... No se lo negaré, estoy sorprendido. Me fascina cómo ha sido tan determinante con ese Montoya...

—Nos habíamos equivocado de hombre. Él sólo formaba parte de una jerarquía mucho más grande. Me temo que he subestimado al enemigo.

—Vaya...

—De todos modos, la pesadilla todavía no ha terminado, Mariano. Aún hay algo que necesito que hagas por mí.

—Por supuesto, ya sabe que puede contar conmigo para lo que quiera.

—Esta vez, puede que abuse de tu confianza.

—Sorpréndame.

—Quiero que acompañes a Marlina hasta el aeropuerto. Un chárter privado esperará su llegada —dijo seguro de sus palabras—. La razón por la que requiero tu presencia es para que ella no se eche atrás, de ninguna manera.

—Me asusta, señor...

—No debería, si realmente crees en mí. No le pasará nada a la señorita Lafuente.

—Entiendo que tenga muchas cosas de las que hablar con ella... —dijo el conductor—, pero la señorita Lafuente ha vivido sometida a demasiada presión durante las últimas horas... ¿Cree que podrá solucionar algo?

Don suspiró por un instante. Su chófer tenía razón, pero sólo conocía una versión de los hechos, la vivida, la que él había visto. Sin embargo, ignoraba por completo todo lo que había arriesgado para poder mantener esa conversación telefónica.

—Me he pasado toda la vida huyendo de lo que más me importaba —argumentó el arquitecto—, mientras jugaba siempre sobre seguro. Pero las reglas han cambiado y ya me he cansado, Mariano. Es hora de invertir el orden... Por eso te pido que utilices tus mejores armas de persuasión, cueste lo que cueste.

—Entiendo que me está hablando de un ultimátum.

Don guardó silencio y observó cómo el italiano miraba de reojo a su acompañante. No llevaban alianzas, por lo que podrían ser amantes o simplemente se estuvieran conociendo. Con sutileza y consciente de lo que hacía, ella le ignoró cuando éste buscó su mano y se cuestionó si Marlina haría lo mismo cuando le pidiera empezar de cero junto a él.

—Encárgate de que llegue a su destino —contestó con un tono concluyente—. Te he enviado toda la documentación por correo electrónico.

—Mensaje recibido, señor.

—¿Algún detalle más, Mariano?

El hombre titubeó. Estaba inseguro de preguntarle a su jefe.

—Sí, hay algo que me inquieta... —contestó finalmente—. ¿Qué sucederá después? Ya sabe... Cuando todo esto acabe.

Don sopesó la pregunta. No sólo le estaba cuestionando lo que vendría más

tarde, sino lo que sucedería entre ellos dos. Mariano era un hombre intuitivo y con la suficiente experiencia para entender que Don estaba a punto de dar un giro radical en la vida de ambos. Aunque sabía que todo contrato tenía una fecha de caducidad, las personas son reacias a asimilar el final de una historia hasta que ésta llega.

Por una vez, buscó las palabras adecuadas para no herir su dignidad. Mariano no merecía ser tratado como un niño y tampoco merecía recibir la crudeza a la que el arquitecto acostumbraba en sus contestaciones.

—Pase lo que pase, Mariano, todo irá bien... —dijo sopesando cada sílaba—, aunque me temo que no habrá después.

## **CAPÍTULO VEINTITRÉS**

*Piazza Mascagni (Livorno)*  
*28 de mayo de 2016*

Estaba nervioso, más de lo habitual aunque, esa vez, su vida no dependiera de ello. Sujetaba un ramo de flores y había tenido tiempo para cuidar los detalles y trazar a conciencia un escenario que derribara todas las defensas de la ingeniera. Vestía una camisa azul celeste desabrochada por un botón y un traje a medida de color azul marino que había comprado en una de las lujosas tiendas de la ciudad portuaria. Pero, no sólo eso, también se había dado una vuelta por las joyerías de la ciudad. Dar el paso, sólo se podía hacer una forma. En el bolsillo de su traje guardaba una pequeña cajita con una sortija dentro. Su arma final, el único modo de decirle a Marlena que quería pasar el resto de su vida con ella, cuando las palabras ya no funcionaran.

Acicalado y bien perfumado esperaba en la Terraza Mascagni, un hermoso camino de baldosas negras y blancas, como un tablero de ajedrez, delimitado por una barandilla de columnas, desde donde se podía contemplar cómo el mar Tirreno rompía contra la superficie. En el centro, un pequeño auditorio para músicos con una cúpula redonda. Un entorno que ponía color a un parque de palmeras y tierra por los que algunos transeúntes paseaban a sus perros. Hacía una tarde estupenda y, horas después, aquel lugar se convertiría en un romántico paseo de turistas y locales por el que las parejas declararían su amor cuando cayera el sol.

Don comprobó la hora en su reloj. Caminó hacia uno de los laterales de la bahía que conectaba con la avenida y observó la carretera. Entonces, el tráfico en Livorno era casi inexistente, más allá de los taxis que cargaban turistas y los devolvían al aeropuerto de Pisa. Aquella ciudad era uno de esos pequeños tesoros escondidos del mundo. Don se preguntó si sería capaz de renunciar a todo aquello para siempre. De ser así, no valdrían los arrepentimientos.

Mientras cavilaba sobre su futuro y lo que le depararían las siguientes horas, de pronto, un coche alemán de color negro se detuvo a escasos metros de él. El conductor saludó al arquitecto en italiano y procedió a abrir la puerta trasera del vehículo.

Del interior, unas finas piernas pusieron los tacones sobre el asfalto, antes de que la ingeniera mostrara su rostro. El corazón le latía cada vez con más fuerza. Un intenso escalofrío recorrió su espina dorsal erizándole el vello de los brazos. A unos metros del coche y sin moverse, Don observaba a la mujer de su vida con un brillo inhumano en los ojos, como si llegar hasta allí sólo

hubiese valido la pena por verla así de bella. Marlena abandonó el sedán y el conductor se puso en marcha hasta desaparecer por la calle. Ella iba vestida con una falda veraniega, ajustada, y con un estampado de flores que marcaba sus caderas. Un contraste que combinaba con una blusa blanca de manga corta y la melena oscura que caía por sus hombros.

El arquitecto mostró el ramo que sujetaba, provocando una reacción de sorpresa. Ella no entendía nada, aunque pensó que tampoco era necesario entenderlo todo en esta vida, y menos aún cuando se trataba de él.

Como dos imanes, ambos caminaron hacia el otro hasta que se fundieron en un intenso abrazo. Marlena chafó el ramo contra su falda sin importarle las flores. Don abrazó a la mujer con fuerza, como si no deseara dejarla escapar de nuevo. Primero notó el calor de su cuerpo, la presión de sus pechos sobre el esternón, el corazón de Marlena latiendo acelerado. Ella acarició su cabello por la parte trasera de la cabeza y suspiró con fuerza. Había echado demasiado en falta aquel efecto, pensó Don, el tacto de sus dedos sobre la piel de la ingeniera, el olor a champú fresco que desprendía su cabello y la sensación de que solo allí se sentía como en casa, porque todas las personas necesitaban encontrar un lugar en el que sentirse seguras y, para él, Marlena era el suyo. No le importaba dónde fueran siempre y cuando ella permaneciera a su lado. Y, aunque eso sólo le hacía más débil, no tenía intenciones de remediarlo.

Sus cuerpos se separaron y se miraron a los ojos como si hubieran pasado años desde la última vez que se habían encontrado. Marlena tocó el rostro del arquitecto, que estaba suave y olía a loción tras la afeitada matinal.

—Ricardo... —dijo estremecida. Su torso vibraba casi tanto como su voz. Pronto llegarían las preguntas, las explicaciones y, en consecuencia, los cambios de estado, pero a él no le importaba. Jamás había visto a alguien mirar a los ojos como lo estaba haciendo esa mujer. Alguien que le miraba así, se merecía conocer la verdad aunque ésta doliera—. He estado preocupada por ti... Pensé que te había pasado algo muy grave...

—Estoy bien, Marlena... —respondió el arquitecto abriéndose a ella. Desconocía lo que Mariano le había contado pero, en efecto, había funcionado—. Sólo espero que no hayas sufrido demasiado...

Por un segundo, la ingeniera salió del trance hipnótico del reencuentro.

—¿Qué es todo esto, Ricardo? —Preguntó confundida en busca de una justa explicación—. ¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde diablos estamos?

Antes de que su cabeza produjera un cortocircuito, confiado, agarró sus

dedos y ella le correspondió. Pasear por aquel sitio les relajaría. Tenían menos de veinticuatro horas para sincerarse el uno con el otro, abrir los corazones y decidir el rumbo de sus vidas.

Caminaron hasta un extremo del paseo desde donde se podía observar el faro. Marlena miraba a su alrededor enamorada del paisaje, efecto que ayudó al arquitecto a conducirla a su terreno.

Tras un breve paseo, se detuvieron frente a la barandilla.

—No entiendo nada, pensé que te estabas muriendo... —susurró ella decepcionada—. Qué ingenua soy. He vuelto a caer en otro de tus trucos... ¿Verdad? Porque eso es lo que es todo esto.

—No eres ingenua, Marlena —respondió tocándole el mentón—. Eres una buena mujer, por eso quería que vinieras aquí. Hay cosas que no te he podido explicar hasta ahora...

—Demasiado buena, pienso... —contestó ella—. Tengo que reconocer que eres el único hombre que me ha hecho sentir tantas cosas diferentes en los últimos meses... Pérdida, amor, miedo, inseguridad...

Don puso le tapó la boca con el índice.

—Déjame intentarlo por última vez —respondió con una sonrisa—. Esta vez, no existirán las excusas... te lo prometo.

—¿Crees que puedes arreglarlo todo con una cena?

—No, todo no... —dijo él—, por eso te he traído aquí, a uno de los lugares más hermosos del Mediterráneo.

Marlena no lo podía resistir. Don le gustaba demasiado, tanto, que era capaz de hacerla sonreír y olvidarse de toda la culpa con la que había cargado hasta encontrarse con él. Pero era demasiado orgullosa para decírselo.

—Debes pagarle un buen sueldo a ese hombre —dijo haciendo referencia a Mariano—. No estaba dispuesto a que renunciara a este viaje.

—Mariano es un hombre leal y ha sabido demostrarlo con los años...

—Tanto que podría irse a la tumba con tu secreto —comentó la ingeniera haciendo referencia a algo que inquietó a Don por un segundo.

—¿A qué te refieres?

—No he dicho nada.

—Mejor así... —respondió tajante y reculó. La intranquilidad le había jugado una mala pasada de nuevo, pero debía hacer un esfuerzo para no ser un cretino delante de ella—. Por poco, me has preocupado. No me perdonaría que le pasara nada por mi culpa, ni a ti...

Ella guardó silencio.

En cierta manera, Marlena también tenía dificultades para expresar sus emociones más íntimas. Le hubiese gustado contarle allí, frente al mar, que había vivido periodos de ansiedad durante las últimas semanas, que pensaba que un día no volvería a verlo más por la oficina y que, después de todo, ella se merecía algo mejor, a alguien que la amara como ella le amaba a él. Pero no lo hizo, por orgullo, por falta de valentía, por no encontrar ese momento perfecto que sólo llegaba en las películas más taquilleras. Ninguna persona se libraba de luchar contra los demonios que arrastraban desde la infancia. Ni Roselli, ni Don, ni tampoco Marlena se podía librar de su pasado. Así era cómo se forjaban los temperamentos y así lo creía el arquitecto.

Las olas del mar rompían a escasos metros y la brisa marina acariciaba sus rostros bajo la luz vespertina. La temperatura daba los primeros avisos de un verano caluroso que no tardaría en llegar. Miró al horizonte y pidió clemencia por lo que iba a hacer ya que, una vez descubierto su verdadero rostro, no habría marcha atrás.

Marlena giró su cuello hacia él con picardía, desde la altura de su pecho, y le miró con deseo e interés.

—Entonces... —comentó coqueta—. ¿Me vas a decir de una vez quién hay detrás de esta fachada?

Muy ingeniosa, pensó él.

—Así es —dijo sonriente—, pero, antes... será mejor que vayamos a comer algo. Odio ponerme trascendental con el estómago vacío.

*Piazza Garibaldi (Livorno)*  
*28 de mayo de 2016*

Como en una representación teatral, el arquitecto se limitó a seguir el guión que había desarrollado la noche anterior. Un cálido paseo junto al agua hasta la piazza della Repubblica. Livorno se caracterizaba por poseer una ínsula en su interior, protegida por una fortaleza histórica. Los edificios de aquella ciudad tenían otro tono más claro en comparación a los de las urbes anteriores. Turistas tomaban fotos del atardecer junto a la estatua de Leopoldo II para dejar constancia de los dieciocho mil metros cuadrados que ocupaba la plaza.

La pareja caminaba sobre las baldosas de piedra con los cuerpos pegados, como si sus encuentros se resumieran en una primera cita interminable. Ambos tenían muchas preguntas que hacer y diversos temas sobre los que conversar. A diferencia de Marlina, el español sabía que sus oportunidades estaban contadas y que, por mucho que deseara dejarse llevar por la dialéctica, debía dar el paso al llegar la medianoche. Una ventaja que la ingeniera desconocía, a pesar de que no lograra convencerse de que aquello fuera real.

—Siempre que te veo sentado en tu escritorio —dijo ella frente a uno de los monumentos de la plaza—, sé que veo a una persona que vive atrapada en algo que no es.

—En algo que no soy...

—Sí —repitió—. Todos en el trabajo tienen una imagen de ti errónea. Piensan que eres un déspota, que sólo te interesa hacer dinero y que, cuando tienes un buen día, no es más que una farsa para conseguir algo a cambio de ellos... Debo de ser la única que te ve con otros ojos.

—¿Acaso crees que ellos son quienes dicen ser o aparentar? —Cuestionó el arquitecto contemplando la belleza del lugar—. Personas que miran por encima del hombro a los empleados de la entrada, a los de la limpieza y a quien está por debajo de ellos... En el fondo, soy lo que les gustaría ser y nunca lograrán, nada más lejos que un reflejo de su frustración, una excusa en la que descargar su malestar al llegar a casa.

—Eso es lo que piensas realmente.

—La vida es un baile de máscaras, Marlina —contestó él—, pero se nos olvida que llevamos una puesta. Jamás he conocido realmente a nadie y difícilmente creo que lo haga.

Ella guardó la respuesta con desdén. Sus carrillos se enrojecieron. Se sintió

ruborizada por lo que acababa de escuchar.

—¡Yo soy lo que ves! —Exclamó ofendida—. No hay nada que ocultar.

—A nadie, Marlena... —insistió Don—. Ni siquiera a mí.

Tras un breve silencio incómodo, al igual que el resto, tomaron fotos con los teléfonos móviles para inmortalizar el recuerdo y caminaron por varias callejuelas hasta llegar al restaurante Tegolo, un local de de piedra y ladrillo especializado en vinos espumosos y mariscos. Don se había encargado el día anterior de reservar un lugar especial para dos, aunque eso supusiera pagar la reserva que alguien ya había hecho. A veces, la corrupción del dinero estaba por encima de la dignidad del servicio.

Bajo un arco de piedra y junto a una chimenea apagada, se sentaron en un romántico rincón acompañados de una ventana interior. El restaurante estaba abarrotado de comensales bien vestidos, en su mayoría italianos, que hablaban en un tono moderado. Pidieron diferentes tipos de marisco: ostras, cigalas, gamba roja; todos ellos acompañados de *tartar* de pescado. Los empleados los sirvieron en fuentes metálicas de dos alturas, decoradas con hielo y rodajas de limón.

Acompañaron el menú con una botella de espumoso español, pese a la insistencia del camarero de que optara por la producción local. En la mayoría de países mediterráneos existía un defecto cultural inquebrantable, y éste era el exceso de amor por el producto patrio.

Marlena, boquiabierta, asentía y brindaba siendo partícipe de un espectáculo que pronto terminaría por explotar.

—¿Hablabas en serio la otra noche? —Preguntó él rompiendo el tenso silencio—. Cuando dijiste que me olvidara de ti si no te daba una explicación.

—Por supuesto, ¿qué esperabas?

—Pero, aquí estás...

—Esa es otra historia... Espero que hoy no nos siga nadie... —dijo con aspereza apuntando a su último encuentro—. No estoy dispuesta a marcharme sin disfrutar de la velada.

Él sonrió, a pesar de que no le hiciera gracia alguna. La sonrisa siempre era el arma para cualquier situación.

—Lamento lo sucedido.

—Sé lo que está ocurriendo, Ricardo —dijo ella—. Si tan sólo confiaras en mí un poco...

No, no lo sabe, pensó.

Ella no podía saber nada, se dijo. De ser así, no entendería qué diablos

hacía allí.

—Esa gente...

—Hace unos días, encontré algo en tu escritorio —interrumpió ella temerosa por la reprimenda que iba a recibir—. Lo siento, de verdad. Sé que no tengo ningún derecho en husmear en tus cosas, pero...

Había sido ella quien lo había revuelto todo. En otro contexto, en una situación usual, el arquitecto hubiese reprendido lo que ella había hecho, pero aquello era historia y carecía de importancia.

—Marlena, esas personas saben algo de mí muy grave...

—Lo sé... y también sé que han intentado molestarme mientras tú te escondías aquí —explicó tensando los pómulos—. No soy estúpida, Ricardo, y tu chófer no es muy bueno con las mentiras, tampoco.

—Simplemente hace su trabajo.

—Desconozco hasta qué punto esas personas te presionarán para que les des lo que piden —explicó ella y dio un trago a su copa—. Estas cosas siempre le ocurren a otra gente, en las películas, así que no puedo decirte mucho que sirva de ayuda... pero no cedas.

—¿Cómo?

—No, no aceptes sus chantajes. Eres un hombre íntegro y con buen corazón. Sé que lo has pasado mal en tu infancia y sé que no es fácil para ti abrirte como otras personas hacen... No lo es para mí tampoco verte así, y eso me duele...

—¿A qué viene todo esto?

—Si piensas que iba a quedarme sentada esperando a que me dieras una explicación, lo tenías claro —contestó—. No eres el único que puede buscar el nombre de otra persona en la red... Sé que no debería haberlo hecho, pero ya es tarde y sé sobre tu pasado, sobre tu historia... y te acepto tal y como eres, Ricardo. ¿Qué más quieres de mí?

El avión emocional del arquitecto perdía presión. Lo que ella supiera era relativo. Sin embargo, la profundidad de su conocimiento era lo que importaba. Qué sabía, cuánto sabía, hasta dónde había indagado. Un error y se delataría a sí mismo.

—No todo el mundo tiene una infancia fácil —dijo él vacilando en su respuesta—, por eso nunca seremos completamente libres.

Ella le miró con los ojos de una mujer que sólo quería abrazarle. El arquitecto levantó la copa y dio un trago.

—Te admiro —contestó finalmente—, y reconozco que siento algo más que

una atracción hacia ti, pero debes darme mi espacio y la atención que requiero para que esto funcione, Ricardo... Sé lo que quiero, estoy dispuesta a luchar por ti, pero de igual a igual, sin ocupar una escala en tu jerarquía de prioridades... No quiero ser otra, ni una excusa para que ya no duermas solo... De otro modo, jamás llegaré a conocerte.

Don respiró profundamente. Nunca una mujer había sido tan directa con él. Marlena estaba siendo más valiente que él, mostrando sus sentimientos con el riesgo de llevarse una desilusión. Don admiró su coraje y le animó a hacerlo mismo.

—¿Qué hay del pasado? —Preguntó él—. ¿Qué hay de la verdad que arrastro? Porque todos tenemos una y algunas son más difíciles de digerir que otras.

—Te lo vuelvo a repetir, Ricardo —respondió seria y entregada—. No me importa lo que hayas hecho en el pasado, pues sé que has tenido una vida más complicada que muchas otras personas, y no te juzgo... Pero, si te lo guardas, si no lo compartes conmigo, tarde o temprano viviremos separados por una pared de cristal.

Una de las carencias que Don, y el resto de los hombres tenían, era su incapacidad para leer entre líneas, para llegar al lado emocional femenino, pecando de exceso de racionalidad. Mientras que Marlena manifestaba estar dispuesta a todo, incluso a aceptar lo que hubiese detrás de la fachada, él se resistía a tomar su verdad mientras no tuviera un sí por respuesta, un monosílabo que nunca llegaría a sus oídos, siempre y cuando no fuera él quien se lo exigiera de la forma más cruda que conocía.

El espumoso ayudó a distender el ambiente, que se había sobrecargado con un exceso de honestidad, y a subir la temperatura de sus cuerpos. Don, que todavía era capaz de controlar su lado más calculador, prefirió esperar y dejar las peticiones para un momento más cálido.

Cuando abandonaron el local, Marlena se agarró del brazo del arquitecto, como previamente había hecho, para mostrarle su apoyo.

Para entonces, había anochecido y el cielo oscuro permitía mirar a las estrellas. Caminaron de vuelta hacia el hotel, en el que Marlena todavía no había estado, comentando lo diferente que era la luz del cielo, en función del lugar en el que te encontraras. Don escuchaba atento y relajado la explicación geográfica de la ingeniera.

—Por tanto, el color del cielo siempre tendrá una tonalidad relativa en función del lugar, la fecha, la estación...

—Y los ojos por donde se miren, ¿no crees?

Marlena se detuvo frente a la imponente fachada del lujoso hotel que, de noche, tenía una entrada iluminada que lo hacía más maravilloso, propio de las películas del pasado. Ella le miró a los ojos y después a los labios para pedirle en silencio que la besara. Y así procedió el arquitecto. Sus cuerpos se unieron y los rostros se acercaron fundiéndose en un juego de caricias, en un beso intenso y delicado como si de un placer oculto se tratara. Don agarró su nuca con delicadeza, dejándose llevar por el balanceo de la mano que cubría la cintura de Marlena. Ella se agitó temblorosa entregándose al torrente de emociones que corría por sus extremidades, con más y más fuerza. Los labios carnosos, el tacto de su pelo y la presión de las manos acercándola hacia él. Aquel beso formó un circuito eléctrico capaz de iluminar una ciudad. Después de varios segundos, se separaron en el uno del otro para guardar silencio.

Él introdujo una mano en su bolsillo mientras sujetaba la parte lumbar de Marlena con la otra.

—Debo hacerte una pregunta, Marlena... —arrancó ansioso. Era la primera vez que hacía algo así—. Necesito que seas sincera, que me hables desde el corazón... Aceptaré lo que me digas.

—No me asustes, Ricardo.

—¿Estarías dispuesta a todo por mí? —Preguntó él con máxima expectación—. ¿Harías lo que te pidiera sin mirar atrás?

Pero la respuesta no fue como hubo imaginado.

Las cosas requerían tiempo y su relación no había intimado tanto como él deseaba.

Marlena sonrió tímida, aunque demostró ser más cabal de lo que era el arquitecto. Una mujer como ella, pensaba lo que decir dos veces, antes de dejarse llevar por el éxtasis del momento.

—Quiero ser feliz... contigo, Ricardo... —respondió sonriente—. Tener una vida normal, como el resto de personas y parejas... Eso es todo lo que quiero y sé que contigo lo podría tener, pero todo depende de ti... Si me lo das, no me cabría duda alguna...

Puede que Don pidiera demasiado sin dar nada a cambio. Quizá Marlena no estuviera preparada para un salto tan grande. De pronto, el tiempo se paró y el interior del arquitecto ardió como un volcán escupiendo chorros de lava. La furia de su cuerpo era incontrolable al observar que sus planes no sucedían como él había imaginado. Pero, respiró profundamente antes de que un fuerte dolor agudo inundara su estómago. En la vida, también se pierde y, cuando los

dados ya habían sido tirados, no quedaba más remedio que retirarse con dignidad de la mesa. Alejó sus dedos de la cajita de terciopelo en la que guardaba la sortija y volvió a acariciar el rostro de Marlena con una mirada cristalina en la que se reflejaba la belleza de la ingeniera. Ella le miró confundida, como si hubiese roto algo para siempre.

—¿Estás bien? —Preguntó sujetándole las manos—. ¿He dicho algo que no debía?

Él respiró profundamente. Sin quererlo, ya la había perdido.

—No —mintió sonriente, sujetando su rostro—. Has dicho lo que necesitaba oír.

Después, se fundieron en otro beso interminable bajo los focos que iluminaban el hotel. Para bien o para mal, les esperaba una velada inolvidable.

## **CAPÍTULO VEINTICUATRO**

*Aeropuerto de Londres-Heathrow (Inglaterra)*  
*29 de mayo de 2016*

Faltaban diez minutos para las once de la mañana. Todavía recordaba la fragancia de su cabello. Había sido una noche excepcional, la mejor en toda su vida. Por fin, había comprendido la diferencia que existía entre hacer el amor y acostarse con una desconocida. Marlena era una mujer única. Juntos, dos almas compenetradas bajo las mismas sábanas.

Tras una breve despedida, Don abandonó el hotel italiano cuando el sol comenzaba a brillar por la ventana, horas antes de que un coche privado llegara para llevar a la ingeniera de vuelta al aeropuerto.

El tiempo y las oportunidades se habían agotado. Tras la pasión de los enamorados, Marlena cayó en un profundo sueño del que Don sólo fue un espectador. Estaba demasiado despierto, miles de ideas corrían por su cabeza. La conversación del restaurante le había roto los esquemas, pero las cartas estaban echadas y su decisión tomada. El arquitecto siempre pensaba que las personas que dudaban demasiado por miedo a la incertidumbre, eran las que sufrían las desavenencias del destino.

Acicalado y vestido para la ocasión, caminó por uno de los infinitos pasillos que el aeropuerto londinense tenía. La razón por la que había decidido reunirse allí y no en otro aeropuerto era simple: aquel lugar era uno de los más seguros de Europa. Los hombres del CNI poco podrían hacer sin una orden internacional y, puesto que Montoya era un agente con métodos poco rudimentarios, sabía que no contarían con el apoyo de las instituciones pertinentes.

Conforme se acercaba a la cafetería de franquicia que había citado, sintió los nervios de una primera cita. No tenía miedo, pues poco le podían hacer. Estaba relajado, ya que se había encontrado la noche anterior con Marlena, una cita que había resuelto las dudas que le quedaban. Por tanto, su inquietud se debía a ese halo de misticismo que había tras la misteriosa voz con la que había hablado, sin volver a saber de ella. Guardaba cientos de preguntas en su cabeza relacionadas con su pasado: cómo, desde cuándo y por qué. Cuestiones que cualquier persona con un mínimo de interés se habría hecho, pues a nadie le gustaba vivir bajo el ojo ajeno. Palpó el interior de la chaqueta de su traje y acarició el tacto de los billetes de avión impresos. Después comprobó que el vuelo a Kiev no se hubiese retrasado. Todo iba en orden. Tenía una hora y media para hablar con ese desconocido, noventa minutos para convencerle de

que no debía marcharse, aunque dudó que sirviera de algo su encuentro. La única persona que podía influirle en su juicio final era la ingeniera y, en parte, ya lo había hecho.

Al final de una cinta automática contempló el rótulo de la cafetería.

Había una barra de madera donde los clientes tomaban café mientras esperaban a que abrieran las puertas de embarque. El español se fijó en un hombre calvo vestido de traje y una fina gabardina de color azul. Tenía las facciones hundidas y pelo en ambos lados del cráneo. Daba sorbos a un café expreso en un vaso de papel mientras leía un periódico de páginas salmón. Podía inspirar cualquier cosa menos temor. Dio un vistazo a su alrededor y encontró rostros amigables que se alejaban de las miradas inquisidoras que tenía en mente. Don se acercó al tipo y éste levantó la mirada con extrañeza, hasta que se dio cuenta de que no era él. Después caminó hasta el mostrador y pidió un café largo para llevar. Comenzó a inquietarse todavía más, pero respiró hondo para calmarse. Todavía faltaban unos minutos para su cita.

Una vez hubo pagado y recogido su café, caminó hasta la barra de madera en la que se había sentado el hombre calvo y donde, ahora, sólo quedaba el diario de economía abierto por una página.

—Qué demonios... —murmuró y se acercó al comprobar que, en una de las fotos del periódico, salía él. Comenzó a respirar acelerado y los latidos del corazón se reanimaron con más fuerza. No podía ser cierto—. ¿Qué diablos?

La noticia estaba en inglés. El titular rezaba que un empresario español iba a la cárcel por múltiples homicidios. Sin duda, la noticia hablaba de él, de Ricardo Donoso, el carnicero de Salamanca, en honor a su barrio. Un reportaje que detallaba sus pasos en los últimos años. A medida que bajaba los párrafos con la vista, el sudor frío se apoderaba de sus pulmones y un agujero negro se formaba alrededor de los zapatos. Habría deseado no leerlo jamás. Estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad allí mismo. Le habían engañado con una sucia trampa, a traición, sin escapatoria.

—No puede ser... —dijo con el periódico en las manos. El café salía humeante del vaso, como el calor que se evaporaba de la frente del arquitecto.

—¿Le gusta? —Preguntó una voz de ultratumba y cigarrillos que procedía de sus hombros. Era la misma voz con la que había hablado por teléfono días antes—. Es una maqueta, pero parece real, ¿verdad?

Don tosió repetidas veces hasta que se recompuso. El hombre se sentó frente a él. En efecto, no era el tipo que había estado leyendo el diario, el cuál no había sido más que un cebo. Éste tenía apariencia de líder de la manada, de

hombre con más experiencia en la calle que en la oficina y con la mirada de un auténtico hijo de perra. Los ojos azules estaban marcados por el contraste de su cabello marrón y denso como una nube de azúcar. Peinado hacia atrás, combinaba la estética con un bigote recto y un pómulos marcado por el acné de la infancia. Olía a cigarrillos y a chicles de menta y usaba una colonia de buena calidad. El hombre, vestido de traje oscuro, camisa blanca y zapatos burdeos, también lucía una gabardina propia de inspector en apuros. Puede que lo hiciera para pasar desapercibido o que careciera de toda la clase que le sobraba a Montoya.

—Una broma de muy mal gusto —respondió el arquitecto cerrando el diario y dejándolo a un lado.

—Al fin, cara a cara —dijo el desconocido y le ofreció la mano—. Mi nombre es Vélez.

—Si quería conocerme, hubiese bastado con llamar a mi despacho.

—Muy gracioso, ¿no cree?

—Vaya al grano —dijo el arquitecto—. ¿Quiénes son ustedes?

El hombre chasqueó la lengua.

—Increíble... —respondió dando un trago a su ardiente café—, parece que ahora tiene memoria de pez. Si no recuerda bien, le explicaré por qué estamos aquí...

—Vale, lo he entendido... No es necesario.

—Entonces habrá tomado una decisión al respecto de todo este asunto, ¿verdad, señor Donoso? Es hora de empezar a actuar como hombres y enfrentarse a la realidad.

La mirada del desconocido se clavaba como un cuchillo en el rostro del arquitecto. Dos lobos solitarios marcando su territorio en el desierto.

—Estoy dispuesto a negociar mis cláusulas.

Vélez se rio.

—¿Bromea? Creo que no está en condiciones de negociar nada —explicó con determinación y miró hacia el horizonte mientras bajaba el tono de voz—. No he accedido a su juego para chantajearle. Esto no es una amenaza, Donoso, es una segunda oportunidad... Si cree que hasta ahora no hemos sido presentes de todo lo que ha hecho, está equivocado... Personalmente, desde que terminó con aquel chico en los aledaños del Templo de Debod, le hemos seguido la pista. Usted es un caso atípico, no es un... ya sabe, un asesino que lo hace por pasión... y tampoco un chalado de esos que busca llamar la atención.

—¿Por qué no me han detenido hasta ahora?

—No siempre es fácil —respondió Vélez—. No podemos detener a un ciudadano sin haber informado antes al centro... Sabíamos que la Policía Nacional no iba a cogerle, es demasiado limpio, demasiado calculador. Por tanto, antes de cometer el error y enviarle a prisión, pensamos que con el tiempo maduraría mejorando su técnica, su modo de operar... hasta que se le fue la mano con ese alemán, sin mencionar lo que le hizo a Montoya.

—¿Baumann?

—Demasiados testigos, demasiadas pruebas —explicó—. Fue complicado convencer a los alemanes para que dejaran el asunto fuera de la investigación. Cometió un error y nosotros pagamos por ello. Pensamos que se debe a esa mujer y que usted ya no actúa con claridad

—Eso es absurdo, no tienen ni idea...

—Cállate, anda —interrumpió regresando al tuteo—. Escúchame, te estoy dando una segunda oportunidad, una alternativa para seguir con tu vida normal. De lo contrario, te convertirás en material para un libro o una maldita serie de televisión.

—Las segundas oportunidades son siempre oportunistas.

—Y las que damos nosotros, más. ¿Pensas que largándote a otro país solucionarás algo? Te entrarán ganas de actuar, cometerás otro error y te cazaremos, o lo harán ellos. Necesitas entrenamiento para aprender nuevas técnicas y controlar tus emociones.

—Cuando mencionaste que no era el único, ¿a qué te referías? ¿Hay más como yo?

—Existen otros sujetos que reúnen las mismas condiciones que tú —dijo el agente—. En el mundo de la inteligencia, hay máquinas de matar a sueldo, incluso en peores situaciones que la tuya. Nuestro programa trabaja en erradicarlos o reclutarlos... Tienes suerte de ser el primero... A ti, te he dado a elegir.

—¿Qué pasará si me niego? —Preguntó el arquitecto titubeante. Ese hombre había puesto una red para que Don se introdujera en ella. Las posibilidades de volver a ver a Marlena se hacían más y más pequeñas.

—Lo primero, nos encargaremos de que no puedas regresar si no es detenido o en una caja de madera. El mundo entero sabrá de ti y de quién eres y ni el rincón más sucio de Afganistán te servirá para esconderte. Si no lo haces, te buscaremos a cualquier precio y pondremos una buena recompensa por tu cabeza. No volverás a acostarte sin pensar en esta cara, ahora que la has visto.

—Ni en tu olor —contestó Don. El pasillo se hacía cada vez más estrecho. Pensó en Marlena, en sus últimas palabras. Si tomaba ese avión, no volvería a verla jamás. Ni a Mariano—. En caso de aceptar... ¿Cuál sería mi trabajo y las condiciones que tendría para vivir?

Se dibujó una ligera línea en los labios de aquel hombre.

El bigote rubio se estiró a lo largo y después dio un trago al café.

Sabía que estaba reculando y eso le ponía contento, pero debía mantenerse serio para que el arquitecto no sospechara. Don, que había desarrollado una profunda experiencia en el lenguaje no verbal, se aseguró de que la inseguridad que transmitía llegara sin interferencias. Era parte de su juego.

El hombre dejó el vaso de cartón y puso una mano sobre el otro brazo para cruzarlo y acercarse al arquitecto. Después dio un suave golpe con los nudillos sobre la madera.

—Imagina seguir con tu vida, tal y como la conoces... Esa chica, una familia, lo que te venga en gana... —prosiguió como si fuera el genio de una lámpara—. De vez en cuando, unos viajes de empresa, solo o acompañado, y con la coartada perfecta para hacer lo que más deseas, tu dosis... pero siendo nosotros los que indican quién, dónde y cuándo... El cómo, correría por tu cuenta.

La oferta era demasiado succulenta, pero dejaba el control a manos de otra persona, convirtiéndole en un ejecutor puro. Vivir bajo las decisiones de otros era lo mismo que obedecer sin rebelarse ante el opresor. Sopló hacia la nada, comprobó la hora y una mujer anunció el vuelo a Kiev por megafonía. Don dio un último trago al café y se levantó de su taburete.

—¿A dónde crees que vas?

—Nos volveremos a ver —dijo antes de darle la espalda a ese tipo—. Ya lo creo que sí.

## **CAPÍTULO VEINTICINCO**

*Hotel Intercontinental (Madrid)*  
*3 de febrero de 2012*

Una ola de frío atizaba España con violencia. Todas las noticias hablaban de ello mientras que la crisis económica continuaba golpeando las calles. En una sala de juntas del hotel, Don esperaba sentado en una alargada mesa junto a Lázaro Martínez, un hombre de cabello blanco y constitución delgada que había desarrollado gran parte del urbanismo de la capital. Un respetado arquitecto y empresario al que Don se había ganado con esmero y cuidado.

A las diez de la mañana, Don, en representación de su estudio, junto a aquel hombre, esperaban a una tercera persona que estaba por llegar. Lázaro Martínez había dejado en manos del arquitecto la decisión para un proyecto de reforma en un complejo de oficinas del céntrico barrio de Argüelles. Un ambicioso plan que, debido a la crisis, el empresario estaba dispuesto a llevar a cabo, siempre y cuando, encontrara un comprador para el cincuenta por ciento del edificio. Aquella mañana, un misterioso promotor valenciano había rogado reunirse con Martínez para negociar la venta. El experimentado empresario pidió personalmente a Don que le acompañara en la cita. Tras un café y un breve intercambio de ideas, dos hombres vestidos de traje se adentraron en la sala de reuniones que habían reservado para la ocasión. Para su sorpresa, no sería un completo desconocido.

Uno de los invitados era el valenciano, un hombre de barba cerrada y estatura media con un marcado acento al hablar. Era la típica persona que, por su apariencia, había enfocado su vida a estudiar el funcionamiento del dinero y nada más. Junto a él, apretado en un traje a medida de color gris y con una sonrisa sobrada de autoestima, Ramiro Roncero, unos años más envejecido y con la misma apariencia de imbécil que había arrastrado siempre. Desde su despido, Don no se había encontrado de nuevo con él, pero bastaron unos segundos para que su mirada se lo dijera todo.

—Buenos días —dijo Tomás Bernabéu, el empresario valenciano ofreciendo su mano—. Éste es el señor Roncero, el consejero que me acompañará para planificar la reforma.

Martínez lanzó una mirada a Don que, impasible, sonreía con falsedad antes de soltar la bomba.

Pronto les desaparecería esa sonrisa.

Estrecharon las manos, Roncero no pareció reconocer a su antiguo empleado y se sentaron para debatir las dinámicas y los precios del proyecto.

Tras media hora de conversación en la que Don se había mantenido en silencio, Lázaro Martínez percibió que algo no iba bien en aquella negociación. Aquel Roncero estaba dispuesto a convertir las clásicas oficinas en un lugar de mal gusto.

—Entiendo su interés y el deseo de reformar las oficinas, aunque su visión no encaje con la que tengo yo —explicó Martínez al interesado, que parecía demasiado preocupado en hacerse con la mitad del inmueble—. Como ya le dije, sólo accedería a la venta de la propiedad si el señor Donoso está conforme y supervisa la reforma.

Los dos hombres se miraron esperando una respuesta.

—¿Y bien? —Preguntó el empresario.

—Lo siento, pero no estoy dispuesto a negociar la modificación de los planos, ni tampoco a colaborar con el señor... Roncero —explicó el arquitecto mientras la cara de su antiguo jefe enrojecía humillada—. De hecho, mi compañía no se involucrará en ningún proyecto en el que Roncero y sus asociados formen parte.

De pronto, se incendió la sala.

Estaba furioso, le había reconocido.

—¿Pero qué insulto es este? —Preguntó ofendido señalándole con el dedo. Martínez no tardó en entender que la disputa venía del pasado—. Es una falta de respeto y profesionalidad lo que está haciendo.

Don respiró hondo, dio un trago de agua y le apuntó con la mirada.

—Escuche, señor Roncero —dijo con voz seria y aplastante—. Los planos que propone son propios de un estudiante de primero de carrera. Me atrevería a decir que un niño habría entendido los conceptos mejor de usted. Temo decirle que el único legado que guarda de su padre, es el apellido y que, lo que queda de su estudio, no es más un agujero que pierde dinero. A diferencia de usted, siempre me he implicado en mi obra, más que nadie, y no estoy dispuesto a sacrificar la calidad de mi trabajo por unas ideas banales y tendenciosas que poco tienen que ver con lo que el señor Martínez representa.

La contestación calmada del arquitecto y pesada en su argumentación dejó sin palabras a los invitados. El valenciano, hambriento por hacerse con la obra, se sintió apestado junto a aquel tipo y no tardó en manifestarlo.

—Ya han oído al señor Donoso —añadió el hombre del cabello canoso—. Por mi parte, no hay nada más que decir. Usted tiene la última palabra, señor Bernabéu.

El empresario miró a Roncero, colorado y nervioso, que no cesaba de

buscar algo en su teléfono móvil.

—Esto es inadmisible —dijo Roncero—. No quedan así las cosas. Has ofendido a mi familia y me encargaré de que...

—Déjalo estar —interrumpió Bernabéu tocándole el brazo—. Gracias por tu colaboración, Ramiro pero, a partir de ahora, debemos seguir la negociación sin ti... Te haré llegar la factura por los gastos causados.

El arquitecto se levantó sin mentar palabra y abandonó la sala de reuniones dando un fuerte portazo.

Era la primera vez y la última que se encontraría en una situación así. Sus caminos se habían cruzado de nuevo y Don nunca olvidaba, pero sí perdonaba. Aunque la venganza fuese un plato que se servía frío, sus razones para desechar a Roncero no estaban conectadas con las rencillas anteriores. El pasado no era más que eso, un periodo acabado e inexistente y Don había aprendido que lo más saludable era pasar página y escribir los capítulos futuros. De haber tenido un interés económico y profesional en aquella sinergia, habría accedido sin problema.

Sin embargo, no fue así y nunca lo sería.

Los adultos y los idiotas difícilmente cambiaban.

## **CAPÍTULO VEINTISÉIS**

*Picadilly, Mayfair (Londres)*  
*10 de septiembre de 2016*

Sintió el rebufo de un autobús rojo de dos plantas que pasó a escasos metros de él. Hacía una tarde húmeda y fresca aunque con el cielo despejado y pensó que jamás se acostumbraría al tráfico en dirección contraria. Estando allí, lo más normal era que comenzara a llover cuando menos se esperara, un hecho al que estaban más que acostumbrados los ciudadanos de la metrópolis y un detalle extraño de asimilar para quienes procedían del Mediterráneo. Mientras caminaba por una de las calles principales de la capital inglesa, miró al horizonte y después a su alrededor, contemplando la belleza de la historia que había bajo cada baldosa y en cada una de las columnas que se elevaban hasta el cielo. Le hubiese gustado haber crecido allí, como tantas cosas que habría cambiado de su infancia. Pero debía darse por satisfecho, por seguir con vida y tener una escapada que le ayudara a desconectar de la rutina, siendo justo dejar la ambición humana para otro momento.

Londres era una ciudad única: áspera como el carácter británico y hostil para quienes no habían nacido allí. Sin embargo, era la capital europea donde los sueños se hacían realidad, el lugar en el que, con dinero, se podía obtener lo que se deseara. Por la calle escuchaba diversidad de idiomas, algunos ininteligibles y otros más familiares. El hotel Ritz, donde se hospedaba, quedaba cerca, aunque en Londres la cercanía siempre era relativa. Entonces, sintió un ligero temblor a su lado y se dio cuenta de que ella tenía frío cuando pasaban por delante de un Caffè Nero.

—Será mejor que tomemos algo caliente —dijo el arquitecto invitándola a que pasara al interior del establecimiento.

El local olía a repostería recién hecha y café de máquina. De fondo sonaba una lista de reproducción de jazz que ayudaba a concentrarse a quienes se sentaban frente al ordenador. Las franquicias habían logrado convertir lugares insulsos e impersonales en espacios cómodos y acogedores. Para entonces, ya no le importaba entrar a otros lugares. Su visión de la vida había cambiado de manera drástica y cada segundo era único. Pidieron dos cafés para llevar y esperaron a que el empleado se los entregara.

—Gracias... —dijo Marlena chocando su café con el del arquitecto—. Todavía tengo mis dudas sobre qué sitios puedo visitar contigo...

Después dibujó una sonrisa cómplice y mostró su inmaculada dentadura. Vestía una boina otoñal que le cubría la cabeza y un abrigo de paño que le

llegaba hasta las rodillas, las cuales había protegido con unas medias oscuras.

—Siempre y cuando haya café... —dijo, se acercó a ella y le entregó un beso en los labios—, y una razón por el que tomarlo.

Ella se acercó al hombre y se enroscó en un segundo beso. Se comportaban como dos enamorados en una comedia romántica, pero allí su amor no le importaba a nadie, pues no eran más que dos anónimos en una gran ciudad y la oficina seguía quedando lejos.

*Hotel The Ritz London (Londres)*  
*11 de septiembre de 2016*

El teléfono vibró a las seis de la mañana. Abrió los ojos y alcanzó el aparato con la mano mientras el cuerpo de su amada se acurrucaba en su otro brazo. La claridad apenas entraba por la ventana. Detuvo la alarma del aparato y lo dejó sobre la mesilla de noche. Con sumo cuidado, se escurrió por el cuerpo de la ingeniera y la dejó dormitando bajo las sábanas.

—¿Quién es? —Musitó ella—. Quédate un poco más, por favor... Se está tan caliente a tu lado...

—Es mi hora de ir a correr —contestó él—. Sigue durmiendo, estaré de vuelta en una hora.

Marlena sonrió con los ojos cerrados y la melena revuelta. Antes de que terminara la frase, había caído de nuevo en las redes de Morfeo. Puesto que la habitación era pequeña para ejercitarse, Don necesitaba salir a la calle para realizar sus rutinas diarias. La forma física era primordial, más aún después de lo que había experimentado en los últimos meses.

Entre el personal de etiqueta y los huéspedes trajeados, Don abandonó el ascensor vestido con ropa deportiva en una mañana londinense fría, nubosa y dispuesta a renacer.

Tras unos estiramientos para calentar, comenzó a correr hasta Green Park, un extenso e histórico parque que bordeaba parte del palacio de Buckingham, residencia la reina de Inglaterra, y que se transformaba tímidamente en un hermoso campo de tonos rojizos y amarillos con la llegada del otoño. Entre monumentos a caídos y aristócratas, corrió sin rumbo observando a los curiosos que descansaban en los bancos y a los coches que circulaban por Constitution Hill. Tras cruzar el parque y el monumento a la Reina Victoria, continuó por el parque de St. James y empezó a bajar la velocidad a medida que se acercaba al lago. En uno de los bancos de madera, un hombre vestido de abrigo tres cuartos y bufanda leía la prensa inglesa. El vaho de su aliento mostraba la humedad que había en el parque.

El hombre de la gabardina sacó un sobre del interior de su chaqueta y ambos se aseguraron de que no viniera nadie en sendas direcciones.

—El egipcio se hospeda en el Sheraton —dijo el desconocido en voz baja—. Esta noche cenará en Hélène Darroze. Tienes una reserva para dos a las siete. En el sobre encontrarás el resto de la información. Sé rápido, no te entretengas y mucha suerte.

Después se levantó, abandonó el diario y caminó en la dirección opuesta a la vía por la que Don había llegado. El arquitecto tomó el periódico y sin cruzar una palabra siguió corriendo entre los árboles, por el camino de asfalto, como si ese momento no hubiese existido nunca.

## **CAPÍTULO VEINTISIETE**

*Parque de St. James*  
*11 de septiembre de 2016*

Como un británico más, daba pequeños sorbos a un té con leche caliente que guardaba en un vaso de cartón humeante. Llevaba una gorra de cazador que le protegía la cabeza del frío y una chaqueta Barbour de color verde oscuro, en la que guardó unos pequeños binoculares de corta distancia.

En la distancia, observó al arquitecto cómo desaparecía del parque para regresar de nuevo al cemento de las calles londinenses. En la otra dirección, el desconocido de la gabardina se subía a un coche a la altura de Birdcage Walk. Para él, existía una familia de sangre, que había perdido, y una que él mismo había elegido y, la cual, no estaba dispuesto a perder de nuevo.

Mariano dio media vuelta para asegurarse de que el desconocido de la gabardina no le había visto en la distancia y después caminó en dirección al palacio. Aunque Don no le había contado la verdad tras su decisión, él tampoco había sido del todo sincero con el arquitecto. Sabía que ahora trabajaba para el PRET, un programa experimental del servicio de inteligencia español que reclutaba sicarios para ejecutar amenazas estatales. El nombre estaba inspirado en la guardia pretoriana de Roma. Conocía todo aquello porque él había sido uno de los cerebros que llevarían a cabo su creación, antes de abandonar el CESID para siempre, poco después del escándalo de Luis Roldán y las grabaciones extraoficiales.

Mariano no toleraría que Don viviera ahogado, supliendo demandas cada vez más exigentes, hasta que se cansaran de él, como habían hecho con algunos de sus mejores compañeros. Don era todo lo que tenía, la única persona que le había confiado su amistad en los últimos años, y estaba dispuesto a salvarle la vida y devolverle la libertad, aunque le costara la vida de ambos.

Para él, la amistad era la única razón por la que seguir luchando.

## **Sobre el autor**

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como El Profesor, La chica de las canciones o Motel Malibu. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Alicante, donde escribe todas las mañanas junto al mar. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Ha escrito otras obras como:

### **Serie Gabriel Caballero**

[Caballero](#)

[La Isla del Silencio](#)

[La Maldición del Cangrejo](#)

[La Noche del Fuego](#)

[Los Crímenes del Misteri](#)

[Medianoche en Lisboa](#)

[Todos los libros...](#)

### **Serie Don**

[Odio](#)

[Don](#)

[Miedo](#)

[Furia](#)

### **Serie Rojo**

[Rojo](#)

### **Trilogía El Profesor**

[El Profesor](#)

[El Aprendiz](#)

[El Maestro](#)

Otros:

[Motel Malibu](#)

Sangre de Pepperoni  
La Chica de las canciones

Contacto: [elescritorfant@gmx.com](mailto:elescritorfant@gmx.com)  
[Elescritorfantasma.com](http://Elescritorfantasma.com)

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario donde lo compraste.